

**MÁS ALLÁ DE LAS AGUAS DE LA CERTEZA**

**DIANA CAROLINA BURGOS MONCAYO  
GINNA MARCELA NARVÁEZ ZAMBRANO**

**UNIVERSIDAD DE NARIÑO  
FACULTAD DE CIENCIAS HUMANAS  
PROGRAMA DE LICENCIATURA EN FILOSOFÍA Y LETRAS  
SAN JUAN DE PASTO  
2015**

# **MÁS ALLÁ DE LAS AGUAS DE LA CERTEZA**

**DIANA CAROLINA BURGOS MONCAYO  
GINNA MARCELA NARVÁEZ ZAMBRANO**

Trabajo de Grado presentado para optar el título  
de Licenciadas en Filosofía y Letras

Asesor:

Mg. Gonzalo Jiménez Mahecha

**UNIVERSIDAD DE NARIÑO  
FACULTAD DE CIENCIAS HUMANAS  
PROGRAMA DE LICENCIATURA EN FILOSOFÍA Y LETRAS  
SAN JUAN DE PASTO  
2015**

“Las ideas y conclusiones aportadas en el Trabajo de Grado son responsabilidad exclusiva de las autoras.”

Artículo 1° del Acuerdo 324 de octubre 11 de 1966, emanado del Honorable Consejo Directivo de la Universidad de Nariño.

**NOTA DE ACEPTACIÓN**

---

---

---

---

---

---

Firma del jurado

---

Firma del jurado

San Juan de Pasto, mayo \_\_\_\_ de 2015

A Ginna, por ser mi mano amiga en la construcción  
de una poética totalidad contradictoria.

A mi amiga, más que compañera, que ha sido la  
chispa adecuada, con la que creamos mundos  
posibles, entre sueños y realidades.

## **AGRADECIMIENTOS**

Las autoras expresan sus agradecimientos a:

Gonzalo Jiménez Mahecha, por ser el asesor de trabajo; por brindar su apoyo y compartir su gran sabiduría.

Esteban Grijalba, por aportar en este trabajo, con su creación artística, a través de sus ilustraciones.

Nuestras familias, por ser el apoyo incondicional en la construcción de nuestra formación.

Especialmente, nuestros hermanos, Camilo Cabrera y Camilo Narváez, que, con su presencia tanto física como espiritual, hicieron de este trabajo una labor enriquecedora.

## CONTENIDO

	Pág.
1. DE LOS SUEÑOS A LA LITERATURA	11
1.1 EL SUEÑO EN LA LITERATURA	13
1.2 EL PSICOANÁLISIS Y LOS SUEÑOS	34
1.3 EL SURREALISMO Y EL SUEÑO	34
1.4 LA ESCRITURA COMO PROCESO FORMATIVO	36
BIBLIOGRAFÍA	41
2. RELATOS	45

## ÍNDICE DE FIGURAS

	Pág.
<b>Figura 1.</b> De mi propia voz	46
<b>Figura 2.</b> Fe en mi filosofía	59
<b>Figura 3.</b> Génesis	75
<b>Figura 4.</b> Cadabra	87
<b>Figura 5.</b> Una mente en llamas	96

## RESUMEN

Este Trabajo de grado se realizó teniendo en cuenta la carencia de interés en la producción escrita en el mundo contemporáneo, para contribuir a una mejora en el campo educativo al proponer y aplicar el sueño como recurso didáctico e instrumento inspirador en la participación de creación y producción literaria, herramienta que contribuirá a desarrollar habilidades de imaginación y escritura.

El trabajo se destacó por valorar tres aspectos determinantes: los sueños en algunas fuentes de producción literaria, al hacer un breve recorrido dentro de algunas obras de la historia de la literatura, para conocer la influencia que el sueño ha tenido dentro de ella y vivenciar que ha sido inspiración para muchos; la vigilia, como medio entre el mundo de los sueños y la realidad, en lo referente a las narraciones de las personas entrevistadas; y la creación literaria de los hechos narrados, ya que fueron la base y el recurso para empezar a escribir los relatos.

Para llegar a su culminación, se viajó por las aguas de la certeza, donde se desgarró el propio ser, al formar historias que, en su construcción, tomaban vida propia al hacerse ajenas. La gran satisfacción fue saber que se crearon unas historias que permitieron enriquecer el propio pensamiento y alcanzar los objetivos propuestos.

**Palabras claves:** Relato, sueño, educación, literatura.

## ABSTRACT

This work was performed by taking into account the lack of interest in the written production in the contemporary world. The work was done to contribute to an improvement in the educational field, and it proposes and implements the dream as a teaching resource and inspiring instrument to participate in creation and literary production, a tool that will help develop imagination and writing skills.

The work is notable for assessing three determining aspects: first, dreams in some literary sources, in order to make a brief tour in a few works in the History of literature, to know the influence that dreams have had within it and experience that they have been the inspiration for many people. Second, wakefulness, as a medium between the world of dreams and reality, in terms of the stories of the people interviewed. In addition, the literary creation of the events described, as they were the basis and the resource to start writing stories.

We have traveled the waters of certainty to its end, where we tear being, writing stories, in their construction, they took life to the extent that they were alien itself. A great satisfaction is that these stories enrich the own thinking and they allowed to reach the objectives.

**Keywords:** dream, education, literature, story.

## 1. DE LOS SUEÑOS A LA LITERATURA

“Si un hombre atravesara el paraíso en un sueño y le dieran una flor como prueba de que había estado allí, y si al despertar encontrara esa flor en su mano... ¿entonces qué?”

**Samuel Taylor Coleridge, citado por Jorge Luis Borges.**

Al sueño, laberinto que desafía muy alto las certezas, se lo ha considerado, desde tiempos muy remotos, como un hecho indescifrable en su infinitud; muchas veces, y desde distintas corrientes, se ha intentado responder a este fenómeno, que hace del individuo un ser que se bifurca y resulta ajeno a la realidad que se reduce de sí mismo.

Diferentes civilizaciones, desde la sabiduría ancestral de la creación mitológica y su cosmovisión, veían al universo fantasmagórico de lo soñado como unas manifestaciones espectrales, símbolo de la presencia de entidades benignas u hostiles con poderes sobre los seres humanos, que les traen mensajes proféticos en una realidad que desborda el mundo de la conciencia despierta; incluso, desde la mitología, concibieron a la personificación del sueño como un dios, como es el caso de la mitología griega, en la que Morfeo es el dios del sueño, fruto de la unión de Hipnos (que personificaba el sueño) y de Nix (que personificaba la noche), como también su hermano Iquelo, hijo de Hipnos y Pasitea (diosa de las alucinaciones), al que se concibió como señor de la pesadilla, dios abrumador, devorador, encarcelador y atormentador de los corazones de los mortales y los dioses; en medio de los sueños, asumía la forma de serpientes, víboras, hienas, dragones, para desgarrar la tranquilidad de aquellos a los que perseguía, hecho que se evidencia en los sueños de Ciro, que convertía en tortuosas pesadillas:

Una noche Ciro despertó en el pórtico de su casa, con las manos teñidas de sangre; no recordaba haber salido de cama. Angustiado, entró a su casa y empezó a tocar la lira, pero su melodía había cambiado, ahora se sentía en sus cuerdas un llanto desesperado; no hay ningún muerto o desaparecido en el pueblo. Después de algunas noches de sosiego, la escena se repite, pero esta vez se despierta a la orilla del río con las manos y el cuerpo bañados en sangre y sus preciadas rosas destruidas.

Va sintiendo cómo lentamente cae en un sueño sin retorno, al que teme profundamente; no quiere tener sangre en las manos y, peor aún, no saber si ha matado a alguien. Despierta repentinamente y tiene la ira en sus manos; escucha como de ella salen acordes que desgarran el alma del que los escucha y tiene público. Mucha gente está a su alrededor y la triste melancolía los hace matarse los unos a los otros. Su música esta maldita. Se acerca a ellos cuando puede dejar de tocar el instrumento e intenta ayudarlos, pero es tarde. Una vez más abre los ojos y, para su horror, sus manos están llenas de sangre.

Iquelo, aquel encargado de llevar con sus oscuras alas las pesadillas, se regocija en lo alto del Olimpo con su fechoría, se burla de destino de Ciro, al que sometió a un sueño eterno de terror y muerte.<sup>1</sup>

Es importante tener en cuenta que, desde la concepción de la antigua Grecia, las visiones oníricas eran signos premonitorios de acontecimientos futuros y los clasificaban en cinco tipos diferentes, para definirlos: *óneiros*, como la actividad de soñar; *hórama*, denominado propiamente visión (*visio*); *krematismós*, que se conoce por oráculo (*oraculum*); lo onírico jugaba un papel preponderante en el modo de vivir de esta civilización, de ahí que existiesen los oráculos, hasta donde se dirigían para interpretar sueños o señales; además, otro tipo de sueño es el *enýpnion*, que se designa por ensueño (*insomnium*); este término expresa única y exclusivamente el sueño en cuanto al acto de dormir, al igual que *Hipno*.<sup>2</sup>

Por otro lado, los sueños no siempre se dan al dormir, ya que éste se caracteriza como un estado durante el que el individuo pierde contacto sensorial con el mundo externo; los griegos consideraban que las visiones se originan en la misma facultad que se producen las ilusiones durante la vigilia, es decir, en la imaginación o fantasía; se los debe considerar, pues, actos del alma sensitiva.

La sociedad de Babilonia tenía la concepción de que el sueño entraba al ser humano por un orificio de la parte superior de su cabeza y se transmutaba en apariciones nocturnas que se manifiestan en él mismo; dividieron al sueño desde dos perspectivas antagónicas: los sueños “buenos”, como mensajes provenientes de los dioses benévolos, y los sueños “malos”, como mensajes que traían angustia debido a entidades malignas; en sus creencias politeístas, a Mamu (la diosa del sueño) se consagraban los sacerdotes para pedir que su descanso no lo arrebatara los maleficios de espíritus nocturnos, y el mensaje profético, de ser portador de catástrofes, no se cumpliera.

Los asirios consideraban que lo onírico traía a los seres humanos, mientras dormían, señales que advertían de sucesos que podrían ocurrir en la vida de la vigilia, por lo que no son factores que determinan el suceso, sino juegan con un mundo de posibilidades alternas que requieren corregir acciones y atender al mensaje que ha llegado; esta cultura le otorgó mucha importancia al poder de las revelaciones; en el libro *El sueño sagrado*, de Scott Cunningham, se encuentra una antigua oración asiria, que auspicia los sueños, en la que pedían el favor de la diosa:

Revélate a mí y hazme ver  
un sueño favorable.  
Que el sueño que sueñe sea  
favorable,

---

<sup>1</sup> Alex Méndez Romero. Iquelo [en línea].

<sup>2</sup> Alex. Los sueños en la Grecia antigua [en línea].

Que el sueño que sueñe sea verdadero,  
Que Mamu, la diosa de los sueños,  
esté a mi cabecera;  
Que yo entre en E-Sagila, el templo de los dioses,  
la casa de la vida.<sup>3</sup>

En Egipto, como en la mayoría de las sociedades antiguas, los sueños eran una oportunidad de encuentros entre los mortales y las divinidades, en las que otorgaban a los humanos, desde revelaciones, donde los dioses ordenaban acciones que debían efectuar, hasta una advertencia sobre su porvenir o un mensaje de consuelo y sanación. Según algunos historiadores, desde el 2000 a. C., ya se acostumbraba escribir estas revelaciones sobre papiros; su influencia hacía que se llevaran a cabo rituales en los templos sagrados, como en Memphis, en los que se inducía al sueño para recibir los oráculos de los dioses.<sup>4</sup>

En la India se encuentra a Rudra (que representa la parte terrible y activa del dios), o Shiva (que representa la parte apacible, benéfica y trascendente); los dos forman una misma unidad:

el nombre de Shiva, que proviene de la raíz shîn, “sueño”, nos remite a la imagen de un Orfeo de figura apolínea y espíritu dionisiaco, ante el cual todo se tranquiliza y queda encantado. Piénsese también en la naturaleza ambivalente del sueño: Shiva es aquello que puede tanto beneficiarnos como causarnos temor.<sup>5</sup>

Cuando se está fatigado de vivir, de saber, de disfrutar y de sufrir, se acude al Señor del Sueño.

## 1.1 EL SUEÑO EN LA LITERATURA

Es muy ambicioso pretender conjurar la influencia de lo onírico en el ámbito narrativo; sin embargo, en este aparte se va a pretender la elaboración de un informe respecto a algunas de las diversas formas en las que lo onírico —esa otredad que irrumpe en la vigilia para destruir algunas de sus certezas y serenidades, que ha penetrado como materia prima, con ímpetu y desafío— abre un espacio a la otredad de la metamorfosis de la hoja en blanco y transmuta en el arte mágico de la producción literaria.

A pesar de que la poética de la noche alcanza en principio predominio en la literatura, con el género fantástico, que surgía en el Romanticismo (que se presenta como campo de combate explícito entre el sueño y la realidad, en el que un espacio invade al otro para hacer que desapareciese) y, luego, en el surrealismo (donde encuentra su mayor

---

<sup>3</sup> Jamba Lakijinski. Significado de los sueños como parte de la cultura. Babilonia y Asiria [en línea].

<sup>4</sup> Ionela Scoarta. Los sueños en la civilización antigua [en línea].

<sup>5</sup> Mito, música y éxtasis [en línea].

auge en la construcción narrativa), no se debe ignorar que el sueño ha sido, desde tiempos muy remotos, un factor que ha influido en la Historia de la literatura.

Son innumerables las obras literarias (epopeyas, dramas, novelas y poesías) en las que los sueños intervienen en la acción y en la vida anímica de los personajes: desde los poemas homéricos, de paso por Artemidoro de Daldis, Friedrich Hölderlin, Friedrich Hebbel, Novalis, Jean Paul, Franz Kafka, hasta toda la corriente del surrealismo, que viven oníricamente, se ejemplifica que el mundo del sueño es también potencialidad, en diversas formas de la cultura literaria. Según Howard Pacht,<sup>6</sup> no solo la cultura grecolatina, sino, también, la cultura oriental, la tradición judía y los mundos célticos y noruegos abundan en narraciones en las que los protagonistas acceden por medio del sueño a otro mundo, casi siempre un mundo superior al nuestro, a una realidad inaccesible en la vigilia; tal es el caso de la literatura maravillosa de la antigüedad. La Biblia en su Antiguo Testamento, escrita alrededor de los años 1400 y 400 a. C., está canalizada por el acaecer inescrutable de lo onírico como revelación de momentos cruciales de la historia del judaísmo y el cristianismo; así, por ejemplo, se encuentra el suceso destacado en el Antiguo Testamento en el que José, último hijo de Israel, envidiado por sus tres hermanos, cuenta que ha venido a él un sueño: “soñé que todos nosotros estábamos en el campo, haciendo manojos de trigo; de pronto, mi manojito se levantó y quedó derecho, pero los manojos de ustedes se pusieron alrededor del mío y le hicieron reverencias.”<sup>7</sup>

Con la llegada de esta revelación, viene consigo una serie de acontecimientos y de premoniciones, también dada por la travesía de la poética del sueño, que afectaran el modo de vivir de José, su estirpe y de Egipto, ya que él, al ser un maestro descifrador de los mensajes intrínsecos del sueño, va a iniciar a la construcción de una nueva vida, puesto que ella, en Egipto, inicia desde el momento en que interpretó la revelación del sueño de uno de los coperos del faraón:

En mi sueño, he aquí, había una vid delante de mí, y en la vid había tres sarmientos. Y al brotar sus yemas, aparecieron las flores, y sus racimos produjeron uvas maduras. Y la copa de Faraón estaba en mi mano; así que tomé las uvas y las exprimí en la copa de Faraón, y puse la copa en la mano de Faraón. Entonces José le dijo: Esta es su interpretación: los tres sarmientos son tres días. Dentro de tres días Faraón levantará tu cabeza, te restaurará a tu puesto y tú pondrás la copa de Faraón en su mano como acostumbrabas antes cuando eras su copero. Sólo te pido que te acuerdes de mí cuando te vaya bien, y te ruego que me hagas el favor de hacer mención de mí a Faraón, y me saques de esta casa. Porque la verdad es que yo fui secuestrado de la tierra de los hebreos, y aun aquí no he hecho nada para que me pusieran en el calabozo.”<sup>8</sup>

---

<sup>6</sup> Los sueños en la literatura [en línea].

<sup>7</sup> Biblia. Antiguo testamento, Génesis, 37,7 [en línea].

<sup>8</sup> Ibid., Génesis, 40, 9-15.

Otro hecho, poco mencionado, pero de igual importancia en la Historia hebrea, es el advenimiento de un sueño al rey Salomón, cuando estaba en Gabaón —lugar para ofrecer sacrificios—, que él le hizo y...

Esa noche, el Señor se le apareció a Salomón en un sueño y Dios le dijo:

—¿Qué es lo que quieres? ¡Pídeme, y yo te lo daré!

<sup>6</sup> Salomón contestó:

—Tú mostraste gran y fiel amor hacia tu siervo David, mi padre, un hombre transparente y leal, quien te fue fiel. Hoy sigues mostrándole este gran y fiel amor al darle un hijo que se siente en su trono.

<sup>7</sup> »Ahora pues, Señor mi Dios, tú me has hecho rey en lugar de mi padre, David, pero soy como un niño pequeño que no sabe por dónde ir. <sup>8</sup> Sin embargo, aquí estoy en medio de tu pueblo escogido, ¡una nación tan grande y numerosa que no se puede contar! <sup>9</sup> Dame un corazón comprensivo para que pueda gobernar bien a tu pueblo, y sepa la diferencia entre el bien y el mal. Pues, ¿quién puede gobernar por su propia cuenta a este gran pueblo tuyo?

<sup>10</sup> Al Señor le agradó que Salomón pidiera sabiduría. <sup>11</sup> Así que le respondió:

—Como pediste sabiduría para gobernar a mi pueblo con justicia y no has pedido una larga vida, ni riqueza, ni la muerte de tus enemigos, <sup>12</sup> ¡te concederé lo que me has pedido! Te daré un corazón sabio y comprensivo, como nadie nunca ha tenido ni jamás tendrá. <sup>13</sup> Además, te daré lo que no me pediste: riquezas y fama. Ningún otro rey del mundo se comparará a ti por el resto de tu vida. <sup>14</sup> Y si tú me sigues y obedeces mis decretos y mis mandatos como lo hizo tu padre David, también te daré una larga vida.

<sup>15</sup> Entonces Salomón se despertó y se dio cuenta de que había sido un sueño.<sup>9</sup>

Según el relato bíblico, Dios le otorga la sabiduría al joven rey, que será una cualidad exaltada y promulgada en todo el reino israelita, incluso en el mundo occidental, por aquellos que han tenido la oportunidad de conocer la sabiduría consignada por él en el *Libro de los Proverbios*, el *Cantar de los cantares* y *Eclesiastés*.

Pero, quizás, el sueño más conocido es el llamado de la escalera de Jacob, que dice así:

Jacob partió de Berseba y se encaminó hacia Jarán. <sup>11</sup> Cuando llegó a cierto lugar, se detuvo para pasar la noche, porque ya estaba anocheciendo. Tomó una piedra, la usó como almohada, y se acostó a dormir en ese lugar. <sup>12</sup> Allí soñó que había una escalinata apoyada en la tierra, y cuyo extremo superior llegaba hasta el cielo. Por ella subían y bajaban los ángeles de Dios. <sup>13</sup> En el sueño, el Señor estaba de pie junto a él y le decía: «Yo soy el Señor, el Dios de tu abuelo Abraham y de tu padre Isaac. A ti y a tu descendencia les daré la tierra sobre la que estás acostado. <sup>14</sup> Tu descendencia será tan numerosa como el polvo de la tierra. Te extenderás de norte a sur, y de oriente a occidente, y todas las familias de la tierra serán bendecidas por medio de ti y de tu descendencia. <sup>15</sup> Yo estoy contigo. Te protegeré por dondequiera que vayas, y te traeré de vuelta a esta tierra. No te abandonaré hasta cumplir con todo lo que te he prometido.»

<sup>16</sup> Al despertar Jacob de su sueño, pensó: «En realidad, el Señor está en este lugar, y yo no me había dado cuenta.» <sup>17</sup> Y, con mucho temor, añadió: «¡Qué asombroso es este lugar! Es nada menos que la casa de Dios; ¡es la puerta del cielo!»<sup>10</sup>

---

<sup>9</sup> *Ibid.*, *Reyes*, 3,9 [en línea].

<sup>10</sup> *Ibid.*, *Génesis*, 28, 10-17 [en línea].

De igual modo, se encuentra el profeta Daniel, a quien lo sorprendían, en la noche, visiones que se manifestaban por medio del sueño, que llevaba un mensaje premonitorio de su fe; por ejemplo, se conoce el episodio en el que él refiere un sueño:

Habló Daniel, y dijo: Miraba yo en mi visión nocturna, y he aquí, los cuatro vientos del cielo agitaban el gran mar;<sup>3</sup> y cuatro bestias enormes, diferentes unas de otras, subían del mar.<sup>4</sup> La primera era como un león y tenía alas de águila. Mientras yo miraba, sus alas le fueron arrancadas, fue levantada del suelo y puesta sobre dos pies, como un hombre, y le fue dado corazón de hombre.<sup>5</sup> Y he aquí, otra segunda bestia, semejante a un oso, estaba levantada de un costado, y en su boca, entre sus dientes, tenía tres costillas; y le dijeron así: “Levántate, y devora mucha carne.”<sup>6</sup> Después de esto seguí mirando, y he aquí, otra más, semejante a un leopardo que tenía sobre su dorso cuatro alas de ave; la bestia tenía cuatro cabezas, y le fue dado dominio.<sup>7</sup> Después de esto seguí mirando en las visiones nocturnas, y he aquí, una cuarta bestia, terrible, espantosa y en gran manera fuerte que tenía enormes dientes de hierro; devoraba, desmenuzaba y hollaba los restos con sus pies. Era diferente de todas las bestias que le antecedieron y tenía diez cuernos.<sup>8</sup> Mientras yo contemplaba los cuernos, he aquí, otro cuerno, uno pequeño, surgió entre ellos, y tres de los primeros cuernos fueron arrancados delante de él; y he aquí, este cuerno tenía ojos, como los ojos de un hombre, y una boca que hablaba con mucha arrogancia.

<sup>9</sup> Seguí mirando hasta que se establecieron tronos, y el Anciano de Días se sentó. Su vestidura era blanca como la nieve, y el cabello de su cabeza como lana pura, su trono, llamas de fuego, y sus ruedas, fuego abrasador. <sup>10</sup> Un río de fuego corría, saliendo de delante de Él. Miles de millares le servían, y miríadas de miríadas estaban en pie delante de Él. El tribunal se sentó, y se abrieron los libros.

<sup>11</sup> Entonces yo seguí mirando a causa del ruido de las palabras arrogantes que el cuerno decía; seguí mirando hasta que mataron a la bestia, destrozaron su cuerpo y lo echaron a las llamas del fuego. <sup>12</sup> A las demás bestias, se les quitó el dominio, pero les fue concedida una prolongación de la vida por un tiempo determinado.

<sup>13</sup> Seguí mirando en las visiones nocturnas, y he aquí, con las nubes del cielo venía uno como un Hijo de Hombre, que se dirigió al Anciano de Días y fue presentado ante Él.

<sup>14</sup> Y le fue dado dominio, gloria y reino, para que todos los pueblos, naciones y lenguas le sirvieran. Su dominio es un dominio eterno que nunca pasará, y su reino uno que no será destruido.

<sup>15</sup> A mí, Daniel, se me angustió por dentro el espíritu, y las visiones de mi mente seguían turbándome.<sup>11</sup>

Este sueño posteriormente lo descifra un anciano, que le brindará un mensaje apocalíptico y mesiánico acerca de lo que había visto durante su descanso.

### 1.1.1 Homero y los sueños

En la *Ilíada* y la *Odisea*, de Homero, como muestras máximas de la Literatura griega, el papel del sueño es reiterativo en algunos sucesos predominantes, concernientes a las relaciones sociales que sostienen los personajes entre sí y con las deidades. Se debe señalar que en esta forma narrativa, al ser heredera o considerarse más bien como un gran espejo de la mitología griega, se piensa al sueño como algo externo al soñador, pues,

---

<sup>11</sup> *Ibid.*, *Daniel*, 7, 2-11.

como se conoce, es un fenómeno propiciado por una divinidad autónoma e independiente del que sueña.

Con frecuencia, en las obras homéricas, durante la aparición del sueño, los personajes son conscientes de que atraviesan por ese estado, debido a que los dioses aparecen sobre la cabecera del durmiente y le informan que llegan a él por medio del sueño, para dar un mensaje (que suele ser, en la mayoría de veces, una orden, una petición o unas palabras de consuelo).

En el Canto II de la *Ilíada*, Zeus, con el fin de honrar a Aquiles, para sacarlo de la deshonra que le había infligido Agamenón y producir grandes matanzas en el campo de las naves aqueas, le envía al atrida un sueño:

púsose sobre la cabeza del mismo, y tomó la figura de Néstor, hijo de Neleo, que era el anciano a quien aquél más honraba. Así transfigurado, dijo el divino Hipno:  
—¿Duermes, hijo del belicoso Atreo domador de caballos? No debe dormir toda la noche el príncipe a quien se han confiado los guerreros y a cuyo cargo se hallan tantas cosas. Préstame atención, pues vengo como mensajero de Zeus; el cual, aun estando lejos, se interesa mucho por ti y te compadece. Armar te ordena a los aqueos de larga cabellera y sacar toda la hueste: ahora podrías tomar la ciudad de anchas calles de los troyanos, pues los inmortales que poseen olímpicos palacios ya no están discordes, por haberlos persuadido Hera con sus ruegos, y una serie de infortunios amenaza a los troyanos por la voluntad de Zeus. Graba mis palabras en tu memoria, para que no las olvides cuando el dulce sueño te abandone.<sup>12</sup>

En el Canto XXIII, la imagen de Patroclo le llega a Aquiles por medio de un sueño, después de una jornada en la que el dolor, la ira y la fuerza inquebrantables de su corazón fueron protagonistas en búsqueda de la muerte de Héctor:

Entonces vino a encontrarle el alma del mísero Patroclo, semejante en un todo a éste cuando vivía, tanto por su estatura y hermosos ojos, como por las vestiduras que llevaba; y, poniéndose sobre la cabeza de Aquiles, le dijo estas palabras:  
—¿Duermes, Aquiles, y me tienes olvidado? Te cuidabas de mí mientras vivía, y ahora que he muerto me abandonas. Entiérrame cuanto antes, para que pueda pasar las puertas del Hades; pues las almas, que son imágenes de los difuntos, me rechazan y no me permiten que atravesase el río y me junte con ellas; y de este modo voy errante por los alrededores del palacio, de anchas puertas, de Hades. Dame la mano, te lo pido llorando; pues ya no volveré del Hades cuando hayáis entregado mi cadáver al fuego. Ni ya, gozando de vida, conversaremos separadamente de los amigos; pues me devoró la odiosa muerte que el hado, cuando nací, me deparara. Y tu destino es también, oh Aquiles semejante a los dioses, morir al pie de los muros de los nobles troyanos. Otra cosa te diré y encargaré, por si quieres complacerme. No dejes mandado, oh Aquiles, que pongan tus huesos separados de los míos: ya que juntos nos hemos criado en tu palacio, desde que Menecio me llevó de Opunte a vuestra casa por un deplorable homicidio —cuando encolerizándome en el juego de la taba maté involuntariamente al hijo de Anfidamante—, y el caballero Peleo me acogió en su morada, me crio con regalo y me nombró tu escudero; así también, una misma urna, la ánfora de oro que te dio tu veneranda madre, guarde nuestros huesos.  
Respondióle Aquiles, el de los pies ligeros:

---

<sup>12</sup> Homero. *Ilíada*, Canto II [en línea].

—¿Por qué, cabeza querida, vienes a encargarme estas cosas? Te obedeceré y lo cumpliré todo como lo mandas. Pero acércate y abracémonos, aunque sea por breves instantes, para saciarnos de triste llanto.

En diciendo esto, le tendió los brazos, pero no consiguió asirlo: dispóse el alma cual si fuese humo y penetró en la tierra dando chillidos. Aquiles se levantó atónito...<sup>13</sup>

De igual modo, en el Canto XIX, de la *Odisea*, Penélope, un día, al estar desconsolada por la falta de Odiseo y angustiada por el acoso de los pretendientes, le llega un sueño que le narrará a un forastero que, como se sabe, es el mismo Odiseo, disfrazado de mendigo:

“... interprétame este sueño, escucha: veinte gansos comían en mi casa trigo remojado con agua y yo me alegraba contemplándolos, pero vino desde el monte una gran águila de corvo pico y a todos les rompió el cuello y los mató, y ellos quedaron esparcidos por el palacio, todos juntos, mientras el águila ascendía hacia el divino éter. Yo lloraba a gritos, aunque era un sueño, y se reunieron en torno a mí las aqueas de lindas trenzas, mientras me lamentaba quejumbrosamente de que el águila me hubiera matado a los gansos. Entonces volvió ésta y se posó sobre la parte superior del palacio y, llamando con voz humana, dijo: "Cobra ánimos, hija del muy celebrado Icaro, que no es un sueño, sino visión real y feliz que habrá de cumplirse. Los gansos son los pretendientes y yo antes era el águila, pero ahora he regresado como esposo tuyo, yo que voy a dar a todos los pretendientes un destino ignominioso." Así dijo y luego me abandonó el dulce sueño.”<sup>14</sup>

### 1.1.2 Otros griegos y el sueño

En el Mediterráneo antiguo, específicamente en la cultura griega, la vida de los sueños fue un mundo misterioso oculto tras las andanzas nocturnas, que sedujo para su estudio, como lo hizo Artemidoro de Éfeso, o de Daldis, en el siglo II d. C., un hombre de gran sabiduría.

Ahora bien, según Regla Fernández Garrido, con respecto a los sueños en la novela griega, afirma que no empatizan con los sueños que estudiaba Artemidoro, pues “los sueños de la novela son subjetivos, mientras que para Artemidoro los sueños son proféticos”<sup>15</sup>. A estos sueños, en la novela, se los considera como un recurso que cumplen, en la literatura épica y la tragedia, dos funciones: desencadenar peripecias de trascendencia en el relato y anticipar sucesos futuros y, en cierto modo, manifestar en sus contenidos referencias intertextuales en las que se alude a novelas anteriores o a otros géneros, en especial la épica homérica y la tragedia. Así, por ejemplo, se encuentra, en la novela de Aquiles Tacio, *Leucipa y Clitofonte*, de mediados del siglo II, que se recurre a diferentes formas de narración, como el desajuste cronológico, la ilusión perceptiva y los sueños de los personajes, como una herramienta para despertar el interés del lector.

---

<sup>13</sup> *Ibid.*, Canto XXIII, [en línea].

<sup>14</sup> Homero. *Odisea*, Canto XIX [en línea].

<sup>15</sup> Regla Fernández Garrido. *Los sueños en la novela griega: Caritón de Afrodiasias y Jenofonte de Éfeso*, p. 347.

Estas características, en cuanto a la función del sueño, también se encuentran en la novela de Heliodoro, *Etiópicas* o *Teágenes y Cariclea*, escrita en el siglo III d. C., en la que se trata a los sueños como un elemento fundamental para dosificar el suspenso, marcar el ritmo de la narración y constituir gran parte del ambiente religioso de toda la novela, junto con otras señales divinas, como los oráculos; allí se incluyen doce sueños proféticos o premonitorios.

### 1.1.3 Los romanos y los sueños

Macrobio, un gramático y escritor romano, en el siglo IV, da a conocer el escrito sobre el sueño de Escipión, del libro VI de *La república*, de Cicerón, en el que se refiere la aparición de Escipion el africano a su nieto adoptivo Escipion Emiliano, para revelarle el destino de su futuro, de su país, las recompensas que le aguardaban en la otra vida, en uno de cuyos apartes dice

me cogió el sueño más profundo de lo que solía, y se me apareció el Africano, bajo la imagen que me era más conocida por su retrato que por haberlo visto. Creo que fue por lo que habíamos hablado, pues suele suceder que nuestros pensamientos y conversaciones producen luego en sueños algo parecido a lo que escribe Ennio de Homero, sobre el que muchas veces, de día, solía pensar y hablar; en cuanto lo reconocí, me asusté ciertamente, pero él me dijo: «Ten ánimo y no temas: procura recordar lo que te voy a decir. ¿Ves esa ciudad que yo obligué a obedecer al pueblo romano, pero renueva ahora su antigua guerra y no puede estar tranquila?» Y me enseñaba Cartago, desde un lugar alto y estrellado, espléndido y luminoso. «Tú vienes ahora para asediarla, siendo poco más que un simple soldado; dentro de dos años la destruirás como cónsul, y ese nombre (de Africano) que tienes ahora como sucesor mío, te lo habrás ganado por ti mismo. Una vez que hayas aniquilado Cartago, hayas celebrado el triunfo, hayas sido censor, hayas ido como legado a Egipto, Siria, Asia y Grecia, por segunda vez serás elegido cónsul, en tu ausencia, y harás la más terrible guerra: asolarás Numancia. Pero cuando subas al Capitolio en el carro triunfal, tropezarás con una república perturbada por la imprudencia de mi nieto.

“En este momento, tú, Africano, deberás descubrir a la patria la luz de tu valeroso ingenio y de tu prudencia; pero veo la ruta, diría, del destino como doble en ese momento.

“Cuando tu edad haya cumplido siete veces ocho giros solares, y estos dos números, que se tienen los dos como perfectos por distintas razones, hayan completado por natural circuito la edad destinada, la ciudad se volverá entera sólo hacia ti y hacia tu apellido: el Senado tendrá la vista puesta en ti, y todas las personas de honor, los aliados, los latinos; tú serás el único en quien apoyar la salvación de la ciudad, y, para decirlo pronto, deberás como dictador poner orden en la república, si es que consigues escapar de las impías manos de tus parientes.

“Como, al oír esto, Lelio hubiera lanzado una exclamación y los otros hubieran gemido sensiblemente, Escipión sonriendo suavemente dijo: «¡Chis...!, por favor. No me despertéis del sueño, y escuchadme todavía un poco más.

»Pero para que tú, Africano, estés más decidido en la defensa de la república, ten esto en cuenta: para todos los que hayan conservado la patria, la hayan asistido y aumentado, hay un cierto lugar determinado en el cielo, donde los bienaventurados gozan de la eternidad. Nada hay, de lo que se hace en la tierra, que tenga mayor favor cerca de aquel dios sumo que gobierna el mundo entero que las agrupaciones de hombres unidos por el vínculo del derecho, que son las llamadas ciudades. Los que ordenan y conservan éstas, salieron de aquí y a este cielo vuelven.

En este momento, aunque estaba yo atemorizado, no tanto por el temor de la muerte como por el de las asechanzas de mis allegados, le pregunté si él vivía, y mi padre Paulo y los otros que pensamos que se han extinguido.

Y dijo Escipión: «Nada de eso; antes bien viven después de haber conseguido escapar volando de las ataduras corporales como si fuera de una cárcel. Esta que vosotros llamáis vida, en cambio, es una muerte. ¿No ves, pues, que viene hacia aquí tu padre Paulo?» Al verle, prorumpí yo en llanto, y él no me dejaba llorar, abrazándome y besándome.

Y yo, apenas pude empezar a hablar después de contener el llanto, dije: «Padre mío respetadísimo y óptimo, si, como oigo decir al Africano, esta vuestra es la verdadera vida, ¿por qué sigo yo en la tierra?, ¿por qué no me apresuro a venir con vosotros?» Dijo él: «No es cosa de eso. En tanto no te libere de la prisión de tu cuerpo este dios cuyo templo es todo lo que ves, no hay entrada para ti aquí. Porque los hombres fueron engendrados con esta ley, y deben cuidar de este globo que ves en el centro de este templo y se llama la tierra, y se les dio el alma sacada de aquellos fuegos eternos que llamamos constelaciones y estrellas, que en forma de globos redondos, animados por mentes divinas, recorren con admirable celeridad sus órbitas circulares. Por lo que, tú, Publio, y otros hombres piadosos como tú, debéis conservar el ánimo en la prisión del cuerpo, y no debéis emigrar de la vida humana sin autorización de aquel que os la dio, para que no se diga que habéis rehuido el encargo humano asignado por dios. Antes bien, tú, Escipión, como tu abuelo aquí presente, como yo mismo que te engendré, vive la debida piedad, la cual, siendo muy importante respecto a los progenitores y parientes, lo es todavía más respecto a la patria. Tal conducta es el camino del cielo y de esta reunión de los que ya han vivido y, libres del cuerpo, habitan este lugar que ves —era, en efecto, un círculo que brillaba con resplandeciente blancura entre llamas— y que, siguiendo a los griegos, llamáis la ‘Vía Láctea’. Desde él podía contemplar todo el resto luminoso y maravilloso. Eran las estrellas que nunca vemos desde la Tierra, todas de grandeza que nunca pudimos sospechar, de las cuales era la mínima una que, la más alejada del cielo y más próxima a la Tierra, brillaba con luz ajena. No había comparación entre las esferas estelares y el tamaño de la Tierra, pues la misma Tierra me pareció tan pequeña, que me avergoncé de este imperio nuestro que ocupa casi sólo un punto de ella.»

Al mirarla yo por un cierto tiempo, dijo Africano: "¿Hasta cuándo estará tu mente fija en el suelo? ¿No ves a qué templos has venido? Todo el universo puedes ver encerrado en nueve órbitas, o mejor esferas, de las cuales hay una exterior celeste, que encierra a todas las demás, como el dios supremo que gobierna y contiene a los otros, y en la que están fijadas aquellas órbitas sempiternas que recorren las estrellas. A esta órbita se supeditan las otras siete que giran al revés, en sentido contrario al celestial. De ellos hay uno que ocupa aquella estrella que en la Tierra llaman Saturno. Viene luego el astro fulgurante, propicio al género humano y saludable, que se llama Júpiter. Luego aquel enrojecido terrible, que llamáis Marte. Más abajo, el Sol ocupa como la zona central, a modo de jefe principal y moderador de las demás luminarias, mente y armonía del mundo, y de tal magnitud que ilumina y llena todo con su luz. Le siguen como acompañantes la órbita de Venus y la de Mercurio, y más abajo de todos gira la Luna encendida por los rayos del Sol. Debajo de ella ya no queda nada que no sea mortal o caduco, a excepción de las almas dadas al género humano como don divino. Por encima de la Luna todo es eterno. Y la Tierra, que está en medio en noveno lugar, no se mueve y es la menor; hacia ella tienden todos los cuerpos por su propio peso.»

Cuando me recuperé de contemplar estupefacto, dije: ¡«¿Qué es eso? ¿Qué sonido es éste tan grandioso y suave que llena mis oídos?» Respondió él: «Es el sonido que se produce por el impulso y movimiento de las órbitas, compuesto de intervalos desiguales, pero armonizados, y que, templando los tonos agudos con los graves, produce equilibradamente armonías varias. Porque tan grandes movimientos no podrían causarse con silencio, y hace la naturaleza que los extremos suenen, unos, graves, y otros, agudos. Por lo cual, la órbita superior del Cielo, aquella de las estrellas, cuyo giro es el más rápido, se mueve con un sonido agudo e intenso, y con el sonido más grave, en cambio, este inferior de la Luna, pues la Tierra, en el noveno lugar, permanece siempre en su misma sede, inmóvil, ocupando el

lugar central de todo el mundo. Esas ocho órbitas, dos de las cuales son iguales, producen siete sonidos distintos por sus intervalos, cuyo número siete es como la clave de todas las cosas. Imitando esto los hombres sabios en las cuerdas de la lira y en los modos del canto, se abrieron el camino para poder regresar a este lugar, lo mismo que otros que, con superior inteligencia, cultivaron en su vida humana los estudios divinos. Los oídos humanos han quedado ensordecidos por la plenitud de este sonido, del mismo modo que, allí donde el Nilo se precipita desde altísimas montañas en los llamados Catadupos, la gente que vive en aquel lugar carece del sentido del oído a causa de la intensidad de tal ruido. Este otro es tan fuerte a causa del rapidísimo movimiento del mundo, que los oídos humanos no pueden captarlo, como tampoco podéis mirar el sol de frente y vuestra vista no resiste sus rayos.»

A pesar de que admiraba yo estas cosas, de hito en hito dirigía mi mirada a la Tierra. Dijo entonces el Africano: «Veo que todavía contemplas la sede doméstica de los hombres. Pero si te parece pequeña, como efectivamente es, mira siempre estas otras cosas celestiales y desprecia aquellas otras humanas. Porque tú ¿qué fama de elocuencia humana o qué deseable gloria puedes alcanzar? Ya ves tú que se habita la Tierra sólo en pocos lugares estrechos, y que esos mismos lugares habitados son como manchas en las que hay extensos desiertos intermedios, y que los habitantes de la tierra, no sólo están separados que nada se puede comunicar de unos a otros, sino que algunos se hallan en posición oblicua, otros en transversal y otros incluso adversos a vosotros: de ellos no podéis esperar ciertamente gloria alguna.

»Observa, además, que esa misma Tierra está coronada y circundada como por unas zonas, dos de las cuales, que son del todo opuestas y apoyadas por una y otra parte en los mismos polos del cielo, puedes ver que están endurecidas por el hielo, en tanto la más extensa del centro está quemada por el ardor del sol. Dos zonas son habitables, de las cuales la Austral, cuyos habitantes imprimen sus huellas opuestas a las vuestras, nada tiene que ver con vuestra estirpe; esta otra, expuesta al Septentrión, que habitáis vosotros, observa en qué pequeña parte os toca, pues toda la parte de Tierra que vosotros ocupáis, aplastada por los polos, dilatada por los lados, es como una pequeña isla rodeada por el mar que llamáis, en la Tierra, Mar Atlántico, Mar Grande o bien Océano, pero que ya ves qué pequeño es, a pesar de tan grandiosos nombres. Es más: en estas mismas tierras conocidas y ocupadas por vosotros, ¿acaso pudo tu persona o cualquier otra de las nuestras atravesar ese Cáucaso que ahí ves, o cruzar a nado aquel río Ganges que ves ahí? ¿Quién de los que están en las otras partes de la Tierra, al Oriente y Occidente, al Septentrión o al Austro podrá saber algo de tu persona? Prescindiendo de estas partes, puedes comprender, en qué limitado espacio puede difundirse vuestra gloria. Y los mismos que hablan de nosotros ¿por cuánto tiempo lo harán?

»Es más: aunque la generación de los hombres venideros quisiera luego transmitir a la posteridad la fama de cualquiera de nosotros que le transmitieron sus antepasados, sin embargo, a consecuencia de las inundaciones e incendios de la Tierra que necesariamente suceden en determinados momentos, no conseguiríamos una fama, no ya eterna, pero ni siquiera duradera. ¿Qué importa que tu posteridad hable de ti, si no lo hicieron los que te precedieron, que no fueron menos y fueron ciertamente mejores, teniendo en cuenta sobre todo que incluso ninguno de aquellos que pueden hablar de nosotros puede alcanzar el recuerdo de un año? En efecto, los hombres miden corrientemente el año por el giro solar, es decir, el de un solo astro, pero, en realidad, sólo se puede hablar de año verdaderamente completo cuando todos los astros han vuelto al punto de donde partieron a la vez, y hayan vuelto a componer tras largos intervalos la misma configuración del cielo entero, tiempo en el que no me atrevería a decir cuántos siglos humanos pueden comprenderse, pues como en otro tiempo vieron los hombres que había desaparecido y se había extinguido el Sol al entrar el alma de Rómulo en estos mismos templos en que estamos; siempre que el Sol se haya eclipsado en el mismo punto y hora, entonces tened por completo el año, con todas las constelaciones y estrellas colocadas de nuevo en su punto de partida; pero de este año sabed que no ha transcurrido aún la vigésima parte.»

»Por lo cual, si llegaras a perder la esperanza de volver a este lugar en el que encuentran su plenitud los hombres grandes y eminentes, ¿de qué valdría, después de todo, esa fama

humana que apenas puede llenar la mínima parte de un año? Así, si quieres mirar arriba y ver esta sede y mansión eterna, no confíes en lo que dice el vulgo, ni pongas la esperanza de tus acciones en los premios humanos; debe la misma virtud con sus atractivos conducirte a la verdadera gloria. Allá los otros con lo que digan de ti, pues han de hablar; porque todo lo que digan quedará circunscrito también por este pequeño espacio de las regiones que ves, ya que jamás fue perenne la fama de nadie, pues desaparece con la muerte de los hombres y se extingue con el olvido de la posteridad.»

Después de haber hablado de él así, dije yo: «Ahora yo, Africano, puesto que está abierto lo que llamaríamos acceso del Cielo a los beneméritos de la patria, aunque no os hice deshonor siguiendo desde joven las huellas de mi padre y tuyas, voy a esforzarme con mucha mayor diligencia a la vista de tan gran premio.» Dijo Africano: «Esfuézate, y ten por cierto que sólo es mortal este cuerpo que tienes, y que no eres tú el que muestra esta forma visible, sino que cada uno es lo que es su mente y no la figura que puede señalarse con el dedo. Has de saber que eres un ser divino; puesto que es dios el que existe, piensa, recuerda, actúa providentemente; el que rige, gobierna y mueve ese cuerpo que de él depende, lo mismo que el dios principal lo hace con este mundo, y del mismo modo que aquel mismo dios eterno mueve un mundo que es, en parte, mortal, así también el alma sempiterna mueve un cuerpo caduco.»

»Porque lo que siempre se mueve es eterno, en tanto que lo que transmite a otro el movimiento, siendo él mismo movido desde fuera, necesariamente deja de vivir cuando termina aquel movimiento: sólo lo que se mueve a sí mismo, como no se separa de sí mismo, nunca deja tampoco de moverse, y es, además, la fuente de todo lo demás que se mueve, el principio del movimiento; y lo que es principio no tiene origen, pues todo procede del principio y él no puede nacer de otra cosa alguna, pues no sería principio si fuera engendrado por otro; si nunca nace, tampoco puede morir jamás, y si el principio se extingue, no puede renacer de otro, ni podrá crear nada por sí mismo, ya que necesariamente todo procede de un principio. Así, pues, el principio del movimiento lo es porque se mueve a sí mismo, y eso no puede ni nacer ni morir, o sería necesario que el cielo entero se derrumbe y toda la naturaleza se pare, sin poder encontrar principio alguno por el que ser movido.

»Siendo evidente así que es eterno lo que se mueve a sí mismo, ¿quién puede negar que esta naturaleza es la atribuida a las almas? Ahora bien: todo lo que es impulsado desde fuera carece de alma, y lo que tiene alma es excitado por un movimiento propio interior. Ésta es la naturaleza y esencia del alma, y si es única entre todas las cosas que ella mueve por sí misma, es cierto que no tiene nacimiento y es eterna.

»Ejercita tú el alma en lo mejor, y es lo mejor los desvelos por la salvación de la patria, movida y adiestrada por los cuales, el alma volará más velozmente a esta su sede y propia mansión; y lo hará con mayor ligereza, si, encerrada en el cuerpo, se eleva más alto, y, contemplando lo exterior, se abstrae lo más posible del cuerpo. En cambio, las almas de los que se dieron a los placeres corporales haciéndose como servidores de éstos violando el derecho divino y humano por el impulso de los instintos dóciles a los placeres, andarán vagando alrededor de la misma Tierra, cuando se liberen de sus cuerpos, y no podrán regresar a este lugar sino tras muchos siglos de tormento.

El Africano se marchó, y yo me desperté del sueño.<sup>16</sup>

Interesante el sueño, pero en otros lados también escriben sobre sueños.

#### **1.1.4 Los chinos y el sueño**

En otro lado del mundo, Chuang Tzu, alrededor del siglo III a. C., como exponente de la literatura antigua china del encuentro con la sabiduría del Tao, escribió una historia en la

---

<sup>16</sup> Cicerón. El sueño de Escipión [en línea].

que existe un mundo ambiguo, en el que no se establece una clara distinción entre la vigilia y el sueño; el relato dice:

Chuang Tzu soñó que era una mariposa. Al despertar ignoraba si era Tzu que había soñado que era una mariposa o si era una mariposa y estaba soñando que era Tzu.<sup>17</sup>

Wu cheng, escritor de la literatura clásica china perteneciente a la dinastía Míng, en el siglo XVI, escribió el cuento La sentencia, en el que se proyecta el mundo onírico y su trascendencia en la realidad:

Aquella noche, en la hora de la rata, el emperador soñó que había salido de su palacio y que en la oscuridad caminaba por el jardín, bajo los árboles en flor. Algo se arrodilló a sus pies y le pidió amparo. El emperador accedió; el suplicante dijo que era un dragón y que los astros le habían revelado que al día siguiente, antes de la caída de la noche, Wei Cheng, ministro del emperador, le cortaría la cabeza. En el sueño, el emperador juró protegerlo.

Al despertarse, el emperador preguntó por Wei Cheng. Le dijeron que no estaba en el palacio; el emperador lo mandó buscar y lo tuvo atareado el día entero, para que no matara al dragón, y hacia el atardecer le propuso que jugaran al ajedrez. La partida era larga, el ministro estaba cansado y se quedó dormido.

Un estruendo conmovió la tierra. Poco después irrumpieron dos capitanes, que traían una inmensa cabeza de dragón empapada en sangre. La arrojaron a los pies del emperador y gritaron:

—¡Cayó del cielo!

Wei Cheng, que había despertado, la miró con perplejidad y observó:

—Qué raro, yo soñé que mataba a un dragón así.<sup>18</sup>

En este relato, tanto la realidad como el mundo del sueño se entrelazan entre sí, para presentar de manera desconcertante el desenlace de la obra.

### 1.1.5 Los sueños en otros momentos

Algo similar ocurre en La casa encantada, relato que se encuentra en la recopilación de diversos textos, en el libro *Antología del cuento extraño*:

Una joven soñó una noche que caminaba por un extraño sendero campesino, que ascendía por una colina boscosa cuya cima estaba coronada por una hermosa casita blanca, rodeada de un jardín. Incapaz de ocultar su placer, llamó a la puerta de la casa, que finalmente fue abierta por un hombre muy, muy anciano, con una larga barba blanca. En el momento en que ella empezaba a hablarle, despertó. Todos los detalles de este sueño permanecieron tan grabados en su memoria, que por espacio de varios días no pudo pensar en otra cosa. Después volvió a tener el mismo sueño en tres noches sucesivas. Y siempre despertaba en el instante en que iba a comenzar su conversación con el anciano.

Pocas semanas más tarde la joven se dirigía en automóvil a una fiesta de fin de semana. De pronto, tironeó la manga del conductor y le pidió que detuviera el auto. Allí, a la derecha del camino pavimentado, estaba el sendero campesino de su sueño.

-Espéreme un momento -suplicó, y echó a andar por el sendero, con el corazón latiéndole alocadamente.

Ya no se sintió sorprendida cuando el caminito subió enroscándose hasta la cima de la

---

<sup>17</sup> Chuang Tzu. Sueño de la mariposa [en línea].

<sup>18</sup> Wu Ch'eng-en. La sentencia [en línea].

boscosa colina y la dejó ante la casa cuyos menores detalles recordaba ahora con tanta precisión. El mismo anciano del sueño respondía a su impaciente llamado.

-Dígame -dijo ella-, ¿se vende esta casa?

-Sí -respondió el hombre-, pero no le aconsejo que la compre. ¡Un fantasma, hija mía, frecuenta esta casa!

-Un fantasma -repitió la muchacha-. Santo Dios, ¿y quién es?

-Usted -dijo el anciano, y cerró suavemente la puerta.<sup>19</sup>

Lewis Carroll, en 1871, publica *Alicia a través del espejo*, donde supone una realidad soñada desde un sueño; así, la realidad de Alicia se discute e interroga si se piensa en que todas sus aventuras son producto del sueño del Rey rojo:

Ahora, veamos, gatito: pensemos bien quién fue el que ha soñado todo esto. Te estoy preguntando algo muy serio, querido mío, así que no debieras de seguir ahí lamiéndote una patita de esa manera... ¡Como si Dina no te hubiera dado ya un buen lavado esta mañana! ¿Comprendes, gatito? Tuve que ser yo o tuvo que ser el Rey rojo, a la fuerza. ¡Pues claro que él fue parte de mi sueño!..., pero también es verdad que yo fui parte del suyo. ¿Fue de veras el Rey rojo, gatito? Tú eras su esposa, querido, de forma que tú debieras de saberlo... ¡Ay gatito! ¡Ayúdame a decidirlo! Estoy segura de que tu patita puede esperar a más tarde. —Pero, el exasperante minino se hizo el sordo y empezó a lamerse la otra. ¿Quién creéis vosotros que fue?

Bajo un soleado cielo, una barca  
se desliza calladamente  
en el sueño de una tarde de verano...

Tres niñas se acurrucan muy cerca,  
los ojos brillantes, el oído atento  
quisieran oír un sencillo cuento...

Mucho ha ya de aquel soleado cielo,  
se apagan sus ecos y su recuerdo...  
El gélido otoño ha muerto aquel julio estival.

Mas su espíritu..., aún inquieta mi ánimo:  
Alicia deambulando bajo cielos  
que nunca ojos mortales vieron.

Aún querrán niños un cuento,  
los ojos brillantes, el oído atento  
acurrucándose amorosos a mi lado.  
Penetran en un país de maravillas.  
Soñando mientras pasan los días,  
soñando mientras mueren los estíos.

Siempre deslizándose con la corriente...,

---

<sup>19</sup> La casa encantada, en: Rodolfo J. Walsh (comp.). *Antología del cuento extraño, II*. Buenos Aires: Hachette, 1976, p. 75-6.

siempre flotando en ese rayo dorado...,  
la vida, acaso, ¿no es más que un sueño?»,<sup>20</sup>

Esta característica también se ve proyectada en *La muerte enamorada* de Théophile Gautier,<sup>21</sup> texto que incluye el siguiente sueño de Romualdo que, en la historia que se desarrolla, es un sacerdote:

Pero una noche tuve un sueño. Apenas me había quedado dormido cuando oí descorrer las cortinas de mi lecho y el ruido de las anillas en la barra sonó estrepitosamente; me incorporé de golpe sobre los codos y vi ante mí una sombra de mujer. Enseguida reconocí a Clarimonda. Sostenía una lamparita como las que se depositan en las tumbas, cuyo resplandor daba a sus dedos afilados una transparencia rosa que se difuminaba insensiblemente hasta la blancura opaca y rosa de su brazo desnudo. Su única ropa era el sudario de lino que la cubría en su lecho de muerte, y sujetaba sus pliegues en el pecho, como avergonzándose de estar casi desnuda, pero su manita no bastaba, y como era tan blanca, el color del tejido se confundía con el de su carne a la pálida luz de la lámpara. Envuelta en una tela tan fina que traicionaba todas sus formas, parecía una estatua de mármol de una bañista antigua y no una mujer viva. Muerta o viva, estatua o mujer, sombra o cuerpo, su belleza siempre era la misma; tan sólo el verde brillo de sus pupilas estaba un poco apagado, y su boca, antes bermeja, sólo era de un rosa pálido y tierno semejante al de sus mejillas. Las florecillas azules que vi en sus cabellos se habían secado por completo y habían perdido todos sus pétalos; pero estaba encantadora, tanto que, a pesar de lo extraño de la aventura y del modo inexplicable en que había entrado en mi habitación, no sentí temor ni por un instante.

Dejó la lámpara sobre la mesilla y se sentó a los pies de mi cama; después, inclinándose sobre mí, me dijo con esa voz argentina y aterciopelada, que sólo le he oído a ella:

—Me he hecho esperar, querido Romualdo, y sin duda habrás pensado que te había olvidado. Pero vengo de muy lejos, de un lugar del que nadie ha vuelto aún; no hay ni luna ni sol en el país de donde procedo; sólo hay espacio y sombra, no hay camino, ni senderos; no hay tierra para caminar, ni aire para volar y, sin embargo, heme aquí, pues el amor es más fuerte que la muerte y acabará por vencerla. ¡Ay!, he visto en mi viaje rostros lúgubres y cosas terribles. Mi alma ha tenido que luchar tanto para, una vez vuelta a este mundo, encontrar su cuerpo y poseerlo de nuevo... ¡Cuánta fuerza necesité para levantar la lápida que me cubría! Mira las palmas de mis manos lastimadas. ¡Bésalas para curarlas, amor mío! —me acercó a la boca sus manos, las besé mil veces, y ella me miraba hacer con una sonrisa de inefable placer.

Confieso para mi vergüenza que había olvidado por completo las advertencias del padre Serapion y el carácter sagrado que me revestía. Había sucumbido sin oponer resistencia, y al primer asalto. Ni siquiera intenté alejar de mí la tentación; la frescura de la piel de Clarimonda penetraba la mía y sentía estremecerse mi cuerpo de manera voluptuosa. ¡Mi pobre niña! A pesar de todo lo que vi, aún me cuesta creer que fuera un demonio: no lo parecía desde luego, y jamás Satanás ocultó mejor sus garras y sus cuernos. Había recogido sus piernas sobre los talones y, acurrucada en la cama, adoptó un aire de coquetería indolente. Cada cierto tiempo acariciaba mis cabellos y con sus manos formaba rizados como ensayando nuevos peinados. Yo me dejaba hacer con la más culpable complacencia y ella añadía a la escena un adorable parloteo. Es curioso el hecho de que yo no me sorprendiera ante tal aventura y, dada la facilidad que tienen nuestros ojos para considerar con normalidad los más extraños acontecimientos, la situación me pareció de lo más natural.

—Te amaba mucho antes de haberte visto, querido Romualdo, te buscaba por todas partes.

---

<sup>20</sup> Lewis Carroll. *A través del espejo*. Córdoba: Ediciones del sur, 2004, p. 154-155.

<sup>21</sup> Théophile Gautier. *La muerte enamorada*, en: *Cuentos fantásticos*. Buenos Aires: Andrómeda, 1978, p. 75.

Tú eras mi sueño y me fijé en ti en la iglesia, en el fatal momento; me dije: ¡es él! y te lancé una mirada con todo el amor que había tenido, tenía y tendría por ti. Fue una mirada capaz de condenar a un cardenal, de poner de rodillas a mis pies a un rey ante su corte. Tú permaneciste impasible y preferiste a tu Dios. ¡Ah, cuán celosa estoy de tu Dios al que has amado y amas aún más que a mí!

»¡Desdichada, desdichada de mí!, jamás tu corazón será para mí sola, para mí, a quien resucitaste con un beso, para mí, Clarimonda la muerta, que forzó por tu causa las puertas de la tumba y viene a consagrarte su vida; recobrada para hacerte feliz. Estas palabras iban acompañadas de caricias delirantes que aturdieron mis sentidos y mi razón hasta el punto de no temer proferir para contentarla una espantosa blasfemia y decirle que la amaba tanto como a Dios.

Sus pupilas se reavivaron y brillaron como crisopacios:

—¡Es cierto, es cierto!, ¡tanto como a Dios! —dijo rodeándome con sus brazos—. Si es así, vendrás conmigo, me seguirás donde yo quiera. Te quitarás ese horrible traje negro. Serás el más orgulloso y envidiable de los caballeros, serás mi amante. Ser el amante confeso de Clarimonda, que llegó a rechazar a un papa, es algo hermoso. ¡Ah, llevaremos una vida feliz, una dorada existencia! ¿Cuándo partimos, caballero?

—¡Mañana!, ¡mañana! —gritaba en mi delirio.

—Mañana, sea —contestó—. Tendré tiempo de cambiar de ropa, porque ésta es demasiado ligera y no sirve para ir de viaje. Además tengo que avisar a la gente que me cree realmente muerta y me llora. Dinero, trajes, coches, todo estará dispuesto, vendré a buscarte a esta misma hora. Adiós, corazón —rozó mi frente con sus labios. La lámpara se apagó, se corrieron las cortinas y no vi nada más; un sueño de plomo se apoderó de mí hasta la mañana siguiente.<sup>22</sup>

A partir de esa noche, su naturaleza en cierto modo se desdobló y convivieron en él, dos hombres que se ignoraban mutuamente; a veces creía que era un sacerdote que cada noche soñaba que era un hombre distinguido; otras, creía que era un hombre que soñaba que era un sacerdote; era incapaz de distinguir entre el sueño y la vigilia e ignoraba dónde empezaba la realidad y dónde terminaba la ilusión.

Jorge Luis Borges hizo del sueño un recurso de alteridad fantástica de la existencia en la irrealidad, como una proyección de un otro que se desenvuelve en un círculo de un querer de creación por medio de lo soñado; *Las ruinas circulares* es una muestra de lo dicho, donde el personaje principal propicia la irrupción en la vigilia para entrar en un sueño que interrumpiera la realidad.<sup>23</sup>

Una forma distinta en la que Borges recurre al sueño, para retomar un poco la acepción de las culturas antiguas, que lo concebían como un mensaje profético otorgado por las divinidades, es la Historia de los dos que soñaron:

Cuentan hombres dignos de fe que hubo en El Cairo un hombre poseedor de riquezas, pero tan magnánimo y liberal que todas las perdió menos la casa de su padre, y que se vio forzado a trabajar para ganarse el pan.

Trabajó tanto que el sueño lo rindió una noche debajo de una higuera de su jardín y vio en el sueño un hombre empapado que se sacó de la boca una moneda de oro y le dijo: “Tu fortuna está en Persia, en Isfaján; vete a buscarla”. A la madrugada siguiente se despertó y

---

<sup>22</sup> Théophile Gautier. *La muerte enamorada*. Versión de Alejandro Polanco Masa [en línea].

<sup>23</sup> Jorge Luis Borges. *Las ruinas circulares* [en línea].

emprendió el largo viaje y afrontó los peligros del desierto, de las naves, de los piratas, de los idólatras, de los ríos, de las fieras y de los hombres.

Llegó al fin a Isfaján, pero en el recinto de esa ciudad lo sorprendió la noche y se tendió a dormir en el patio de una mezquita. Había, junto a la mezquita, una casa y por decreto de Alá Todopoderoso, una pandilla de ladrones atravesó la mezquita y se metió en la casa, y las personas que dormían se despertaron con el estruendo de los ladrones y pidieron socorro. Los vecinos también gritaron, hasta que el capitán de los serenos de aquel distrito acudió con sus hombres y los bandoleros huyeron por la azotea.

El capitán hizo registrar la mezquita y en ella dieron con el hombre de El Cairo y le menudearon tales azotes con varas de bambú que estuvo cerca de la muerte. A los dos días recobró el sentido en la cárcel. El capitán lo mandó buscar y le dijo: “¿Quién eres y cuál es tu patria?” El otro declaró: “Soy de la ciudad famosa de El Cairo y mi nombre es Mohamed El Magrebi”. El Capitán le preguntó: “¿Qué te trajo a Persia?” El otro optó por la verdad y le dijo: “Un hombre me ordenó en un sueño que viniera a Isfaján, porque ahí estaba mi fortuna. Ya estoy en Isfaján y veo que esa fortuna que prometió deben ser los azotes que tan generosamente me diste”.

Ante semejantes palabras, el capitán se rio hasta descubrir las muelas del juicio y acabó por decirle: “Hombre desatinado y crédulo, tres veces he soñado con una casa en la ciudad de El Cairo, en cuyo fondo hay un jardín, y en el jardín un reloj de sol y después del reloj de sol una higuera y luego de la higuera una fuente, y bajo la fuente un tesoro. No he dado el menor crédito a esa mentira. Tú, sin embargo, engendro de mula con un demonio, has ido errando de ciudad en ciudad, bajo la sola fe de tu sueño. Que no te vuelva a ver en Isfaján. Toma estas monedas y vete.”

El hombre las tomó y regresó a su patria. Debajo de la fuente de su jardín (que era la del sueño del capitán) desenterró el tesoro. Así Alá le dio bendición y lo recompensó.<sup>24</sup>

Al poner a soñar a sus personajes, Borges no solo interrogaba la realidad en su creación literaria, sino que de inmediato pone al lector en un enfrentamiento que discute desde esta otra realidad que tiembla y se siente amenazada por la desestabilización de las verdades absolutas, de certezas que el ser humano intenta darse para autoengañarse al hacer el intento por darle un suelo firme a su existencia.

Julio Cortázar, de un modo alterno, también pone entre dos grandes interrogantes las implicaciones de las certezas y para ello recurre al sueño: en *La noche boca arriba*, escrito en 1952, el sueño y la vigilia, en casi la totalidad del relato, entran en un juego de roles donde no hay certeza sobre qué papel ocupa cada uno.<sup>25</sup>

En todo lo anotado antes, a excepción de Cortázar en algunas de sus creaciones, se ha considerado a los sueños como un recurso teórico y no un sueño vivido por el autor, que es principalmente la fuente de los escritos de este trabajo; con base en este motivo, en lo que resta de este capítulo se hablará de algunos autores que han escrito a partir del

---

<sup>24</sup> Jorge Luis Borges. *Historia de los dos que soñaron* [en línea].

<sup>25</sup> Julio Cortázar. *La noche boca arriba* [en línea].

influjo de los sueños, desde sus apariciones como ninfas o como monstruos perturbadores, por lo que es indispensable hablar acerca del romanticismo y el uso que hace del plano onírico en la creación literaria.

En el escrito *El alma romántica y el sueño* de Albert Beguin, se habla cómo, en lo que fue el periodo de romanticismo alemán y francés, grandes poetas debieron su creación al predominio de la noche, en la que aparece, como todo un acontecimiento, una nueva forma de pensar y de sentir.

Novalis, el poeta romántico, después de la muerte de su amada Sophie, cuenta, de forma poética, que entró en el ámbito del sueño una vez leyó a Shakespeare y tuvo un encuentro con su amada; con ello, constituye toda una poética del sueño en sus *Himnos a la noche*, en la que el sueño se convierte en territorio de poesía:

Empecé a leer a Shakespeare, me adentré en su lectura. Al atardecer me fui con Sophie. Entonces experimenté una felicidad indecible, momentos de entusiasmo como relámpagos. Vi como la tumba se convertía ante mí en una nube de polvo, siglos como momentos — sentía la proximidad de ella—, me parecía que iba a aparecer de un momento a otro.<sup>26</sup>

Esta vivencia, incluida en su Diario, lo llevará más tarde a escribir los himnos, en los que se la enaltece como un mundo seductor y esquivo, que le otorga al hombre el conocimiento sobre sí mismo:

¿Qué es lo que, de repente, tan lleno de presagios, brota  
en el fondo del corazón y sorbe la brisa suave de la melancolía?  
¿Te complaces también en nosotros, Noche oscura?  
¿Qué es lo que ocultas bajo tu manto, que, con fuerza invisible, toca mi alma?  
Un bálsamo precioso destila de tu mano,  
como de un haz de adormideras.  
Por ti levantan el vuelo las pesadas alas del espíritu.  
Obscuramente, inefablemente nos sentimos movidos  
—alegre y asustado, veo ante mí un rostro grave,  
un rostro que dulce y piadoso se inclina hacia mí,  
y, entre la infinita maraña de sus rizos,  
reconozco la dulce juventud de la Madre—.  
¡Qué pobre y pequeña me parece ahora la Luz!  
¡Qué alegre y bendita la despedida del día!<sup>27</sup>

Asimismo, el texto de *Kubla Khan*, publicado en 1816, antes de que lo escribiera lo soñó su autor Samuel Taylor Coleridge, quien, después de haber tomado un calmante y estar sentado en una silla, al leer un libro cayó en un profundo sueño de casi tres horas, en el que se le desplegaron una serie de imágenes y palabras que se le manifestaban en forma de versos; cuando despertó, recordó lo soñado y lo convirtió en una obra literaria:

---

<sup>26</sup> Novalis. *Himnos a la noche* [en línea].

<sup>27</sup> *Ibid.*

En Xanadú, Kubla Khan  
mandó que levantaran su cúpula señera:  
allí donde discurre Alfa, el río sagrado,  
por cavernas que nunca ha sondeado el hombre,  
hacia una mar que el sol no alcanza nunca.  
Dos veces cinco millas de tierra muy feraz  
ciñeron de altas torres y murallas:  
y había allí jardines con brillo de arroyuelos,  
donde, abundoso, el árbol de incienso florecía,  
y bosques viejos como las colinas  
cercando los rincones de verde soleado.  
¡Oh sima de misterio, que se abría  
bajo la verde loma, cruzando entre los cedros!  
Era un lugar salvaje, tan sacro y hechizado  
como el que frecuentara, bajo menguante luna,  
una mujer, gimiendo de amor por un espíritu.  
Y del abismo hirviente y con fragores  
sin fin, cual si la tierra jadeara,  
hízose que brotara un agua caudalosa,  
entre cuyo manar veloz e intermitente  
se enlazaban fragmentos enormes, a manera  
de granizo o de mieses que el trillador separa:  
y en medio de las rocas danzantes, para siempre,  
lanzóse el sacro río.  
Cinco millas de sierpe, como en un laberinto,  
siguió el sagrado río por valles y collados,  
hacia aquellas cavernas que no ha medido el hombre,  
y hundióse con fragor en una mar sin vida:  
y en medio del estruendo, oyó Kubla, lejanas,  
las voces de otros tiempos, augurio de la guerra.  
La sombra de la cúpula deliciosa flotaba  
encima de las ondas,  
y allí se oía aquel rumor mezclado  
del agua y las cavernas.  
¡Oh, singular, maravillosa fábrica:  
sobre heladas cavernas la cúpula de sol!  
Un día, en mis ensueños,  
una joven con un salterio aparecía  
llegaba de Abisinia esa doncella  
y pulsaba el salterio;  
cantando las montañas de Aboré.  
Si revivir lograra en mis entrañas  
su música y su canto,  
tal fuera mi delicia,  
que con la melodía potente y sostenida  
alzaría en el aire aquella cúpula,  
la cúpula de sol y las cuevas de hielo.  
Y cuantos me escucharan las verían  
y todos clamarían: «¡Deteneos!  
¡Ved sus ojos de llama y su cabello loco!  
Tres círculos trazad en torno suyo  
y los ojos cerrad con miedo sacro,

pues se nutrió con néctar de las flores  
y la leche probó del Paraíso.<sup>28</sup>

Edgar Allan Poe también hizo de sus sueños recurso para la creación de sus escritos; algunos de sus comentaristas hablan sobre el desborde que vivía respecto a las vivencias oníricas y como se le manifestaban en esa lógica y al tiempo ilógica trama de sus escritos; en *Berenice*, el poeta escribe que las realidades del mundo lo afectaban como visiones y como visiones solamente, mientras las ideas sobre el terreno de los sueños no llegaban a ser la materia de su existencia de todos los días, sino, en verdad, su única y entera existencia, como se ve en su poema *Dreamland*:

En una senda abandonada y triste  
que recorren tan sólo ángeles malos,  
una extraña Deidad, la negra Noche  
ha erigido su trono solitario;  
allí llegué una vez; crucé atrevido  
de Thule ignota los contornos vagos  
y al Reino entré que extiende sus confines  
fuera del Tiempo y fuera del Espacio.<sup>29</sup>

Es cierto que la calidad de las experiencias oníricas pudo haber sido producida por el alcohol y el opio, pero la sensibilidad, el alma y la cultura de Poe lo llevaron a que soñara así.

Lovecraft, el autor de lo terrorífico en el siglo XX, veía a los sueños como portales que transportan a una realidad mucho más compleja y sutil, a la que la mente solo tiene acceso mediante el estado de trance cotidiano, al que se denomina sueño; se servía de su contenido abismal y abrumador para darle a sus relatos el suspenso y desconcierto que las imágenes quiméricas terroríficas le provocaban; utilizó los dones que puede facilitar el lenguaje literario, utilizó los recursos literarios existentes para darle a sus escritos atmósferas horripilantes, oscuras y escalofriantes para cualquier lector. En el cuento *Los sueños en la casa de la bruja*, escrito en 1933, recurrió a lo onírico para provocar desconcierto en los sucesos acontecidos en el relato y mostrar ambientes de ambigüedad y angustia, inducidos por lo terrorífico en la historia:

Walter Gilman no sabía si fueron los sueños los que provocaron la fiebre, o si fue la fiebre la causa de los sueños. Detrás de todo se agazapaba el horror lacerante y mohoso de la antigua ciudad y de la execrable buhardilla donde escribía, estudiaba y luchaba con cifras y fórmulas cuando no estaba dando vueltas en la mezquina cama de hierro. Sus oídos se estaban sensibilizando de manera poco natural e intolerable, y ya hacía tiempo que había parado el reloj barato de la repisa de la chimenea, cuyo tictac había llegado a parecerle como un tronar de artillería. Por la noche, los rumores de la ciudad oscurecida, el siniestro corretear de las ratas en los endeble tabiques y el crujir de las ocultas tablas en la

---

<sup>28</sup> Samuel Taylor Coleridge. *Kubla Khan* [en línea].

<sup>29</sup> Edgar Allan Poe. *Dreamland* [en línea].

centenaria casa bastaban para darle la sensación de barahúnda. La oscuridad siempre estaba llena de inexplicables ruidos, y no obstante Gilman se estremecía a veces temiendo que aquellos sonidos se apagaran y le permitieran oír otros rumores más leves que acechaban detrás de ellos<sup>30</sup>.

A Rubén Darío se lo reconoció como el poeta soñador, impulsor del modernismo de las letras en el mundo hispano, en que, en lugar de una realidad objetiva, en su condición humana se elige lo que es una posición más alta, más relevante, la subjetiva, donde dominan la fantasía y el sueño con la estética simbólica que en él acontece, para dar fruto a la creación poética, no menos estética que la creación misma del sueño; fue tal el influjo del sueño, que escribió el libro *El mundo de los sueños*, donde analizó múltiples facetas del onirismo y cómo fue una fuente de escritura para algunos de sus poemas; en *El reino interior*, se proyecta la importancia del sueño, dado que, mediante él, el poeta le hace una petición a las doncellas para encontrar tranquilidad en cuanto a la espiritualidad del hombre:

Y en sueño dice: «¡Oh dulces delicias de los cielos!  
¡Oh tierra sonrosada que acarició mis ojos!  
¡Princesas, envolvedme con vuestros blancos velos!  
¡Príncipes, estrechadme con vuestros brazos rojos!»<sup>31</sup>

En el siglo XX, el mismo Franz Kafka tuvo una relación íntima con el mundo de los sueños que le hacía perder los lazos con ese otro mundo, que él denominaba la realidad, de ahí que, en varias de sus narraciones, hace que la visión nocturna se enriqueciese por las peripecias del sueño en el que le resultaban palpables; por medio de ellas sostenía un vínculo entre los dos mundos y lo que se pudiera decir evitó que se perdiera en las sombras de la locura; al tomar el sueño como modelo de sus propias narraciones, creó las condiciones para expresar la experiencia de lo que prácticamente resulta incomprensible y transformarlo en una creación literaria, como en su relato *Un sueño*:

Josef K. soñó:

Era un día hermoso, y K. quiso salir a pasear. Pero apenas dio dos pasos, llegó al cementerio. Vio numerosos e intrincados senderos, muy numerosos y nada prácticos; K. flotaba sobre uno de esos senderos como sobre un torrente, en un inmovible deslizamiento. Su mirada advirtió desde lejos el montículo de una tumba recién cubierta, y quiso detenerse a su lado. Ese montículo ejercía sobre él casi una fascinación, y le parecía que nunca podría acercarse demasiado rápidamente. De pronto, sin embargo, la tumba casi desaparecía de la vista, oculta por estandartes que flameaban y se entrecocaban con fuerza; no se veía a los portadores de los estandartes, pero era como si allí reinara un gran júbilo.

Todavía buscaba a la distancia, cuando vio de pronto la misma sepultura a su lado, cerca del camino; pronto la dejaría atrás. Salto rápidamente al césped. Pero como en el momento del salto el sendero se movía velozmente bajo sus pies, se tambaleó y cayó de rodillas justamente frente a la tumba. Detrás de ésta había dos hombres que sostenían una lápida en la tierra, donde quedó sólidamente asegurada. Entonces surgió de un matorral un tercer

---

<sup>30</sup> Howard Phillips Lovecraft. Los sueños en la casa de la bruja [en línea].

<sup>31</sup> Rubén Darío. El reino interior [en línea].

hombre, en quien K. inmediatamente reconoció a un artista. Sólo vestía pantalones y una camisa mal abotonada; en la cabeza tenía una gorra de terciopelo; en la mano un lápiz común, con el que dibujaba figuras en el aire mientras se acercaba.

Apoyó ese lápiz en la parte superior de la lápida; la lápida era muy alta; el hombre no necesitaba agacharse, pero sí inclinarse hacia adelante, porque el montículo de tierra (que evidentemente no quería pisar) lo separaba de la piedra. Estaba en puntas de pie y se apoyaba con la mano izquierda en la superficie de la lápida. Mediante un prodigio de destreza logró dibujar con un lápiz común letras doradas y escribió: "Aquí yace". Cada una de las letras era clara y hermosa, profundamente inscrita y de oro purísimo. Cuando hubo escrito las dos palabras, se volvió hacia K. que sentía gran ansiedad por saber cómo seguiría la inscripción, apenas se preocupaba por el individuo y sólo miraba la lápida. El hombre se dispuso nuevamente a escribir, pero no pudo, algo se lo impedía; dejó caer el lápiz y nuevamente se volvió hacia K. Esta vez K. lo miró y advirtió que estaba profundamente perplejo, pero sin poder explicarse el motivo de su perplejidad. Toda su vivacidad anterior había desaparecido. Esto hizo que también K. comenzara a sentirse perplejo; cambiaban miradas desoladas; había entre ellos algún odioso malentendido, que ninguno de los dos podía solucionar. Fuera de lugar, comenzó a repicar la pequeña campana de la capilla fúnebre, pero el artista hizo una señal con la mano y la campana cesó. Poco después comenzó nuevamente a repicar; esta vez con mucha suavidad y sin insistencia; inmediatamente cesó; era como si solamente quisiera probar su sonido. K. estaba preocupado por la situación del artista, comenzó a llorar y sollozó largo rato en el hueco de sus manos. El artista esperó que K. se calmara y luego decidió, ya que no encontraba otra salida, proseguir su inscripción. El primer breve trazo que dibujó fue un alivio para K. pero el artista tuvo que vencer evidentemente una extraordinaria repugnancia antes de terminarlo; además, la inscripción no era ahora tan hermosa, sobre todo parecía haber mucho menos dorado, los trazos se demoraban, pálidos e inseguros; pero la letra resultó bastante grande. Era una J.; estaba casi terminada ya, cuando el artista, furioso, dio un puntapié contra la tumba y la tierra voló por los aires. Por fin comprendió K.; era muy tarde para pedir disculpas; con sus diez dedos escarbó en la tierra, que no le ofrecía ninguna resistencia; todo parecía preparado de antemano; sólo para disimular, habían colocado esa fina capa de tierra; inmediatamente se abrió debajo de él un gran hoyo, de empinadas paredes, en el cual K., impulsado por una suave corriente que lo colocó de espaldas, se hundió. Pero cuando ya lo recibía la impenetrable profundidad esforzándose todavía por erguir la cabeza, pudo ver su nombre que atravesaba rápidamente la lápida, con espléndidos adornos.

Encantado con esta visión, se despertó.<sup>32</sup>

Del mismo modo, no se puede dejar de hablar de la relación existente entre el Psicoanálisis y el sueño que es, según se postuló en *La interpretación de los sueños*, realización de deseos que, en general, se disfrazan porque resultan inaceptables para la organización consciente del individuo.

## 1.2 EL PSICOANÁLISIS Y LOS SUEÑOS

En la teoría psicoanalítica, Sigmund Freud, padre del psicoanálisis, en los libros I, II y III de la teoría de los sueños, manifiesta que el sueño es un indicativo de los estados psicoanalíticos del individuo; para analizarlo recurrió a la concepción popular del sueño, de cierto modo arraigado en la superstición, puesto que consideraba que este aspecto

---

<sup>32</sup> Franz Kafka. Un sueño [en línea].

está más cercano a la verdad de su significación; su teoría, en parte, la argumenta con testimonios en los que el estado psicopatológico del individuo se ve reflejado en las múltiples analogías arquetípicas de la onírica, puesto que “las obsesiones y los delirios son tan extraños a la conciencia normal como los sueños a la conciencia despierta”.<sup>33</sup>

Freud, al ingresar en el universo alterno de la vigilia, descubrió que puede existir un método sicoterapéutico mediante la narración que el individuo hiciera de sus propios sueños; en la narración de todo sueño del paciente, encontró dos aspectos para analizar: por un lado, lo que denominó *contenido manifiesto*, referido a toda la simbología existente en los acontecimientos dados durante el sueño y, por otro, el *contenido latente*, o sentido oculto, que aparece después de hacer un análisis de toda la carga simbólica del contenido manifiesto; de la convergencia del análisis de estos dos aspectos se logra efectuar la *elaboración del sueño*, que le permite al individuo encontrar la cura por medio del habla; para lograrlo, Freud recurrió a clasificar los tipos de sueño: los que tienen sentido y son comprensibles (no hay mensaje para analizar, porque son explícitos); los que causan extrañeza (como encontrarse con la muerte de un ser querido); los que carecen de todo sentido (deseos insatisfechos o sueños infantiles); el sueño adulto (el que frecuentemente se encuentra cargado de mensajes simbólicos); sin embargo, aunque el terreno de las manifestaciones del inconsciente, en el plano de los sueños, es un campo seductor, no se requiere ahondar pues supera la intención de este trabajo.

Carl Gustav Jung generó su teoría del sueño en el Psicoanálisis, que se diferencia de la teoría de Freud; según él, el sueño es una expresión normal y creativa del inconsciente y no la reaparición parcial de contenidos reprimidos, como lo afirmaba Freud.<sup>34</sup> Jung, más del lado místico del sueño de las tradiciones antiguas, afirma que los sueños son una visión prospectiva de lo que le ha de acontecer al individuo; son, para él, pues, un ejercicio preliminar o un esbozo cargado de una riqueza fructífera de contenido simbólico, que dejará ver, ante los ojos cerrados del durmiente, la propuesta de solución de un conflicto. De esta manera, los sueños pueden ayudar, de forma simbólica, a la mente consciente a preparar un camino que ya se está dibujando.<sup>35</sup>

La puesta en escena de la obra de teatro del sueño le ayuda al ser humano para que viera las cosas desde una perspectiva más abierta, no tan sesgada por la visión parcial de la mente que cree en las certezas materiales del estado de vigilia, con el fin de que pudiera comparar diferentes puntos de vista, para que la persona, después, produjera un ajuste o rectificación en su vida consciente; según Jung, la función general de los sueños radica

---

<sup>33</sup> Los sueños. El sueño es una realización de deseos y su motivo un deseo [en línea].

<sup>34</sup> Úrsula Oberst. La teoría de los sueños de Carl Gustav Jung [en línea].

<sup>35</sup> *Ibid.*

en intentar restablecer el equilibrio psicológico de la persona y compensar las deficiencias de su personalidad.

Jung pensaba que los símbolos se debían reconocer como que tuvieran su valor por sí mismos; los símbolos y las imágenes en el sueño son el lenguaje natural del inconsciente y el sueño expresa algo síquico que sólo puede traducirse en parte en términos racionales; enfatiza mucho en los símbolos de carácter universal; sus estudios de la mitología, de las religiones, de las leyendas y las expresiones culturales lo llevaron a pensar en que las temáticas universales encontradas revelaban la existencia, en cada individuo, de una parte del inconsciente que era común a toda la humanidad: el “inconsciente colectivo”.<sup>36</sup>

Los símbolos cumplen con revelar ante el soñador arquetipos que se construyen desde un inconsciente colectivo, educado en la penumbra por la cultura, para llevar un mensaje de la vida inconsciente a la consciente, pues el sueño es útero de la imaginación, de lo impensable ante los ojos del mundo despierto, de ahí que cuando se manifiesta inconscientemente, gire para hacer de sí algo propositivo. Los sueños por tanto desde esta perspectiva tienen algo que decir, y el soñador tiene que entender este mensaje onírico para sacar provecho de sus recursos inconscientes.

### **1.3 EL SURREALISMO Y EL SUEÑO**

Para entrar en el campo explícito de la conquista del mundo onírico, en el año de 1920, en Francia, el sueño es el protagonista de la creación de lo posible, es creador, el recurso para la creación poética y el desborde del ser humano en sus realidades; André Breton afirma: “Yo creo firmemente en la fusión futura de esos dos estados, aparentemente tan contradictorios: el sueño y la realidad, en una especie de realidad absoluta, de superrealidad.”<sup>37</sup> Para el poeta, resultaba inadmisibles que las profundidades que Freud se había atrevido a explorar se hubieran relegado a una posición secundaria: la invocación surrealista del sueño debe entenderse, ante todo, como la manifestación de una revuelta contra la aceptación “realista” de un mundo “mal hecho”, contra una actitud de aceptación resignada del dolor y el sufrimiento; transmite una utopía de liberación plena de la mente, el sueño de la libertad sin límites; lo mismo que la utopía, cuyo máximo valor está en saber que su núcleo fundamental reside en lo que niega, en la interrogación de un estado de cosas existente, así como en la consciencia de que siempre puede frustrarse, los sueños son inverificables; no se los puede someter a una contrastación; solo se pueden compartir como palabra o visión del otro, como aceptación en la confianza a partir de percepciones propias más o menos similares.

---

<sup>36</sup> *Ibid.*

<sup>37</sup> *Ibid.*

Los surrealistas, en cuanto al ámbito literario, empiezan a hacer del sueño una creación poética en el mundo despierto; para ello, constituyen un método en el que una locura para la conciencia vaya adquiriendo forma: la idea es construir un “pensamiento que habla”, oír el sueño y hacer del lenguaje el instrumento que lo represente, de forma “apasionada, violenta, de frases incisivas, arrebatadas, de ritmo cambiante, a ratos sereno, a ratos agitado por una extraña vitalidad”<sup>38</sup>, incluso al ser juguete de la memoria, pues “en estado normal ésta se complace en exponerle muy vagamente las circunstancias del sueño, en privarlo de toda consecuencia actual, al lograr que partiera la causa determinante desde el punto en que se cree se la había dejado unas horas antes; sin embargo, al entregarse al ejercicio de la escritura onírica y volverlo un oficio, estas aberturas se van tornando cada vez menos distantes y el sueño va coexistiendo en la alteridad de lo real por medio del trabajo del poeta:

Yo sueño te veo indefinidamente superpuesta a ti misma  
Estás sentada en el alto taburete de coral  
Ante tu espejo siempre en su cuarto creciente  
Dos dedos sobre el ala de agua del peine  
Y a la vez  
Vuelves de viaje te retrasas la última en la gruta  
Brillante de relámpagos  
No me reconoces  
Estás tendida sobre el lecho te despiertas o duermes  
Te despiertas donde estuviste dormida o en algún otro lugar  
Estás desnuda la bola de saúco rebota aún  
Mil bolas de saúco bordonean encima de ti  
Tan livianas que a cada instante son ignoradas por ti  
Tu aliento tu sangre salvados de la loca truhanería del aire  
Cruzas la calle los coches precipitados hacia ti no son más que su sombra  
Y la misma  
Niña  
Cogida en el fuelle de lentejuelas  
Saltas a la cuerda  
Tiempo suficiente para que asome en lo alto de la escalera invisible  
La única mariposa verde que frecuente las cimas de Asia  
Acaricio todo lo que fue tú  
En todo lo que sigue aún  
Escucho silbar melodiosamente  
Tus brazos innumerables  
Única serpiente en todos los árboles  
Tus brazos al centro de los cuales gira el cristal de la rosa de los vientos  
Mi fontana viva de Sivas”<sup>39</sup>

Ahora una breve reflexión sobre la relación de la escritura con el proceso formativo de un docente de Literatura o Filosofía.

---

<sup>38</sup> *Ibid.*

<sup>39</sup> André Breton. Yo sueño te veo indefinidamente superpuesta a ti misma... [en línea].

## 1.4 LA ESCRITURA COMO PROCESO FORMATIVO

“El estudio no se mide por el número de páginas leídas en una noche, ni por la cantidad de libros leídos en un semestre. Estudiar no es un acto de consumir ideas, sino de crearlas y recrearlas”.

**Paulo Freire**

En la sociedad contemporánea, los actos comunicativos se han visto envueltos en un facilismo, casi desechable como la mayoría de artefactos que aparecen en el mundo tecnológico, mientras el uso del lenguaje, tanto el verbal como el escrito, se ve este segundo más transgredido que el primero, pues, aparte de que el uso que se hace es meramente de una comunicación del instante, de la trivialidad de los sucesos cotidianos, no se escribe en busca de una creación más profunda de carácter estético, pues el ser humano contemporáneo no gusta de crear por medio del lenguaje; se podría decir que es más una máquina parlante que una máquina creadora.

Todo acto comunicativo se lo realiza de tal forma que se excluye a la escritura y se da prioridad al lenguaje oral; es decir, a la mayoría de hablantes no les gusta escribir, por eso dejan a un lado esta actividad y prefieren comunicarse de otras maneras, sin reflexionar que ésta es una alternativa creativa y dinámica para expresarse, además de que despierta en niños y adultos la capacidad de desarrollar su competencia comunicativa, creadora, para agilizar su capacidad de pensamiento, de respuesta frente a una situación determinada.

A partir de esto, se necesitó la propuesta de crear estrategias didácticas que intentan llevar al individuo a encontrarse con el mundo de la escritura; de ahí que surgiera la necesidad de que apareciera en el ámbito educativo lo que Paulo Freire denomina el joven y nuevo docente, que deja a un lado estereotipos referentes a la edad; este nuevo docente debe siempre estar alerta frente a la innovación, pues el mundo actual atraviesa un momento histórico donde la revolución tecnológica lleva implícita también una revolución cultural; es evidente que, en estos cambios acelerados de la tecnología que, en cierto modo, producen una coyuntura temporal, donde lo estático o la concepción del presente se ha desfragmentado, al resumirlo y darle el nuevo nombre del instante, ha establecido que las nuevas generaciones marchen mentalmente a su ritmo, lo que se evidencia en que, con cada nuevo objeto dentro del mercado, el individuo asume un nuevo comportamiento, por este motivo, el nuevo docente, para llegar al estudiante, debe seducirlo, al asumir una postura del riesgo, un arriesgarse con el impulso hacia la innovación.

Esto lleva a tocar la piel de lo que es desconocido, la piel de otro, que requiere del roce para despertar, proponer estrategias que vayan en búsqueda de la transformación del individuo; es decir, prácticas educativas a través de las cuales el pensamiento encuentre

espacios concretos para construir prácticas liberadoras en la cotidianidad, por medio de la escritura, ya que se trata de un ejercicio constante que implica nuevas miradas, nuevas ideas, perspectivas, de las cosas que pasan, de alternativas de trabajo; es una práctica constante, en la que el ser humano se esfuerza por expresar y dar existencia a unas formas, espacios y tiempos; es un trabajo, una lucha, un placer, un desarrollo con el que se debe convivir y se necesita abordarlo de distintas maneras, incluso al tener en cuenta las competencias y las habilidades que se le reconocen a la escritura como proceso formativo, en lo que demandan los Lineamientos curriculares, que tienen como estándar lograr relacionar la enseñanza y el aprendizaje, de una manera distinta a la convencional, en la que se encuentran incluidos docentes y estudiantes como un solo conjunto, que propone diferentes prácticas que se llevan a cabo en y fuera del aula, al tomarlas como una actividad que fortalezcan las habilidades de creación y producción escrita por parte de los estudiantes y el manejo de diferentes estrategias que los introduzcan en su propio proceso de formación.

Así, pues, *Más allá de las aguas de la certeza* propende y da lugar al joven docente, al cambiar en la forma de escritura o, al menos, en la fuente creadora de la producción escrita, romper el esquema tradicional, enfocarse en la creación literaria, con implementación, como instrumento inspirador, del mundo onírico, donde la vida del durmiente sigue y tiene su propia historia, crea en el escritor un proceso de recreación, de búsqueda, de independencia, de ruptura y de transformación, dispuesta a adentrarse en el orbe de lo nuevo y lo confuso, para ir tras una educación independizada de las figuras alienantes, constituir una fuerza estética posibilitadora, creadora del cambio, para convertirse en autonomía, y qué mejor forma de hacerlo que al basarse en procesos de escritura que surjan a partir precisamente de esas formas imaginativas que emergen del propio ser, pero, al tiempo, son extrañas.

Al ser conscientes de que este proceso de escritura es posible para la construcción literaria, se puede plantear como una herramienta didáctica en los procesos de escritura, que requieren de motivación constante, al llevar a ver cada fenómeno onírico como un mundo que en toda su riqueza (de juegos, de colores, de imágenes, personajes, tiempos y espacios) despierte su interés.

Es claro que hay un largo camino por recorrer en el interés de formar sujetos lectores y escritores capaces de participar de manera acertada en la cultura escrita, en especial en el contexto de la sociedad de la información y el conocimiento. Con este propósito, se requieren transformaciones y acciones puntuales que conlleven a que la escuela y las bibliotecas se conviertan en espacios propicios que garanticen el ingreso y la participación de los sujetos en la cultura escrita.<sup>40</sup>

---

<sup>40</sup> Ministerio de Educación Nacional. Dirección de Calidad de Educación Preescolar, Básica y Media. Subdirección de Fomento y Competencias. *Plan nacional de lectura y escritura de Educación Inicial, Preescolar, Básica y Media*, p. 7 [en línea].

El camino del que habla el documento se refiere al cambio, tomado desde un punto de vista auténtico, estratégico e innovador, por medio de la práctica y diferentes estrategias; así, el trabajo que se realizó fue netamente de imaginación, lápiz y papel, al tomar como recurso inspirador el sueño, de las personas que tienen la capacidad de narrarlo, tal vez no literalmente como ocurrió, mientras sus ojos estaban cerrados, pero sí como lo recordaban cuando entraron a esa otra vida real, alterna a la del mundo inconsciente y que participaron de este trabajo al contando sus historias nocturnas, para recrearlas, para que los relatos presentados en este trabajo se crearan, a partir de algo ya existente, donde el sueño devino literatura debido a su mismo potencial formativo.

Se plantea que la literatura, al igual que los sueños, se forman a partir de una serie de sentidos, que muchas veces llevan consigo una presentación, nudo y desenlace, pero, en otras ocasiones, se presentan como laberintos indescifrables; la literatura, al igual que los sueños, abre a otras realidades; sus personajes llevan a entender las relaciones que constituyen su entorno, con un lenguaje figurado y poblado de imágenes, por lo que, aunque arduo, no ha resultado imposible lograr que el mundo onírico emergiera en lo literario; éste no ha determinado o explica un modo de crítica o de escritura, sino el mecanismo de coordinación que se ha realizado, después de haberlo tenido, consistente para crear una sucesión de hechos en el tiempo; convertir imágenes simultáneas en una trama entendible en un tiempo del relato, con los elementos o partes que componen la sucesión como justificativo de algo que surgirá.

Ahora bien, si se trata de lo onírico como recurso dentro de la literatura, revelará la necesidad de crear, de explorar mundos ficticios que se funden en la realidad de los personajes y en la existencia de dos planos entreteljidos: la vigilia y lo onírico. Por su contenido, cargado de gran potencial para escribir, se lo pretende llevar como un mundo de posibilidades para la formación escrita, ya que soñar es coordinar los vistazos de esa contemplación y forjar historias.

Schopenhauer escribió que “la vida y los sueños eran hojas de un mismo libro, y que leerlas en orden es vivir, hojearlas, soñar”,<sup>41</sup> pero, para Sábato, “El sueño es otro libro, no un libro hojeado. Es un libro donde impera otra lógica y donde el argumento es completamente distinto”.<sup>42</sup>

Para llevar a cabo este ejercicio y romper, en cierto modo, la didáctica de la escritura y lectura de relatos tradicionales, la imaginación formó parte importante del proceso de escritura, para convertir los sueños en textos literarios que rompieran con el esquema del mundo maravilloso, el “vivieron felices para siempre”; esto no fue algo difícil, pues la trama del sueño lleva a explorar mundos distintos, de incertidumbre, que permiten

---

<sup>41</sup> Pablo Ohde. El sueño y las sucesiones como método de escritura borgesiana [en línea].

<sup>42</sup> Más diálogos Borges/Sábato [en línea].

penetrar, con magia y hondura, tanto al escritor como al lector, en una realidad compuesta por imágenes cotidianas y vividas con un sentido muchas veces cargado de perplejidad, donde la imaginación permite dar paso a que el telón se abriera al nuevo escenario, de nuevas historias, a partir de una historia ya vivida en el mundo onírico.

Al tener en cuenta que la imaginación, la lectura y la escritura son habilidades que no se pueden separar, donde el lector y el estudiante adquieren elementos para alcanzar los medios de expresión y explotarlos en los diferentes espacios en que se desarrollen, precisamente la elaboración de estos escritos parte de la comunicación entre los individuos y el recurso a estas habilidades.

Fue así como se comenzó el proceso de escritura: en primer lugar, escuchar al otro y plasmar en la hoja en blanco aquellas letras que, al releerlas, brindaban un mundo que se hacía propio sin serlo, por lo que se precisó dedicarse a la tarea de aprehensión de aquello que no pertenece, incluso cuando algunos de estos sueños surgieron de las propias cabezas; así, se abrió paso para llegar al trasfondo, a navegar en las oscuras o luminosas aguas de la imaginación; en esencia, esto permitió formar un nuevo relato, dar vida al mundo onírico en la vigilia, apoyarse en los esquemas de la estructura narrativa. Este ejercicio se adelantó de forma semejante al de los surrealistas, en que se enfatizaba en la actividad creadora a partir de sueños; escribían palabras, según les venían a su mente, expresaban distintos tipos de sentimientos, que se dan en la vida cotidiana y una forma de escaparles era al expresarlos en su escritura; hablaban de una actitud diferente ante la vida, donde se difundía una afirmación intensa de la libertad, la esperanza de una vida humana plena, la utopía de una mente que se sintiera dueña de todas sus posibilidades.

Se puede ver claramente cómo la escritura es capaz de llevar a este proceso de descubrimiento personal e intrínseco, para explorar, desarrollar y experimentar unas habilidades, sobre todo cuando se trató de relatar la propia imaginación onírica, presentada en fragmentos, en retazos que, durante la vigilia, muchas veces se someten a una censura y se registran en la historia para dar vida a nuevas realidades, alternas de vidas y mundos distintos.

Se puede afirmar, por medio la experiencia en este proceso de escritura, como docentes, que se puede propiciar esta metodología, con la que se estimula al estudiante a ser parte del mundo imaginario, se interesa más por la escritura y la lectura, para ir más allá, con utilización de recursos cotidianos olvidados; el mundo onírico no viene suelto, deambulante por la Historia, tiene un recorrido y está incluido dentro de las grandes obras literarias; Alfonso Reyes dice: “El secreto de la enseñanza, aquí como en todo, es el ejercicio. Los libros de recetas no hacen a los buenos cocineros, sino sólo la continua

práctica en el fogón. Quédense los recetarios como guías y referencias, y multiplíquense las composiciones orales y escritas”.<sup>43</sup>

Nada equivocado está Alfonso Reyes cuando de escribir y crear se trata; por medio de la práctica se hacen los grandes escritores y no es nada fácil lograrlo y, al incluir lo cotidiano como recurso, se crearán grandes relatos, a lo que se suma la importancia del desarrollo del sentido estético como elemento clave en la formación del escritor; se trata de producir ciertas condiciones que conduzcan a la construcción del criterio para la buena literatura; con nivel de elaboración estética, el individuo podrá tomar estas letras que hereda y así escribir su propio texto y producir las letras singulares de su propia historia y así hará su propia escritura.

Cuando los estudiantes comienzan a apreciar su propia escritura, a partir de sueños que fluyen desde dentro y se difunden fuera, encuentran un nuevo recurso para entenderse con la vida y el pensamiento convergente y el divergente. Se piensa que es importante educar en lo emocional; desarrollar y preservar el instinto, todo lo que no se consigue desde la racionalidad y los conceptos, sino desde la experiencia de vida. La universidad y la escuela también pueden ser un lugar donde se favorece la construcción de este camino; en la práctica de escritura se ha observado lo abiertas que están las personas para la reflexión desde el imaginario, el contacto con sus emociones y para hablar de ellas a partir de los sueños y desde un lugar donde duele menos; la forma de construir su propia historia es desde su propio centro, su propia perspectiva, desde la retoma y el ejercicio de su propia subjetividad, de su mirada.

Los relatos de más allá de las aguas de la certeza quedan plasmados en este trabajo, como prueba de que se puede, a través del sueño, escribir historias, constituir mundos posibles y fundamentar, en el campo educativo, una nueva estrategia motivadora para participar en la cultura escrita, para reemplazar los temores e indecisiones por imaginación y creatividad, a partir del mundo onírico.

Un camino de mucha inspiración se necesitó para ir más allá de las aguas de la certeza, sumergirse hasta el fondo y permitir la llegada a su realización; nadie dijo que era fácil, puesto que la inspiración no se hacía presente cada vez que se pretendía escribir, pero no fue imposible de lograr: ¿cuántos escritores han pasado horas, días, meses e incluso años con la idea en la cabeza, pero la primera hoja en blanco sin escribir una sola letra del abecedario? Pues han sido muchos, pero no abandonaron este mundo; esperaron el momento preciso y crearon sus obras y relatos que, para alguno fue la máxima creación y para otros nada de su agrado, pero que, al final, lo entregaron a su destinatario y cumplieron así con la finalidad de todo acto creador.

---

<sup>43</sup> Mauricio Pérez Abril. Lengua Castellana. Lineamientos curriculares, p. 9 [Bogotá: MEN/Magisterio, 1998; en línea].

## BIBLIOGRAFÍA

- Álex. Los sueños en la Grecia antigua. Recuperado de: <https://animasmundi.wordpress.com/tag/los-suenos-en-la-grecia-antigua>
- Barna, Tomás. La introspección y el sueño en el microcosmos Kafka. Recuperado de: <http://www.lamaquinadel tiempo.com/Kafka/TomasKaf.htm>
- Beauvoir, Simone de. *La mujer rota*. Barcelona: Edhasa, 2007. [Disponible en: <https://docs.google.com/file/d/0Bwm3dI13n5jlMDJiZGI5ZmItNTY0Zi00ZjAzLTgzZTMtNjRlN2NhYmQyZTB1/edit?ddrp=1&pli=1&hl=es#>].
- Bertorello, Marcos Javier. La narración como sueño o pesadilla: Borges y Lamborghini. Recuperado de: [http://www.celarg.org/int/arch\\_publico/bertorello\\_acta.pdf](http://www.celarg.org/int/arch_publico/bertorello_acta.pdf)
- Biblia*. Recuperado de: <https://www.biblegateway.com/passage/?search=G%C3%A9nesis+37&version=NVI>
- Borges, Jorge Luis. Historia de los dos que soñaron. Recuperado de: <http://web.mit.edu/21f702/21F702/Cuentos/DosqueSonaron.html>
- Borges, Jorge Luis. Las ruinas circulares. Recuperado de: <http://www.ciudadseva.com/textos/cuentos/esp/borges/ruinas.htm>
- Breton, André. Yo sueño te veo indefinidamente superpuesta a ti misma.... Recuperado de: <http://www.contranatura.org/literat/biblioteca/Breton-Poemas.htm#13>
- Britto García, Luis. Sueños y literatura. Recuperado de: <http://luisbrittogarcia.blogspot.com/2010/10/suenos-y-literatura.html>
- Carroll, Lewis. *A través del espejo*. Córdoba: Ediciones del sur, 2004. [Disponible en: <http://www.ucm.es/data/cont/docs/119-2014-02-19-Carroll.ATravesDelEspajo.pdf>]
- La casa encantada, en: Rodolfo J. Walsh (comp.). *Antología del cuento extraño, II*. Buenos Aires: Hachette, 1976, p. 75-6.
- Chuang Tzu. Sueño de la mariposa. Recuperado de: [http://www.ciudadseva.com/textos/cuentos/mini/sueno\\_de\\_la\\_mariposa.htm](http://www.ciudadseva.com/textos/cuentos/mini/sueno_de_la_mariposa.htm)
- Cicerón, Marco Tulio. El sueño de Escipión. Recuperado de: <http://temakel.net/node/173>
- Coleridge, Samuel Taylor. Kubla Khan. Recuperado de: <http://www.poemasde.net/kubla-khan-samuel-taylor-coleridge/>
- Cortázar, Julio. La noche boca arriba. Recuperado de: <http://www.ucm.es/data/cont/docs/119-2014-02-19-Cortazar.LaNocheBocaArriba.pdf>
- Darío, Rubén. El reino interior. Recuperado de: <http://www.poemas-del-alma.com/el-reino-interior.htm#ixzz3Z5zNfPQ8>
- Fernández Garrido, Regla. Los sueños en la novela griega: Caritón de Afrodiasias y Jenofonte de Éfeso. Recuperado de: <http://dialnet-los-suenosenlanovelagriega>

Gamero, Alejandro. Literatura inspirada en sueños. Recuperado de: <http://www.lapiedradesisifo.com/2013/04/25/literatura-inspirada-en-sue%C3%B1os/>

García Márquez, Gabriel. Me alquilo para soñar. Recuperado de: <http://www.literatura.us/garciamarquez/alquilo.html>

Garci-Gómez, Miguel. El sueño en la tradición literaria. Recuperado de: <http://mgarci.aas.duke.edu/cibertextos/CELESTINA/ENSA/SUEN-TRA.HTM>

Garduño Nájera, Oscar. El sueño de la literatura. Recuperado de: <http://www.operamundi-magazine.com/2012/07/el-sueno-de-la-literatura.html>

Gautier, Théophile. La muerte enamorada, en: *Cuentos fantásticos*. Buenos Aires: Andrómeda, 1978. [Disponible en: <http://www.biblioteca.org.ar/libros/130877.pdf>].

Gautier, Théophile. La muerte enamorada. Versión de Alejandro Polanco Masa. Recuperado de: <http://www.alpoma.net/gautier.pdf>

Gayol Mecías, Manuel. El sueño y la creación: De lo narrativo y poético a la trascendencia. Recuperado de: [http://voces.huffingtonpost.com/manuel-gayol/el-sueno-y-la-creacion\\_b\\_1857627.html](http://voces.huffingtonpost.com/manuel-gayol/el-sueno-y-la-creacion_b_1857627.html)

Gonzalo, Julia. El sueño de la tortuga azul. Recuperado de: <http://www.bibliodiversia.com/2012/12/el-sueno-de-la-tortuga-azul.html>

Gracia Noriega, José Ignacio. El gran tema del sueño. Recuperado de: <http://www.revistadelibros.com/articulos/el-gran-tema-del-sueno>

Hernández García, Gabriel. Casa tomada: del sueño a la literatura. Recuperado de: <http://deletreados.wordpress.com/2013/06/05/casa-tomada-del-sueno-a-la-literatura-comentario-al-cuento-casa-tomada-de-cortazar-por-gabriel-hernandez-garcia/>

Herodoto. *Los nueve libros de la historia*. Libro VII. Recuperado de: <http://www.Elaleph.com>.

Homero. *Ilíada*. Recuperado de: <http://www.bibliotecasvirtuales.com/biblioteca/OtrosAutoresdeLaLiteraturaUniversal/Homero/Iliada/cantoXXIII.asp>

Homero. *Odisea*. Recuperado de: [http://vignette3.wikia.nocookie.net/departamentodeletras/images/a/a9/La\\_Odisea\\_-\\_Homero.pdf/revision/latest?cb=20090724164351&path-prefix=es](http://vignette3.wikia.nocookie.net/departamentodeletras/images/a/a9/La_Odissea_-_Homero.pdf/revision/latest?cb=20090724164351&path-prefix=es)

Jung, Carl G. *Psicología y alquimia*. Barcelona: Plaza y Janés, 1989. [Disponible en: <http://www.bibliociencias.cu/gsd/collect/libros/index/assoc/HASH01c8.dir/doc.pdf>].

Kafka, Franz. Un sueño. Recuperado de: [https://asgoped.files.wordpress.com/2013/07/franz-kafka-obras-completas-\\_pdf.pdf](https://asgoped.files.wordpress.com/2013/07/franz-kafka-obras-completas-_pdf.pdf)

Lakijinski, Jamba. Significado de los sueños como parte de la cultura. Babilonia y Asiria. Recuperado de: <http://significado-delosueoscomocultura.blogspot.com/2011/11/babilonia-y-asiria.html>

Lenzi, María Beatrice. De la rêverie a la alucinación. El sueño en la modernidad literaria hispanoamericana. Recuperado de: [http://cvc.cervantes.es/literatura/aispi/pdf/09/09\\_367.pdf](http://cvc.cervantes.es/literatura/aispi/pdf/09/09_367.pdf)

Literatura de almohada. Fragmentos literarios relacionados con el mundo de los sueños. Recuperado de: [http://onironautas.org/literatura\\_almohada\\_onirico.html](http://onironautas.org/literatura_almohada_onirico.html)

Llauró, Antonia. Julio Cortázar y los sueños. Recuperado de: <http://www.temasdepsicoanalisis.org/julio-cortazar-y-los-suenos-2/>

Llano, Catalina. Los sueños de Borges. Recuperado de: <http://catalinallano.blogspot.com/2008/10/los-suenos-de-borges.html>

Los sueños literarios. Recuperado de: <http://www.elnuevodiario.com.ni/suplementos/cultural/351388-suenos-literarios/>

Lovecraft, Howard Phillips. Los sueños en la casa de la bruja. Recuperado de: <http://elespejogotico.blogspot.com/2010/07/los-suenos-en-la-casa-de-la-bruja-hp.html>

Martín Taffarel, Teresa. Borges, la lectura y los sueños. Recuperado de: [https://www.castelldefels.org/entitats/alga/67\\_centrales\\_5.htm](https://www.castelldefels.org/entitats/alga/67_centrales_5.htm)

Martínez González, Luís. El sueño de la literatura también produce monstruos. Recuperado de: <http://www.arealibros.es/libros/el-sueno-de-la-literatura-tambien-produce-monstruos.html>

Más diálogos Borges/Sábato. Recuperado de: <https://olivelaiia.wordpress.com/category/sabato/>

Matamoro, Blas. Los sueños en la literatura. Recuperado de: <http://www.thecult.es/Cronicas/los-suenos-en-la-literatura.html>

Medina, Pepa. El sueño y la ficción. Recuperado de: [http://www.ub.edu/las\\_nubes/archivo/15/medina15.html](http://www.ub.edu/las_nubes/archivo/15/medina15.html)

Méndez Romero, Alex. Iquelo. Recuperado de: <http://www.misteriosarealidad.com/2013/03/sonidos-funebres-cuento.html>

Merino, María. Nuestros sueños, tus sueños y sus sueños en la Literatura. Recuperado de: <http://www.poemas-del-alma.com/blog/especiales/nuestros-suenos-suenos-suenos>

Ministerio de Educación Nacional. Dirección de Calidad de Educación Preescolar, Básica y Media. Subdirección de Fomento y Competencias. *Plan nacional de lectura y escritura de Educación Inicial, Preescolar, Básica y Media*, Recuperado de: [http://www.colombiaaprende.edu.co/html/micrositios/1752/articles-317417\\_base\\_pnl.pdf](http://www.colombiaaprende.edu.co/html/micrositios/1752/articles-317417_base_pnl.pdf)

Mito, música y éxtasis. Recuperado de: <http://mitomusicayextasis.blogspot.com/p/shiva.html>

Moral Padrones, Evangelina. Ficcionalidad, mundos posibles y sueños. Recuperado de: [dialnet.unirioja.es/descarga/articulo/136265.pdf](http://dialnet.unirioja.es/descarga/articulo/136265.pdf)

Morales Prado, Félix. Los sueños en la literatura. Recuperado de: <http://elfantasmadelaglorieta.blogspot.com/2012/11/los-suenos-en-la-literatura.html>

Novalis. *Himnos a la noche*. Recuperado de: <https://orficas.wordpress.com/2009/10/18/hello-world/>

Oberst, Úrsula. La teoría de los sueños de Carl Gustav Jung. Recuperado de: <http://www.oberst.es/documentos/junguiana.pdf>

Ohde, Pablo. El sueño y las sucesiones como método de escritura borgesiana. Recuperado de: <http://adamar.org/ivepoca/node/1424>

Pérez Abril, Mauricio. *Lengua Castellana. Lineamientos curriculares* [Bogotá: MEN/Magisterio, 1998]. Recuperado de: [http://www.mineducacion.gov.co/1621/articles-339975\\_recurso\\_6.pdf](http://www.mineducacion.gov.co/1621/articles-339975_recurso_6.pdf)

Poe, Edgar Allan. *Dreamland*. Recuperado de: <http://www.ciudadseva.com/textos/poesia/ing/poe/dreamland.htm>

Pourtales, Alejandro de. ¿Estamos hechos de la misma substancia de la que están hechos los sueños? Recuperado de: <http://pijamasurf.com/2013/09/somos-la-misma-substancia-de-la-que-estan-hechos-los-suenos/>

Reyes Cano, Rogelio. Bécquer y el mundo de los sueños. Recuperado de: [http://institucional.us.es/revistas/rasbl/35/art\\_6.pdf](http://institucional.us.es/revistas/rasbl/35/art_6.pdf)

Rivas Bravo, Noel. Los sueños literarios. Recuperado de: <http://www.elnuevodiario.com.ni/suplemento/cultural/3472-suenos-literarios>.

Rojas Urrutia, Carlos. Ignacio Solares: La materia de los sueños. Recuperado de: <http://www.literatura.bellasartes.gob.mx/acervos/index.php/recursos/articulos/semblanzas/1723-solares-ignacio-semblanza>

Sakura. Sueños en la antigua Literatura china. Recuperado de: <http://volandoatravesdelespejo.wordpress.com/2011/06/27/suenos-en-la-antigua-literatura-china/>

Santana, Juana. La literatura y la llave mágica de los sueños. Recuperado de: <http://loquinario.blogspot.com/2012/04/la-literatura-y-la-llave-magica-de-los.html>

Sarane, Alexandrian. “El misterio en la luz”/Un aficionado de los sueños: Hervey de Saint-Denys. Recuperado de: <http://www.archivosurrealista.com.ar/TeoriaSuenos1b.htm>

Scoarta, Ionela. Los sueños en la civilización antigua. Recuperado de: <http://atlas cultural.com/historia/suenos-civilizaciones-antiguas-i>

Sontag, Susan. Los libros, los sueños, la memoria/Los valores de la literatura. Recuperado de: <http://cuentosimperdibles.wordpress.com/2013/09/10/los-libros-los-suenos-la-memoria-los-valores-de-la-literatura-susan-sontag/>

Speranza, Graciela. La gran ventana de los sueños. Fogwill. Recuperado de: <http://revistaotraparte.com/semanal/literatura-argentina/la-gran-ventana-de-los-suenos/>

Los sueños. El sueño es una realización de deseos y su motivo un deseo. Recuperado de: <http://clinicandpsique.blogspot.com/2013/03/los-suenos.html>

Tendencias científicas, en: [http://www.tendencias21.net/Los-suenos-son-en-parte-una-actividad-de-la-memoria\\_a915.html](http://www.tendencias21.net/Los-suenos-son-en-parte-una-actividad-de-la-memoria_a915.html).2014.

Uqbar, Alexis. Entre sueños. Recuperado de: <http://www.penumbria.net/entre-suenos/>

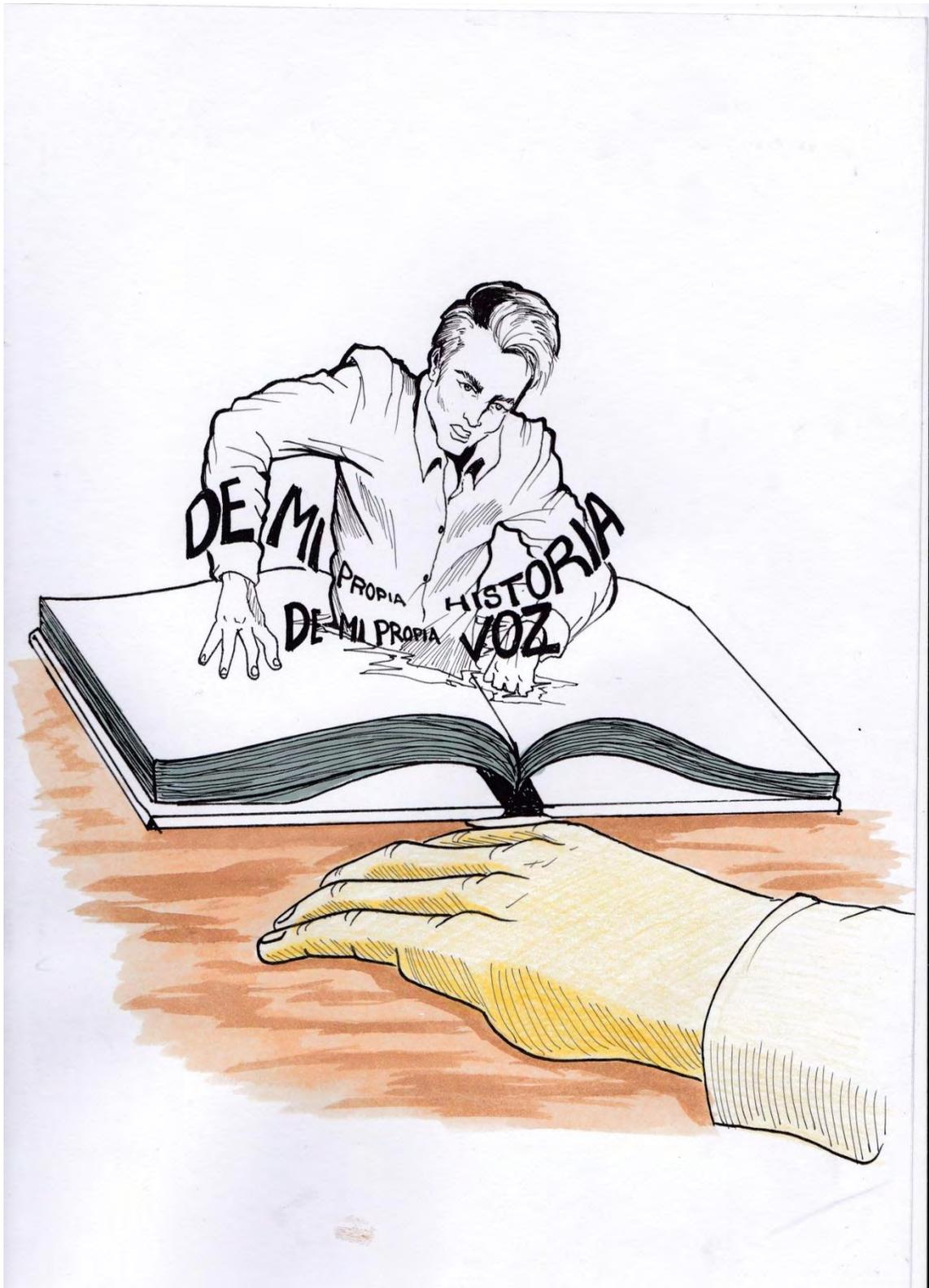
VMO. Literatura, existencia y sueño. Recuperado de: <http://pergamo.cicese.mx/wordpress/2009/05/29/literatura-existencia-y-sueno/>

Yolanda. El tema del sueño en la Literatura, en: <http://blognosololiteratura.blogspot.com/2013/01/el-tema-del-sueno-en-la-literatura.html>

Zambrano, María. Los sueños y la creación literaria. Recuperado de: <http://temakel.net/node/522>

Wu Ch'eng-en. La sentencia [en línea]. Recuperado de: [http://www.ciudadseva.com/textos/cuentos/mini/la\\_sentencia.htm](http://www.ciudadseva.com/textos/cuentos/mini/la_sentencia.htm)

# **RELATOS**



**Figura 1.** De mi propia voz.

## 2.1 DE MI PROPIA VOZ

La familia de Asdrúbal sale en busca de un taxi, a eso de las dos de la mañana, de la casa de una amiga cercana, después de darle el abrazo de Año Nuevo, como se acostumbra en ciertas regiones; ellos no habían tenido a quien más visitar, pues sus familiares residían en otras ciudades y no habían tenido el dinero suficiente para cubrir los gastos del viaje y su estadía. Ese día...

— ¡Disculpa!, ¿puedo contar lo que me ocurre?

— Pero estoy narrando yo la historia, ¿por qué interrumpes?

— No es interrumpir, sólo que...

— ¿Sólo que qué?

— Sólo que creo que es a mí al que le acontece lo que tú quieres narrar y pienso que sería justo que yo mismo lo contara.

— Si tú crees hacerlo mejor que yo, hazlo, pero ¿quién va a poner lo que piensas y los diálogos con otros personajes y...?

— Soy consciente de eso, pero puedo hacerlo; confía en mí.

— La narración es toda tuya.

— Gracias; entonces, daré inicio a mi narración.

Son casi las diez de la noche y me encuentro en compañía de mi madre y de mi hermano mayor caminando por las calles de la ciudad; hace muchísimo frío y el furor del viento sacude el cabello ensortijado de mi madre, al tiempo que quema sus prominentes mejillas; con cada oleada de viento, sus pómulos enrojecen más y más y, junto con ellos, mi impresión, al ver su piel en dicho estado, sinceramente desde niño recuerdo haberme asombrado fácilmente por las anormalidades en el cuerpo humano, en este preciso momento puedo imaginar que el viento castiga a latigazos su rostro.

Mi hermano tiene untadas las manos de polvos, no deseo que se me acerque; me pregunto ¿cuántos microbios portara en su cuerpo? Y ¿cómo puede vivir con eso? Tal vez ese sea su repugnante mundo, pero, da igual, allá él. Por el momento, he de cruzar la esquina; me cercioro de la hora, me doy cuenta de que ha pasado casi media hora y lo único que hay es pavimento y muchas casas; un hombre trigüeño, no muy bajo, de cabellos nevados y con una protuberancia enorme en la espalda sale de una de ellas, supongo que ha de sacar la basura, el carro del aseo no demora en pasar; puedo escuchar al unísono los seis pasos y creo que la bestia también, porque ha dejado la bolsa de la basura apoyada en una piedra de su antejardín y ha volcado su mirada, de nervios reventados, hacia nosotros.

Me causan curiosidad todas las luces que hay en Navidad, ¿por qué la gente intenta mostrarse a sí mismo que existe la luz?, ¿acaso no basta con la luminosidad que les brinda el día? Bueno, en fin, ahora, cuando marca en mi reloj las dos y treinta, asalta mi mente la intriga al ver que la sombra que yace detrás del membrudo cuerpo de mi madre es el reflejo, diría yo distorsionado, de lo que veo en ella; quisiera que el trashumante viento dejara de soplar y sacudir sus cabellos porque su reflejo inestable es un simulacro da la imagen de Medusa, mujer venenosa, ¡vaya analogía!

Pero, ¡ya basta de rodeos!, sigamos caminando, un paso tras otro; un momento menos y uno más por venir, dos momentos menos y uno más por venir, tres momentos menos y uno más que llega. Es curioso, creo que es más lo que se va teniendo a las espaldas que lo que se tendrá en frente: por cada decisión una posibilidad menos, por cada año cumplido, uno menos de vida. ¡Vaya que tener conciencia es difícil! Nuevamente observo mi muñeca, pero extrañamente siguen siendo las dos y treinta; el segundero sigue su recorrido, pero aquí el tiempo no pasa; mi madre y mi hermano sólo siguen su rumbo, pero no se dirigen a mí, ninguno de los dos me mira, ni tampoco hablan y yo no hago por cambiar la situación, también persisto en el paso y me encuentro que en la calle del frente estoy yo, con un poco menos de edad, quizá más bajo y con menos pelo, pero soy yo, me reconozco, estoy con esa camisa verde que me obsequio mi tía y tengo miedo de lo que veo desde aquí, pero también desde allá en la calle del frente, una mujer fea, de ruana oscura, con nariz aguileña, tiene el propósito de llevarme en un campero, quiere subirme ahí para conducirme a donde ella desee; no comprendo por qué no puedo hacer nada, no tengo fuerzas y sólo me puedo ver en frente de esta calle, con mi madre y mi hermano, que no pronuncian palabra alguna y no dan indicios de un cuerpo vital.

— ¿Lo he hecho bien? ¿Ha pasado lo que tú querías que suceda?

— No exactamente, pero has construido tu propio relato, vivido lo que tú deseaste vivir y eso siempre es lo que pasa con los personajes en la ficción.

## 2.2 EL ACERTIJO DE LA NOCHE

Bajo un cielo misterioso, ennegrecido, de espesas nubes y de lluvia gruesa, fatigante para la comodidad humana, aconteció lo propicio para una noche como esta.

—Muy bien, chicos; a pesar de que la salida fue tarde, gracias a unos cuantos impuntuales que hicieron que se nos retrase el viaje y que el tiempo no nos acompañó, por fin hemos llegado; esta es la casa en la que nos hospedaremos durante la realización del trabajo de campo.

El profesor se dirige hacia la entrada de la antigua y deteriorada casa y quita unas cuantas ramas de la enredadera, que se ha posado en el portón, quién sabe desde hace cuánto tiempo, para poder entrar.

—Ok, jóvenes; como por lo visto no hay luz en este lugar, seguramente a causa de que la lluvia y los rayos han generado algún tipo de daño en el cableado de electricidad; no he de darles el trabajo de darles un *tour* por la casa; así que, como trajimos velas y linternas, guíense con su luz para buscar sus habitaciones; desempaquen y séquense bien; sepan que no están en el hotel mamá y no quiero encantarme con gripietos. Nos vemos en 20 minutos para que preparemos algo de tomar.

Debido a la cortesía del profesor, los estudiantes, como buenos investigadores, a pesar de la inexistente luz, después de encontrar sus dormitorios, decidieron, por sí solos, conocer cada una de las instalaciones de la añosa casa. Era una casa grande, a pesar de ser de una sola planta; constaba de tres amplias habitaciones, malolientes, debido a la humedad y el moho que había invadido gran parte del recinto; su piso, como es de costumbre en las casas del campo, era de cemento pulido; la cocina se encontraba frente a un patio de grandes dimensiones, al que se llegaba atravesando un angosto pasillo que, al igual que él, estaba a la intemperie y el baño se encontraba justamente al otro extremo de la casa, junto a la sala que no tenía mueble alguno.

—Mira, Sandra, esta debe haber sido la habitación del padre del profe; ¡huy, nooo, esta sí es la peor de todas!

—Alumbra al frente, alumbra al frente; ¡por Dios!, ¿a qué maniaco se le ocurriría dormir en semejante armatoste tan tétrico?

—A lo mejor al profe, —y una sonrisa de ironía se dibujó en el rostro de Sandra.

—Por favor, jóvenes, salgan de aquí; dirijámonos a la cocina.

—¿Crees que nos habrá oído? —dijo Michael.

—Espero que no; de lo contrario nos tendrá entre ojos durante todo el semestre —afirmó Sandra.

A pesar del frío y de la humedad de la envejecida y abandonada casa, la cocina era el único lugar que hacía que circulara entre sus paredes un ambiente de energía tibia; era como si en aquella parte de la casa alguien habitara y en su fogón aún se cocieran historias. Los visitantes no se percataron mucho de esto, sino que tan solo se dejaron llevar por el aspecto sombrío y rústico del lugar.

—Andrés, présteme el costal en el que está el carbón; Michael y yo nos encargaremos de encender esto; Sandra y Víctor, llenen la olla con agua en el patio y los demás vayan alistando la panela, los clavos de olor, el queso y los pocillos; aquí todos colaboramos; no crean que los traje a mirar —afirmó el profesor y nadie se percató de que en sus mejillas aparecieron dos hoyuelos, formados por una leve sonrisa de picardía.

Una vez lista el aguapanela, el profesor Nicolás y los estudiantes se sentaron alrededor del fogón, para abrigar su piel y huir de la fría noche y su oscuridad, en medio de charlas de política, de religión, que son temas en los que es mejor no tomar partido porque nunca se llega a nada. A Policarpa, una estudiante destacada por la brillantez de su intelecto, pero también por su espíritu incógnito, irreverente y profundo, se le ocurrió hacerle una propuesta a Nicolás:

—Profe, y si en vez de dar vueltas en asuntos de prostitutas, como bien lo afirmó el subcomandante Marcos, ¿por qué mejor no nos comenta un poco de esta su tierra? No sé, supongo que aquí han de haber pasado muchas cosas interesantes, aparte de todo lo que fue el fenómeno de colonización y el gran valor de las mujeres de este territorio. Sí entiende a lo que me refiero, ¿no?

—Claro que te entiendo. ¡Ay, humanidad masoquista, siempre en busca de hacer temblar su propio espíritu! ¿Por qué provocar a una noche como esta?

—Profe, sí, cuéntenos una historia, —se escuchó la voz de todos.

—Pues, verán, existe una historia que jamás, aunque créanme, quise hacerlo, pude sacar de mi cabeza; siempre giraron en mi mente las imágenes que, como infante, creaba cuando me narraron lo que pasó. Bien lo dijo el gran alemán: “Bienaventurados sean los olvidadizos”; lástima que yo, como proveniente de estas tierras, jamás seré uno de ellos; aquí es prohibido olvidar. Ahora bien, la historia es esta:

Se cuenta que en los años mozos de la Guaitarilla de hace unos cien años, esta casa ya existía y la habitaba mi abuelo Nicolás, que recibió su nombre en honor al templo de San

Nicolás de Tolentino; él se casó con una bella dama, honesta y honorable, y de dicha unión, de amor sano y desinteresado, entre juegos de atardeceres de ensueño, nació mi padre Jorge Arturo, cuya picardía y astucia lo acompañaron desde el primer día de su existencia hasta el último segundo de su vida; aún recuerdo a mi padre tendido en su cama de roble minutos antes de morir, diciéndome, con su último aliento:

—¿Para qué te voy a mentir? Amé a tu madre con locura, pero esa enfermera que me enviaron, Marielita es que se llama, definitivamente está muy querida.

A mi padre, cuando tenía más o menos unos quince o dieciséis años le gustaba ir a un árbol de naranjas, que quedaba ubicado en la vereda La Victoria, al que se llega después de atravesar un camino rocoso, que solía ser en tiempos pasados una angosta quebrada y que, con el paso del tiempo —que hace y deshace lo que logra hacer—, terminó siendo el camino que hoy tantos pasos e historias han recorrido una y otra vez.

Un día, en una de sus tantas expediciones nocturnas, en búsqueda de un amor clandestino, cuyo encuentro jamás se dio, descendió por la marchita quebrada y pasó por el árbol de deliciosas naranjas y, al verlo, ya no era el lánguido y frágil arbolucho corriente que se veía durante el día, sino que se había transformado en todo un roble de tronco fuerte, con hojas circulares del tamaño de una planta que sólo se da en la Amazonia, la victoria cruciana; el árbol se sacudía incesantemente de un lado hacia otro, como si se hubiera producido un vendaval; lo más curioso de eso era que el soplado del viento, en esa noche, aunque fría, era casi inexistente y no encontraba explicación alguna a que un árbol tan portentoso tuviera esos movimientos en una noche tan serena.

Mi padre me contó que ese día jamás lo enterraría en el cementerio del olvido, pues, por primera vez, sintió el miedo, miedo que se introdujo en su piel, ya que tenía erizados hasta los vellos de los pies y que para él ese era todo un acontecimiento, pues hasta en el pueblo le llamaban Jorge sin miedo, para mofarse del cuento de Juan sin miedo; aunque temeroso de ver tal imagen, no tenía más opción que esperar a que el árbol se arrancara de raíz y destruyera lo que encontrara al paso o continuar; él optó por seguir, continuó su camino, ya sin ser el mismo, pues tenía la sensación de que su sangre se empezaba a congelar, su corazón se había acelerado a mil, sus manos tiritaban y su cara, cual reflejo de la luna, fue testigo de este fenómeno del demonio.

Cada paso que daba era una demostración de lucha ante el inimaginable suceso porque, a pesar de que ya existía una distancia considerable entre el árbol y él, ya nada en aquel terreno era normal; su descenso fue aún más rápido y macabro, pues el camino rocoso se había declinado para él aún más, tan inclinado estaba que, al volver su mirada, inundada de miedo hacia atrás, percibió que piedras de todos los tamaños rodaban velozmente tras de él y que todo era oscuridad y, cuando volvía su mirada hacia el frente, todo repentinamente era más claro, lo que lo impulsaba a seguir hacia delante, mas la

curiosidad lo llevó de nuevo a mirar hacia la oscuridad y, de forma fugaz, hizo su aparición una mujer de cabello de plata, tras el que se ocultaba su rostro; él, en seguida, agachó su mirada al suelo para no ver el rostro de aquella mujer que, aun sin saber qué era, sentía mayor temor que aquel que tuvo al ver el árbol de naranjas; pero el susto que se llevó fue diez mil veces peor, pues se dio cuenta de que la mujer no pisaba el suelo y, de un momento a otro, el viento sopló con fuerza e hizo que el vestido rojizo, largo, deshilachado y sucio que traía se moviera y dejara a la intemperie sus huesudos pies flotantes en medio de la espesa niebla.

A medida que el asombro de esta imagen lo aterrorizaba, su ser fue absorbido por la fealdad de lo poco que había visto y que lo incitaba a querer descubrir quién era el ser que volaba en búsqueda de él; poco a poco fue subiendo su mirada y lo que veía no era nada alentador; se encontró con sus manos, sus huesudas y lunarejas manos; sus dedos eran tan largos y delgados como raíces de pequeños árboles, que sostenían gruesas, oxidadas y pesadas cadenas cobrizas que, al girar sus muñecas y brazos, las hacía mover alrededor de su tronco y que, al chocar con las piedras, provocaban un sonido estrepitoso, insoportable que jamás se había escuchado.

—Fue como un milagro, —contó él; ese sonido lo había devuelto a la realidad e hizo que se diera cuenta del peligro en el que se encontraba, pues aquella dama de la oscuridad empezó a lanzar con ímpetu sus cadenas hacia él, quería que su mirada se posara en su rostro; cuando al fin logró su cometido, un trueno cayó en el lugar e iluminó la silueta de la dama; en seguida, cayó un segundo rayo y apareció en su rostro una maquiavélica sonrisa retorcida, de sus dientes incompletos y podridos; se presenció un tercer rayo, más poderoso que los dos anteriores y, en su impacto, aparece la dama enfrente suyo, fenómeno que le dio fuerza para huir del sitio.

Emprendió la huida, sintiendo a sus espaldas la persecución de la dama y el lanzamiento de sus cadenas; corrió aun con más fuerzas, porque sabía que si aquella rareza de la naturaleza lo alcanzaba, lo alcanzaría con ella la muerte y, como fiel cristiano, al tiempo que corría dijo una oración:

—La santa casa de Jerusalén, donde Jesucristo vive y reina por siempre, amén. Las dos tablas de Moisés, donde Dios escribió su ley. Las tres divinas personas, Padre, Hijo y Espíritu Santo. Los cuatro evangelistas. Las cinco llagas. Los seis candelabros. Las siete palabras. Las ocho angustias. Los nueve meses que María cargó a Jesús en su vientre. Los diez mandamientos. Las once mil vírgenes. Los doce apóstoles. Amén.

Primero la dijo de principio a fin, luego desde el final hasta el comienzo y así lo hizo tres veces. Así, vio que su distancia con la dama era de bastantes metros y, cada vez, en cuanto más se alejaba del espectro de la noche, se oían patentes los alaridos de la mujer, frustrada por no haber obtenido un alma más para el Averno.

Al no escuchar ni ver al espectro, da dos, tres pasos y, cansado, se sumerge en un profundo sueño; ya con la llegada del alba y el canto del gallo, se despertó bajo el cobijo de un gran árbol, con la creencia de que había tenido una pesadilla, pero, ¡vaya sorpresa que se llevó!, el árbol que lo cobijaba con su sombra y había acompañado su sueño era el maldito roble que había sido el indicio del peor momento de su vida; lo vio con tal desprecio, como si hubiera sido un ciudadano que no encuentra en aquellos seres milagro alguno y no como un campesino amante y protector de lo insospechado de la naturaleza; se le llenó el corazón de ira y de rencor al recordar semejante travesía, fue en busca de un hacha para arrancarlo de raíz y, una vez cumplido su objetivo, llevó la madera a su casa para convertirla en leña, mas esto fue imposible ya que su padre, mi abuelo Nicolás, vio esa madera y dijo que sería un desperdicio volverla leña; mi padre, para convencerlo de que debía ser así, contó la odisea que había tenido y el augurio maléfico que había sido tal roble, pero mi abuelo, con su impetuoso temperamento, con firmeza, reprendió la conducta de valor frágil que hasta el momento había tenido mi padre, con la siguiente frase, que habría de convertirse para él en una enseñanza que no iba a olvidar nunca:

—Recuerda, hijo, que la mejor forma de humillar y derrotar a tus enemigos es hacer que eternamente te sirvan y vivan para ti; así que deja de lloriquear como una niña y transformemos estos maderos, que un día abrumaron tu mente y corazón, en el lecho en el que descansaran tú y tu descendencia.

Así, pues, termina la historia de mi padre, aquella que tanto querían que les narrara; espero haya sido de su agrado y, ¡no tengan miedo!, ahora recojamos todo el desorden, esas tazas en la que tomaron agua de panela y traigan agua para apagar el fogón que ya es casi medianoche y la niebla ha empezado a descender; mañana debemos levantarnos temprano, después del canto del gallo, para empezar nuestro trabajo y, por cierto, muchachos, no se olviden de hacer la oración que dijo mi padre, por si algún fenómeno extraño ocurriera esta noche.

En esa misma noche, después de haber hecho lo ordenando por Nicolás, todos se dirigieron a sus dormitorios, a los que tenían que llegar después de atravesar el patio y el angosto pasillo, en el que sólo cabían dos personas dada su poca amplitud, así que, como eran siete los visitantes, en la última fila caminaba solo el profesor que, sin darse cuenta, al apresurarse hacia las habitaciones, porque la batería de la linterna estaba a punto de agotarse, por accidente se enredó en uno de los cordones desatados de sus zapatos y cayó; simultáneamente cayó, junto con él, un rayo y al levantar la mirada desde el suelo, vio que flotaba en frente suyo un vestido rojo.

### 2.3 UNO, DOS, TRES...

Un martes, siendo las dieciséis con cuarenta de la tarde, Helen Frank, una niña de tan solo cinco años, con su piel trigueña enternecida por la caricia de la infancia, llevaba puesto un vestido azul, que le había obsequiado el abuelo Abraham por su cumpleaños, dos meses antes de morir y de que ella y su familia se mudaran a la ciudad. Sin embargo, aunque sentía fascinación por el elegante vestido que llevaba puesto, no era consciente de que ese no era el mejor regalo que hubiese podido recibir, pues más valiosas habían sido las palabras que él pronunció aquella noche de marzo del noventa y uno, cuando la energía eléctrica en el pueblo repentinamente desapareció y llenó su corazón de miedo ante la imposibilidad de ver.

A pesar de ser tan solo una niña, había abandonado sus juguetes y, sentada en una vieja mecedora, al observar a través de la ventana de su pequeña habitación ubicada en el quinto piso del edificio en el que vive el caótico mundo de las calles de la fría ciudad de La Furia, recuerda con nostalgia los días pasados en el campo cercano a su pueblo natal, San Bonanza, donde el sol, durante jornadas enteras, coloreaba sus mejillas y la voz del viento mecía y enredaba sus finos cabellos mientras ella jugaba a vivir y ser feliz.

Ya habían pasado más de dos horas, el cielo se había oscurecido y su madre aún no regresaba de la casa de los Holguín, donde trabajaba como empleada doméstica, y su estómago, a causa del hambre, empezaba a retorcerse, por lo que decidió tomar los dos mil pesos que su padre por costumbre solía dejar en la mesa de noche, por si se presentara cualquier necesidad extra, cogió las llaves del apartamento, bajó y se encontró en el corredor del tercer piso del edificio con doña Rocío Laurence, la residente del apartamento trecientos tres, tendida en el suelo sobre un charco de sangre, con trozos de vidrio; parado frente a ella se encontraba, estupefacto, con los ojos inyectados de sangre y las pupilas dilatadas, don José Algarabía, su esposo, con un cuchillo untado de sangre en su mano derecha, quien, tras oír el sonido de los pasos de Helen en el corredor, dirigió su mirada hacia ella.

Intimidada por el horror que provocaba el aspecto desaliñado de José Algarabía, con su bigote espeso, sucio y su terrible olor a licor, ante la impactante escena que jamás había visto en sus cortos años de vida, de mentalidad sana, ingenua, de corazón puro y con los nervios alterados, desistió de ir en busca de algo para comer, giró y subió apresuradamente las escaleras para regresar a su apartamento, pues se imaginó que el sujeto que había visto vendría tras ella, como ocurría siempre cuando el asesino, en las

películas de terror, acechaba a su próxima víctima, porque había sido un testigo del crimen que había cometido.

En su comportamiento, desesperado a causa de la alteración de sus nervios, logró subir los escalones sin tropiezo alguno. Ahora, el problema al que se enfrentaba era el terror de poder abrir la puerta con una llave tan pequeña, pues, en su casa anterior, las llaves eran grandes y pesadas, totalmente diferentes a estas; sin embargo, bastaron tres intentos para que pudiera abrir la puerta de su apartamento. Ya una vez dentro, corrió a su habitación y buscó un lugar donde esconderse; miró hacia su armario y pensó que ahí estaría segura, así que abrió la puerta izquierda de madera gruesa para refugiarse en él.

En ese preciso instante de angustia y desesperación, debido al olor de madera del closet llegaron a su mente las palabras del abuelo, cerró los ojos y empezó a contar en su mente: 1, 2, 3, 4, 5, 6. Ella se imaginaba que era una niña con superpoderes que podía salvar a la señora Rocío Laurence y llevarla a que recibiera el auxilio médico en el hospital Carita Feliz, ubicado en una ciudad llamada Luz Resplandeciente, donde todo brillaba: las calles, las casas, los edificios, los almacenes, los parques, las escuelas; sus habitantes la habían llamado Luz Resplandeciente porque era una impecable ciudad, donde el sol deslumbraba como en ninguna otra parte del mundo. Tanto era el brillo de las calles que la más pequeña de las estrellas podía reflejarse en el asfalto de una a mil veces.

Una vez que dejó a la señora Laurence en el hospital, seguía caminando sola por la avenida, completamente tranquila, pues no existía ni siquiera la huella del tránsito de carros, hasta aproximarse a un *rond-point* en forma de carpa de circo ya listo para la función; en su centro se podían ver tres grandes mástiles que sostenían sus banderas, que ondeaban con la melodía del viento; lo rodeaba un frondoso césped de tréboles de cuatro hojas, donde un pequeño duende blanco, con su sombrero enorme, sus orejas largas y puntiagudas, su chaleco verde esmeralda, sus pantalones cortos y sus botines respingados, vendía amablemente gigantescos perros calientes a tan solo dos mil pesos.

El sonido del choque entre un campero verde y un Volkswagen, modelo Jetta Syncro coupé en las calles de la ciudad de La Furia, fuera del edificio Macgregor, interrumpe el viaje de Helen, aunque ante tal impacto ella procede de igual forma, su corazón puro no desea enfrentarse al acontecimiento del tercer piso y decide seguir contando: 7, 8, 9, 10, 11.

Esta vez está en un lugar completamente distinto, pero igual, sólo que ahora nada brilla, en el aire se respira un ambiente rural, de vías sin pavimentar, de caminos construidos por los pasos recorridos de los antiguos moradores, pero no hay ninguna persona, ni siquiera la señora Laurence. Las casas están en el mismo sitio, pero el hospital y el *rond-point* se han desvanecido; en su lugar se ve que circula un enorme agujero negro que,

con su atracción gravitatoria, la incita a sumergirse en su interior, para pasar hacia una nueva dimensión. Con todas sus esperanzas y anhelos de niña desterrada, a la que le han arrebatado su lugar de *confort*, atraviesa el agujero negro y se conmueve al ver que se ha transportado a su pueblo natal, San Bonanza. Ahora, ya en un lugar conocido por sus hermosos ojos tristes, no puede evitar que su corazón se llene de felicidad al sentir la brisa dorada, suave, fresca y pura sobre su rostro y ver que ha llegado hasta el camino rocoso de su tierra, tierra buena y fértil, de la que brotan almas serenas que perdonan, pero almas aguerridas que aman y cultivan. Sus piedras son tan suaves como turrone de azúcar y, a medida que las pisa, siente que se desliza por donde, en tiempos de antaño, pasaba una quebrada que bañaba el corazón de los habitantes de San Bonanza.

Terminó de descender y, al final, por fin encuentra la casa de paredes rústicas color crema, de grandes dimensiones, construida totalmente en tapia, donde la aurora la había visto nacer y el canto de las aves había mecido los primeros segundos de su vida; se deja envolver por el recuerdo, visita la huerta trasera del lugar, alza su mirada y ve las grandes y abundantes hojas de la planta de plátanos; dirige su mirada al lado derecho y encuentra los que en todo el pueblo habían sido los más vistosos árboles de naranjas, gracias al cuidado y dedicación que Abraham les había dado durante toda su vida. Era tal la abundancia de estas plantas, cultivadas en más de cien hectáreas, que eran visibles mucho antes de que los visitantes llegaran al pueblo. Helen recorre buena parte del lugar en espera ver a su abuelo, pero no hay ni un alma. Se sienta, cansada, y reposa por un momento bajo la cobija de la sombra de un naranjo, que le mece el sueño durante breves instantes, sueño que se suspende por el sonido ensordecedor de las sirenas de la patrulla policial y la ambulancia que llegan al lugar del homicidio.

La pequeña continúa en su actitud de negación ante la realidad y sigue contando: 12, 13, pero el ruido de los movimientos peristálticos detiene el conteo. En medio de la oscuridad, busca en los bolsillos de sus chaquetas algo de comer, con la firme idea de encontrar alguna golosina que hubiera dejado a medio comer, porque un día su madre así se lo había ordenado; sin embargo, su búsqueda es inútil y no está dispuesta a abandonar el guardarropas, así que ubica sus manos en el suelo, para que le sirvieran de apoyo para sentarse; en medio de esta acción, su mano izquierda toca en el suelo un pequeño plato de té con dos galletas embadurnadas de un letal veneno para ratas, trampa que había puesto su madre para matar a un ratón intruso en su casa. La niña, en su ingenuidad, las come para calmar un poco su hambre y después de ello continúa contando: 14, 15, 16.

Con el pensamiento atormentado por los ruidos de la ciudad de La Furia, se le hace complicado tomar totalmente las riendas del carruaje de su imaginación para conducirlo a San Bonanza y, debido a esto, su trayectoria se desvía nuevamente a la ciudad Luz Resplandeciente, con la diferencia de que el día ya había acabado y la noche se había apoderado del firmamento con sus resplandecientes soles pequeños. Ve el hospital

Carita Feliz y se asombra al mirar que las camillas están paradas en dos patas y las otras dos hacen de brazos abiertos que la incitan a ir en su encuentro; ella cree que las camillas esperan a la señora Laurence y va en su busca, pero las calles, como es costumbre en la ciudad de ese mundo mágico, siempre están solitarias; sus pasos se aceleraron cada vez más, hasta llegar a correr por las avenidas y, no muy lejos de ahí, se vislumbra la imagen del duende blanco; ella, ya resignada a no encontrar a la señora Rocío, resuelve ir en búsqueda del pequeño ser y, en su trayecto, un intenso piquete de la realidad en su vientre doblaba sus pasos; el dolor cada minuto era más agudo y recuerda las palabras de su abuelo:

—Helen, siempre que tengas miedo, cierra tus ojos, empieza a contar e imagina algo maravilloso y verás que así encontrarás tu propia luz.

17, 18, 19, 20. La imagen del circo y el duende se muestran ante sus ojos de forma clara; todo lo que hay en ese *rond-point* de circo se ha trasladado hacia ella; el duende, con amable gesto, le obsequia un trébol de cuatro hojas y con su arrugada mano izquierda le indica a un cóndor peregrino de grandes y matizadas plumas negras, con algunos brillos metálicos, que se ha posado en el mástil más alto del circo.

Helen, al verlo, vio más que un ave majestosa, en él encontró el medio para retornar a su pueblo y su deseo la lleva a estar sobre su espalda. Desde lo alto ve a una multitud que la despide con gran alegría, voltea su rostro hacia el frente, divisa a la luna rodeada de un bello arco iris y emprende su vuelo hacia ella.

## **2.4 SALTO A LA REALIDAD**

Anoche vino a mí, durante el sueño, una fatídica premonición. Mi parcerero, Alexander, y yo nos encontrábamos en el puente de la avenida haciendo el conteo del dinero que habíamos ganado durante el día con la venta de nuestras artesanías. A pesar de que obtuvimos más de lo que pensábamos, había en su rostro un aire de desolación, como si algo atormentara su corazón.

Con voz titubeante me dijo que era una lástima que no pudiera darme más de lo que en ese momento teníamos, me dio la espalda, subió a la baranda del puente y se arrojó al vacío. Si hubiera sabido que mientras dormía esto se iba a convertir en realidad, hubiese decidido despertar.



**Figura 2.** Fe en mi filosofía.

## 2.5 FE EN MI FILOSOFÍA

### Periódico SCS

Cuando Rod Stewart salió a pescar esa mañana, como todos los días, en las aguas del Océano Pacífico, en un lugar llamado Montañita, ubicado en las costas ecuatorianas, de la Provincia de Santa Elena, junto a algunos de sus amigos, no pudo haber imaginado jamás lo que pescaría. Su visión prodigiosa de pescador lo llevó a observar un pez transparente sobre la superficie del mar. “Me llamó la atención la forma y la falta de color, me ganó la curiosidad y decidí tomarlo para verlo de cerca...”, declaró con humildad. “... Tenía una consistencia gelatinosa y podías ver a través de él, tenía una especie de burbuja naranja dentro...”

—¿Pez transparente?, ¿qué mierda es esa? ¡Uno jodiéndose la vida por encontrar una historia extraordinaria a color y la otra escribiendo una noticia de un pez transparente!

—James, tranquilo, ¡deja de gritar que nos vas a dejar sordos a todos! Dime, ¿qué es lo que tanto te inquieta?

—Luisa, llevo semanas sin dormir porque no he podido encontrar una maldita historia para el periódico, ¿y sabes qué es lo peor? Que si no la encuentro, a más tardar el viernes, el jefe dijo que prescindiría de mis servicios. Esto realmente me tiene fuera de casillas. Imagínate que si teniendo este trabajo estoy debiendo ya casi tres meses de renta, ¿cómo sería si no lo tuviera? Qué pena contarte esto, pero es que, en verdad, no sé qué hacer.

—No sabía que estabas en semejante situación. La verdad, por ahora no se me ocurre cómo podría ayudarte, aunque...

—Aunque... ¿qué? Dime, por favor; en este momento, cualquier idea es una ayuda para mi obtusa cabeza.

—La verdad, no sé si sea correcto decirte. Verás, existe una historia tal como la que el jefe desea, pero es muy difícil que el implicado quiera cooperar; sin embargo, se me ocurre que podrías intentarlo. Para conseguir la información, deberás entrevistarte con nada más y nada menos que con el doctor en Física cuántica James Orlando. Se comenta que, detrás de sus inventos y avances científicos, se esconde una historia misteriosa, la cual jamás ha querido contar.

—¿Dónde puedo encontrarlo?

—Él vive a las afueras de la ciudad, en el prestigioso Barrio Ascavidas, que queda ubicado a más de un kilómetro, entrando por la base militar. La casa es una mansión preciosa; en la entrada tiene un jardín inmenso, en forma circular; del centro de este se deriva una gran espiral, que llena en su totalidad el círculo hecho con hermosas plantas,

cuyo nombre, debido a mi ignorancia botánica, desconozco, pero que, según recuerdo, pareciera que su tallo verde intenso sostuviera un pompón violeta perfectamente redondo. Otro dato es que la casa la construyeron en forma de pirámide; las puertas de la mansión son de color madera intenso, los ventanales son en forma cóncava y creo que consta de tres o cuatro pisos; no te será difícil distinguir semejante casa.

—¡Por supuesto que no, gracias! Creo que con esa información es suficiente; cuídate mucho y, de nuevo, mil gracias por todo. He de irme a casa a descansar; este día ha sido muy agitado y mañana me espera uno igual.

—Que te vaya bien y no olvides despertar.

Ya en su casa, estaba pensando: *Hasta este momento no me hago a la idea de visitar una casa con semejantes características; ¿qué podría ser aquello que conoceré de este sujeto Orlando? ¡Vaya, tiene mi mismo nombre! ¿Qué historia será, que no ha querido revelar?, ¿qué oculta?* En ese preciso momento, una voz en la habitación dice:

—Acuéstate, ya es hora de dormir.

*Estoy acostado en una angosta cama; un par de miradas de compasión se posan sobre mí.*

—Ya ha despertado, puede hacer su trabajo.

—¡No, no, no lo hagan! ¡Déjenme!, ¡déjenme! Acaso, ¿qué es lo que quieren lograr conmigo?

La alarma de la radio lo despertó.

*¡Vaya pesadilla! Siento como si no hubiera descansado nada. Para infortunio mío, una ardua jornada me espera y requiero más energía que nunca. Bueno, ¡qué más da!, aunque somnoliento debo seguir; ya son más de las 7 y el bus no demora en pasar.*

Sentado en la última banca del autobús, observa a cada uno de los pasajeros y se pregunta: *¿Qué pensamientos vagan en sus mentes?, ¿qué vidas se esconden en esos cuerpos ambulantes, que no son más que números para un sistema que todo lo cuantifica?*

Ya, al estar en las inmediaciones de la base militar, divisa el jardín que Luisa le había descrito.

*¡En realidad la descripción no le hace honor a tan extraordinaria maravilla!*

Tocó tres veces el aldabón de la enorme puerta; el portón se abre y, por unos segundos, extrañamente una de las miradas que, en la pesadilla de James, se posaban sobre su rostro, aparece, y no la del hombre que acaba de abrir la puerta.

—Bienvenido, James; te esperaba hace mucho tiempo. Pensé que nunca llegaría este momento. Entra, ponte cómodo y cuéntame, ¿qué te pareció el jardín?

—Es realmente asombroso. Supongo que debió haber invertido mucho dinero en su creación.

—No; la verdad, ni un solo centavo; fue un obsequio celestial. Ya es medio día; ven, te invito a almorzar.

Después del almuerzo, en verdad succulento, Orlando se percata del estado somnoliento de James e insiste en que debe tomar una siesta, para que luego tuviera los cinco sentidos despiertos, enfocados en su historia. Lo conduce a la recámara de huéspedes y le dice que dentro de una hora enviará a una criada para que lo despierte.

*Hay algo en este sujeto que se me hace familiar, siento que lo conozco de toda una vida; no se me dificulta en lo más mínimo descansar tranquilamente en su aposento. Otra vez en el mismo lugar, sigo acostado en esta angosta cama, ¿dónde estoy? ¡Qué extraño, estoy encerrado en una habitación totalmente blanca; desde el cielo raso hasta la cerámica del suelo, todo es blanco!*

Al estar en ese lugar, James oye el eco de unos pasos que siente que se acercan cada vez más; enfoca su mirada hacia el frente y ve una puerta de acero; se percata de que repentinamente se abre y alguien, desde el otro lado, se asoma a observarlo; intenta levantarse pero está impedido, pues sus extremidades están atadas a la cama, sujetadas por fuertes correas; quiere liberarse desesperadamente y, en medio del tiempo de su angustia, entran tres sujetos vestidos enteramente de blanco, le desabrochan las correas, y lo llevan fuera de la habitación y pasan por un corredor que huele a farmacéuticos.

*Es casi el mismo aroma que flota en el aire de los hospitales; me llevan a un comedor comunal, me encuentro rodeado de muchos hombres que se dirigen a mí y hablan simultáneamente y no logro captar lo que dicen. Estoy aturdido y angustiado ante los sucesos que estoy viviendo; me duele la cabeza: ¡que se callen!*

—¡Se va a caer de la cama, señor James! No salte tanto, no quisiera que usted se fracturara. Recuerde que ha pasado una hora y es tiempo de su encuentro con el doctor Orlando.

—James, ¿descansó lo suficiente para que tenga todos sus sentidos puestos en la historia que me ha llevado a la fama?

—Por supuesto, es un honor para mí poder oír cada una de sus palabras. No se imagina la importancia que para mí tiene el poder escribir esta historia; mi trabajo depende de esto.

—Pues créame, señor James Orlando, que no lo defraudaré; usted tendrá la mejor nota para su periódico.

—Permítame que prenda la grabadora, pues no quiero perder ni un solo detalle.

—Si esa es su intención, le pido que, por favor, no interrumpa en nada mi narración.

—Desde luego; en lo más mínimo lo haré.

—Verá, desde los nueve años de mi vida siempre me atrajo y me intrigó el azul petróleo que desde lo lejos se divisaba en las montañas del sur; por eso, era para mí un placer poder visitar sus faldas, pues, como niño que era, sólo hasta ahí me era permitido llegar. Ya a mis catorce años, mi afición por la naturaleza me llevó a emprender un camino más ambicioso en la montaña; ahora, quería llegar hasta la cima; no sé por qué, siempre me pareció ese lugar un espacio mágico; aunque mi esfuerzo hasta ese entonces fue inútil, logré llegar hasta una parte no muy alta, dado que el frío que se iba acumulando cada vez que ascendía era impresionante.

Recuerdo que, para los campesinos de aquel entonces, ese era un lugar de mucho respeto por ser sólo naturaleza pura; ahí no existían casas, era un terreno hasta donde sólo se iba a hacer el nudo de la vaca y se las hacía pastar; tengo en mi memoria que aquellas personas me contaban muchas leyendas acerca de ese territorio, leyendas casi imposibles de creer para la mente citadina; ellos afirmaban que esas montañas eran montañas huecas y, para mí, esas montañas, con el paso del tiempo, se convirtieron en la bóveda de aquellas historias. Cada vez exploraba nuevas zonas y nada era igual; todo era realmente fascinante: el olor, la vegetación, el campo con sus nítidos cielos azules.

Le cuento que, ya después de regresar de mis estudios de posgrado en Física cuántica, en la mañana de un jueves frío, a eso de las cinco de la mañana, en tiempos de Semana Santa, en un recorrido hasta interesante, con un grupo de amigos no tan numeroso, subimos caminando hasta una cruz, que se encontraba en la cima de una de las montañas que me habían interesado; esta era la más baja, pero no por ello quiero decir que sus dimensiones eran pequeñas; desde una parte del lugar se observaban claramente los retazos que cobijaban a muchas de ellas; al otro lado se veían cumbres mucho más altas que ellas.

Algo extraño me pasó ese día y desde ahí el rumbo de mi vida coincidió con ese suceso; como mis compañeros se conformaron con la meta que habíamos alcanzado aquella mañana y el agotamiento de sus cuerpos lo enajenaba, decidieron regresar a casa y hacer

caso omiso a mi propuesta de seguir escalando hasta la montaña que a lo lejos se veía sobrepuesta a las demás; yo, en cambio, en mi necesidad de científico, decidí continuar mi aventura; empecé a escalar por una parte de las montañas donde había una ermita; luego entré a una especie de meseta, en la que había un campo frondoso; tras hacer este recorrido, llegué a una zona donde sólo había un árbol alto, muy pero muy alto, y lo demás era vegetación enana, y frente a él se encontraba mi meta: la montaña era gigantesca y tenía forma de un dedo inmenso; ¡yo no lo podía creer! En ese momento, creo que estaba a menos de cien metros de distancia de ella; al verla tan cerca, sentí temor pero, al mismo tiempo, fascinación por esa enorme creación.

Sobre la base de este sentimiento, di pasos agigantados para llegar a ella; cada vez que daba un paso hacia delante, sentía que a mi cuerpo lo atraía una fuerza magnética que emanaba desde la cima. Era tal la potencia del magnetismo que, fugazmente, me encontré pegado en uno de los costados de la cima de la montaña; con mi oído izquierdo oía un sonido, como el que emana de los transformadores de alta tensión; me sentí en peligro, hubiera querido no estar ahí, poder despojarme y no ser víctima de la electropulsión. De tantos intentos reiterativos que hice, pude al menos despegar mi cabeza de ella; desde el ángulo en el que estaba tenía una panorámica frontal, que me permitió ver extrañamente un cráter y no una planicie, como es normal en una montaña; encima de una boca había cuatro ondas de alto voltaje y de alta frecuencia, que no caían verticalmente, sino se desplazaban en forma horizontal y se cruzaban entre sí, y emitían un sonido estruendoso y una luminosidad intermitente en minipartículas a la velocidad de la luz.

No sé qué pasó en ese instante, pero la montaña repentinamente me expulsó; caí desparpajado sobre una vegetación de plantas carnosas, con tallos gruesos, piñas y hojas roñosas; a pesar de que me encontraba mal herido, me despojé de aquellas ramas y salí corriendo; corrí tan fuerte que lo único que me detuvo fue tropezar con el notable e inconfundible árbol solitario.

Al ponerme en pie, se escuchó un poderoso sonido de frecuente vibración y, junto con ello, sentí que una gran corriente de aire me atravesó. Trastornado totalmente, dirigí mi mirada hacia la punta del árbol y vi, sobre él, cómo se desplazaba la parte de abajo de una nave espacial, con irradiaciones eléctricas a su alrededor; en realidad, esto no me asustó, era como si me estuviesen mostrando ideas de alguna mente cósmica, que esperaba volver reales en este mundo sus concepciones. Empecé a atar cabos y me di cuenta de que los campesinos tenían razón cuando decían que las montañas eran montañas huecas; tal vez no estaban vacías, pero no tenían en su interior materia geológica, sino una nave espacial, o tal vez muchas. La hipótesis que ahora me planteaba era que las montañas ocupaban en la tierra una especie de núcleo energético que suministraba carga eléctrica a las naves espaciales.

No podía quedarme con estas ideas en la cabeza y, así, una vez en mi laboratorio, hice los estudios necesarios para corroborar mi hipótesis y, en medio de mi expedición, surgieron inventos tales como la iluminación fluorescente, las luces de neón, los dispositivos de radio control, la robótica, los rayos X, el radar, el microondas y docenas de otros asombrosos inventos; sin embargo, para mí esto no era suficiente, debía culminar mi teoría; entonces, plasmé, en unos planos, el motor de una nave espacial, basado en la teoría de la antigravedad y el anti—electromagnetismo; estaba convencido de que esta maravilla podría lograrse y se lograría en el tiempo por venir y tal avance revolucionaría todas las teorías humanas.

James interrumpe la narración y dice:

—Señor, veo alguien detrás suyo, —y parpadea de nuevo. Ahora cierra los ojos, para hacer caso a la petición de Orlando y, cuando los abre, se encuentra de nuevo en ese espacio desconocido, pero ahora recostado sobre una camilla, con un catéter conectado a una de las venas de su brazo derecho; ve la dextrosa y se da cuenta de que está totalmente vacía; no puede creer lo que le está pasando.

Entonces, una enfermera algo envejecida se dirige a él y le dice:

—Señor James Orlando, este día ha estado usted muy exaltado; tenga cuidado con eso, bien sabe que ese tipo de conductas en un lugar como este trae consecuencias; vamos a retirar de su boca la cinta de conducto y asuma en adelante un comportamiento adecuado.

—Señorita, ¿me puede decir el lugar en el que me encuentro?

—¡Vaya que los sedantes han dormido también sus recuerdos, querido amigo!; está usted en un hospital psiquiátrico.

Después de la desconsoladora noticia, desesperadamente abría y cerraba los ojos y trataba de aparecer de nuevo en la mansión, seguir siendo el periodista, desesperado en busca de una buena nota para no perder su empleo, estar conversando consigo mismo, que su alter ego siguiera recordándole cuál era la fuente de inspiración para sus descubrimientos científicos, y no esto, la continuación de la historia real en la que había presentado a la máxima sociedad de científicos, la CSP, los planos de la construcción de la nave espacial para que financiaran su proyecto, acto que resultó inútil, pues lo destituyeron y lo declararon inoperante ante los avances científicos; según ellos, este era un conocimiento para el que la raza humana aún no estaba preparada y que ellos encontrarían el momento oportuno para hacer públicos sus avances tecnológicos; le robaron sus planos y, ante la resistencia del pobre hombre a su mandato, tomaron la represalia y lo declararon, ante el distrito federal de Karman, fuera de sus cabales.

## 2.6 ÉL Y ELLA

— Cuando niña pensaba que la lluvia y el viento mantenían un loco romance, pero a medida que los años fueron pasando en mi vida, con ellos iban quedando atrás las locas ideas de la imaginación; pero hoy, en esta fría noche que le sirve de escenario a mi nostalgia, ha retornado de nuevo esa idea fantástica; he intentado pensar que hoy han tenido otro de sus encuentros, cuando el viento, con su fuerza impetuosa, corteja a la lluvia desenfadada y que de esa intrépida aventura de ser uno solo emanan rayos muy luminosos, ¡qué bello y solemne espectáculo se puede ver desde aquí adentro, sentada en mi mueble junto al calor de la chimenea! Las imágenes que veo las siento muy cercanas; me recuerdan cómo fue la primera vez que suspiré profundamente, sin saber que ese sería el amor que había colmado la copa de mis sueños y permanecería junto a él veinticinco años. — Con tono tenue sonrió y exhaló un suspiro, que fue seguido por una lágrima, una segunda lágrima, una tercera y quizá muchas más, que recapitulaban los instantes más dichosos de su vida. Vinieron con detalle sus recuerdos más preciados.

— En inicios de los sesenta, mientras que el Vaticano se escandalizaba por el comienzo de la nueva moda (quince centímetros sobre la rodilla, lugar que ocuparía la minifalda, ícono para toda la juventud rebelde de esa década), se impuso el prototipo de mujer extremadamente delgada, que usaba medias veladas estampadas y botas altas por encima de la rodilla; yo, como estudiante universitaria, vestía también a la moda, queriendo simpatizar en los pasillos y, en especial, al chico que captaba toda mi atención, José Antonio, aunque para él yo era insignificante, porque ni siquiera con las botas y la minifalda exótica lograba despertar su interés.

Recuerdo como si fuera ayer cuando, en la universidad, mis amigos planeaban los detalles del viaje a ciudad Antonia, para asistir a una conferencia de Bioética a cargo de Michel Foucault. Todos estaban preocupados por el viaje, menos yo; en mi mente sólo existía el rostro de José Antonio; Francisco Manuel, mi mejor amigo, me trajo a tierra para unirme al grupo y organizar lo que hiciera falta para la travesía. La mañana siguiente, veinticinco de marzo, recibí la llamada de Francisco Manuel, para recordarme que tenía que despertar para no llegar tarde; él siempre estaba pendiente de mí. Y esa misma mañana iniciamos la salida, sin imaginar que al regresar todo cambiaría.

Llegamos a la ciudad, fuimos al hotel para cambiarnos y asistimos a la conferencia que, por cierto, fascinó a todo el auditorio y no pasó de las doce del mediodía, así que tendríamos la tarde libre, para conocer la ciudad y algunos lugares de nuestro interés. Francisco Manuel me invitó a visitar el museo, sin siquiera conocer la localidad; sin

embargo, decidimos arriesgarnos y consultar a las personas para que nos ubicaran un poco, aunque nos decían que debíamos recorrer muchos sitios para llegar a él.

Como ingenuos extranjeros, seguimos al pie de la letra sus indicaciones. Inicialmente entramos a un sitio que tenía una característica arquitectónica única, pues conservaba unas terrazas construidas en piedra, que conducían a un callejón; transitamos por él, mientras las risas jugaban en nuestros pensamientos; nos olvidamos por completo de la existencia de los demás. Ya, al finalizar el callejón, había unas puertas que, con solo verlas, invitaban a que las abrieran; lo hicimos y cuando abrimos una, al entrar, me produjo un poco de miedo, porque era una puerta extraña, que sostenía unos velos detrás de ella, que se movían y danzaban al compás del viento; tras pasamos los sedosos velos y llegamos a un salón completamente rojo, desde las luces hasta el más pequeño detalle que lo engalanaba; ahí fue cuando nuestras voces se silenciaron y las miradas empezaron a jugar.

Pasamos dos o tres, no sé cuantos minutos en ese lugar; me sentía extraña, pero no voy a negar que la situación me agradaba. Sentimos de repente un ruido confuso e inmediatamente salimos de ahí; mis ojos se fastidiaron por un segundo, por el cambio de luz; Francisco Manuel, alarmado por lo que me pudiera pasar, me acogió en sus brazos. Habíamos salido a una calle diferente, aunque parecía igual; todo se convertía en un laberinto y por un instante sentí un poco de confusión. Después de recorrer suficiente camino, que nos acercaba cada vez más al lugar indicado, se oían, no muy lejos, voces de personas que venían tras nuestro, ¡nos seguían! Como siempre, Francisco Manuel, preocupado por mí, me dijo en voz baja:

— No tengas miedo, no mires atrás, pero caminemos rápido.

— Yo confié ciegamente en él, oí atenta las palabras que me decía y actué acorde a su petición. Nuestros pasos eran muy rápidos, pero igual ocurría con los de las personas que venían tras de nosotros. Me tomó de la mano y corrimos; en ese momento, podría jurar que me sentí tan segura como jamás lo había estado. Corrimos tan fuerte que, por un instante, pensé que volábamos; al mirar hacia el trayecto ya recorrido, nos dimos cuenta de que era casi imposible que nos alcanzaran y al ver hacia el frente, observamos un letrero que decía: “Museo de la Ciudad de Antonia”; era muy diferente a como lo habíamos imaginado, al menos en su fachada, pues era una casa antigua, rodeada por unas rejas gruesas y grandes que se unían en la mitad del terreno; Francisco Manuel corrió el pasador y abrió la reja; caminamos un poco sobre un camino empedrado que estaba en el centro del césped, que nos condujo a una puerta ensamblada también con unas rejas negras, del mismo tamaño.

Esta vez yo abrí la puerta y, al ingresar, chocamos con un sitio que, a primera vista, era raro; el piso era en baldosas grandes, ajedrezadas en blanco y negro, y las paredes no

eran la excepción; observamos alrededor y había una gran cantidad de jaguares, de tigres, pero en escultura, hechos perfectamente en cerámica, y piedras ubicadas en diferentes posiciones. Todo me parecía mágico y, sin dudarlo, caí fascinada en brazos de Francisco Manuel; este había sido el escenario de nuestro primer beso: ¿quién iba a pensar que esta travesía cumpliría el sueño de mi vida, casarme?, aunque no sabía que algún día terminaría.

Ese encuentro jubiloso, entre la lluvia y el viento, produjo un rayo más potente que los anteriores, interrumpió la evocación que había hecho del pasado y trajo consigo el recuerdo del porqué se encontraba sola, sentada frente a la chimenea, con grandes lágrimas que rodaban y le mojaban las mejillas. Su matrimonio, hasta hoy en la mañana, había creído que era perfecto, si no fuera porque, este viernes, después de una larga y agitada jornada, aunque agradable, había salido más temprano que de costumbre y se detuvo en ese restaurante que llamó su atención por el aspecto seductor y romántico; tuvo la intención, ingenuamente, de hacerle una invitación a Francisco Manuel para pasar una velada que, por cierto, necesitaban, pues todos los días sólo pensaban en trabajo, pero, como mujer precavida, antes de hablarle, entró, inspeccionó el lugar, buscó la mesa más reservada para que, por si se diera la cena, nadie interrumpiera la velada, y se sentó.

Al lugar sólo llegaban parejas de enamorados. Desde el lugar en el que estaba, veía directamente hacia la puerta, sin que los que entraran enfocaran su mirada en ella; en seguida se acercó el mesero y, muy caballerosamente, le preguntó si deseaba tomar algo; pidió un vaso con agua y, al despejarse la vista del camino, que obstruía el mesero, pudo observar que entró una pareja muy feliz de enamorados; sus besos dejaban el telón abierto para muchas interpretaciones.

El señor era muy caballeroso con la dama que lo acompañaba; la dama era muy hermosa, sus cabellos de oro puro, no de esos tonos pajizos que hoy usurpan la hermosura de lo que denominan de oro puro; tenía, en realidad, una linda cabellera; era delgada y no era más alta ni más baja que su acompañante; intencional y sensualmente, dejó caer por su espalda el fino abrigo negro para que su galán le ayudara; él acudió de inmediato para adular su oído con palabras susurradas, que incluían un beso en su delicado hombro. En seguida de retirar la silla, para que la chica se sentara, el hombre puso su gabán en las manos del mozo, retiró su sombrero y, al sentarse en su lugar, desde el rincón apartado ella quedó totalmente fría ante lo que sus ojos veían; la consternación y la ira la invadieron, temblaba desde la cabeza hasta los pies, quería llorar, gritar, callar. Esperó, no se sabe cuánto tiempo, a lo mejor fue una hora, para confirmar que aquel hombre que parecía estar tan enamorado de la chica de cabellos de oro era el mismo al que le preparaba una romántica velada, era Francisco Manuel.

Fue suficiente para que ella entendiera que el amor puro es el que uno está dispuesto a dar; nadie sabe qué tan ciertos, qué tan sinceros son las palabras y los sentimientos de las personas de su alrededor, en especial de la persona con la que se ha decidido compartir la vida. Se armó de valor, caminó frente a su mesa, lo miró fijamente a los ojos, no hubo palabra alguna, el silencio fue idóneo para decir lo que realmente se merecía; lo vio como si hubiese visto un paraguas que alguien hubiera dejado olvidado en el asiento. Con tristeza, salió de aquel lugar romántico, que nunca más volvería a visitar.

Después de traer al presente los dos momentos decisivos de su vida, observó por la ventana y pensó si, en verdad, existiría amor entre la lluvia y el viento.

## 2.7 ESPEJISMO

Andrea, la hija menor y más exitosa de la familia Correa, había dedicado su vida entera a la acumulación de lujos y títulos profesionales, meta que se había propuesto desde el momento en que dejó el lecho materno para forjar su propio futuro fuera de su pequeña ciudad natal, que tanta vergüenza le ocasionaba. Su familia se había hecho más de una deuda para costearle los estudios, al creer que encontraría alguna recompensa a tanto sacrificio; a tal punto se endeudaron que se llegó hasta hipotecar la casa de los padres para pagar una de las universidades más ostentosas de la ciudad de Katlan y el ritmo de vida que ella llevaba.

En medio del curso de sus dos carreras universitarias y su maestría en manejo de finanzas, en absoluto olvidó darle importancia a los placeres mundanos; tenía como mínimo una salida nocturna semanal e incluía en ella, por supuesto, el consumo de finos licores, uno que otro sicotrópico y el costo de un hombre con el que compartir la noche.

¿Para qué negarlo? Ella había escrito su propio destino; en su obstinación por alcanzar el éxito y sentirse mejor que los demás, no hubo obstáculo alguno que la detuviera.

Fue muy afortunada al culminar sus estudios y, en seguida, emplearse en una empresa prestigiosa; después de unos años de estar ejerciendo su carrera, se dio cuenta que era todo lo que en su corazón frío había anhelado ser; había visitado al menos una ciudad o Estado de los cinco continentes y disfrutado de los gustos y diversiones que ellos le ofrecían; creía que no le faltaba nada para sentirse realizada, ni siquiera su propia familia, a quienes les debía todo lo que habría logrado llegar a ser; tenía todo a nivel material: muebles, tantas joyas que parecía tener una joyería, perfumes de las mejores marcas, como Carolina Herrera, París Hilton, Chanel, Bolt of lightning, entre muchos más, que costaban alrededor de dos mil dólares; sastres y vestidos confeccionados por los mejores diseñadores.

Tenía todo y, a la vez, nada; su arrogante personalidad había apartado a todas sus amistades, pues, en cada encuentro, ella no desaprovechaba la oportunidad para humillarlos y ufanarse de su éxito; lo único que conseguía con ello era una sonrisa fingida por quienes la escuchaban; ella quería que la envidiaran, pero ¿quién querría envidiar a una persona a la que solo la acompañaba el dinero y, su fiel amiga, la soledad?

Pasaron más de veinte primaveras y con ellas su juventud; a pesar de los años y de una que otra arruga que dibujaba señales de madurez en su rostro, la vida para nada le había

cambiado; seguía con el mismo ritmo de siempre, viajaba de un lugar a otro, acumulaba riquezas y espantaba los corazones que rara vez se cruzaban por su vida; sus relaciones amorosas no le duraban ni un suspiro.

Así, llegó a sentir el peso de uno de los peores enemigos de la existencia del ser humano, la rutina; deseaba retarse nuevamente, conseguir algo más, para sentirse más, y llegó a creer, en su ridícula forma de pensar, que la mejor manera era traer un hijo al mundo, tal cual como lo habían hecho sus compañeras de trabajo.

Tener un heredero, para ella no era una mala idea; alguien, en el futuro, tendría que administrar sus propiedades, pero, igual, esto solo era un capricho más para satisfacer su agigantado ego.

Así que como nadie se había arriesgado a compartir una relación estable con ella, emprendió la búsqueda del hombre que aportara su esperma para satisfacer su necesidad; obviamente, no quería una inseminación artificial, pues su idea era encontrar al hombre de los rasgos perfectos para que su hijo no tuviera una apariencia cualquiera y, ¿por qué no?, también disfrutar de una noche de lujuria. Duró seis meses en el intento de encontrar su prototipo, pero a lo máximo que llegó fue a un juez cincuentón, casado, con dos hijos, que había conocido en una joyería del norte mientras buscaba un collar para una de sus amantes; después de varias miradas insinuantes de su parte a este hombre, alcanza su objetivo y, entonces, él la invita a tomar una copa; posterior a cruzar algunas palabras en esa velada, los dos deciden terminar la aventura en la cama de un hotel; Andrea, para estar segura de que se había embarazado, en su astucia, le pide el número de teléfono por si algo no salía como lo esperaba y había que intentarlo de nuevo.

Lo que esta cuarentona ignoraba era que, a causa de la debilidad hormonal que tenía, su útero estaba totalmente deteriorado, sus paredes eran tan frágiles como una cáscara de huevo y jamás podría ser el adecuado para la formación de una pequeña criatura de carne y hueso, pero, debido a su desconocimiento, a las ocho semanas de haber estado con el juez quiso estar segura de que esa noche no había sido en vano, así que se realizó una prueba casera de embarazo y, como cada quien se cree su propia mentira y a veces el ego le hace ver lo que se quiere ver, Andrea ve que en la prueba de embarazo aparecen dos rayas verticales de color morado, señal de que efectivamente había alcanzado una más de sus metas.

Desde el momento en el que lo supo, no existía día alguno en el que dejara de reflejar su vientre en el espejo; a medida que los días pasaban, el reflejo del vientre en el espejo también crecía; no salía para nada de su casa, no quería que ninguna mirada se posara sobre su vientre; por mucho, el contacto físico que sostenía con los humanos era con su criada, que la socorría en todos sus antojos, y con un médico particular, al que le había pagado una gran suma de dinero para que llevase con él todo su equipo técnico de última

tecnología para asegurar que ella y su hijo estuvieran en perfecto estado. En el transcurrir del proceso de gestación, cada vez se volvía más arrogante e insoportable y lo único que hacía, en su vanidad, era pasar días enteros proyectando su vientre en el espejo, sin siquiera dar muestra de afecto alguno a la criatura que se estaba gestando.

Al ser la semana treinta y seis y llegar el día programado para el parto, el médico le pidió que se recostara en la camilla, abriera las piernas y comenzara el trabajo de parto; las contracciones eran fuertes y pujaba con intensidad, pero, ¡vaya sorpresa que se llevaron ella, el médico y la criada!: el niño que ahora tenía en sus brazos era un bebé totalmente de cristal, en el que solamente ella podía ver reflejado su rostro.

## 2.8 ENCUENTROS

Toda mi vida quise contemplar el techo del mundo, estar tendida en el prado, observar su bóveda azulada y dejarme llevar por la ilusión de la rotación; entonces, imaginar que el mundo era una sola nación al advertir que un solo cielo es el que nos cobija a todos.

En esta puesta de sol, me hallo mucho más ligera de lo que recuerdo; al peso de mi encarnación no lo auxilia el cimiento de mis pies, porque prescindo de ellos; únicamente puedo mirar el oleaje del trigal dorado causado por la tibia caricia del viento; es bello, es como si existiera una laguna de oro fundido.

Desde donde estoy, veo que una jovencita observa melancólica un álbum de fotografías en blanco y negro; intento detenerme para ver las imágenes que acongojan su espíritu, pero la brisa me tiene prisionera, aunque, después de un par de minutos, el viento amigo ha cesado su trasegar y me ha concedido el deseo de poder mirar los retratos que están pegados en el álbum negro.

Observo por unos instantes y me percató que de los ojos de la joven brotan minúsculas gotas de agua que desfilan por su rostro hasta cuando yacen y forman una unidad del pasado y el presente en las fotos del libro de los recuerdos que toda persona conserva, para acariciar la ilusión de que tiene en sus manos momentos ya vividos y no sentir que el tiempo, que todo lo devora, hace que los acontecimientos, que un día en la existencia hicieron vibrar, llorar y reír, se escurren como agua entre los dedos. Me siento conmovida por la tristeza de la joven; sin embargo, hay algo en ese álbum que me inquieta aún más: las imágenes que surgen de él me inducen a un *déjà-vu* de días idos en el celaje.

Interrumpe mi reflexión un fuerte sacudón del viento que me ha llevado al otro extremo del trigal, pero siento la necesidad de volver hasta el lugar donde está la joven sentada con su libro, pero me veo impedida, no sé cómo hacerlo, así que no lucho contra el aliento del aire, no hago esfuerzos en vano. Por ahora, el hálito del viento solo me mece en tramos de corta distancia, oscilantes de un lado hacia otro, de arriba abajo; no siento fatiga ni desesperación por ello, me hallo tranquila; la verdad, muy, muy serena, tal vez como jamás lo había estado; es grato sentirse así, porque aunque no tengo piel puedo sentir la fresca caricia de la brisa; tampoco dispongo de oídos, pero oigo canciones que entona el viento, acompañado por un coro de gorriones; no tengo ojos, pero contemplo la grandiosidad de esta tierra buena.

Una fuerte oleada de viento me ha llevado de regreso junto a la joven; esta vez ella se ve un poco más sosegada, pasa las páginas de su álbum, se detiene en una y la mira de nuevo melancólica; ahí está la fotografía de una niña delgada, de cabello corto,

ensortijado casi como una coliflor y que lleva puestos unos patines de cuatro ruedas. Esa imagen se quedó en mí como un tatuaje en el alma; vuelvo a ser un individuo, esa niña soy yo en una tarde de noviembre del cincuenta y cuatro, cuando salí a patinar junto a dos amigas del condominio en el que vivía; fue bello ese día, el de mi primer golpe en la rodilla, mis primeros patines y mis primeras amigas.

Me pregunto: ¿qué ha pasado? Y creo tener la respuesta: me percaté de que soy un ser cuya existencia es etérea, pero feliz; supongo que he muerto y que ha sido a causa de un fuerte dolor de cabeza, pero ¿quién me observa?

La joven alza su rostro afligido hacia el cielo nostálgico, como si me hubiera oído y se queda por unos instantes sollozando; hago fuerza por reconocerla, pero no logro hacerlo; mientras la miro, empiezo a oír voces que pronuncian mi nombre en medio de sollozos y gemidos; me están llorando, lloran mi partida, pero no quiero que lo hagan:

— ¡Por favor, no lo hagan, estoy bien! ¡Por fin he encontrado mi tranquilidad!

El llanto no cesa; la joven cierra el álbum negro sobre su regazo; en su portada hay un mensaje que dice: “MEMORIAS DE UNA MADRE PARA SU HIJA”. Aunque no logro identificarla a ella, ni a aquellos de los que proceden las voces, sé que ella me necesita y debo regresar; he sido feliz pero no debo ser prófuga de la realidad, así que paso de tener el aroma del verano en el campo a oler a duela y alcohol.

Estar despierto es un delirio de condenados; abro los ojos, veo los rostros de mi madre y de mi hermana inclinados sobre el mío, que tiene un pañuelo impregnado de alcohol encima de la nariz; ellas exclaman: “¡bendito sea!” y a lo lejos oigo el eco del llanto de una niña; le pido a mi madre que me ayude a ponerme de pie y me dirijo hacia el cuarto más apartado de la casa, entro y veo que mi hija está llorando y abraza el álbum negro que le regalé en sus quince años, para que conociera algo de los momentos más memorables en la vida de su madre.



**Figura 3.** Génesis.

## 2.9 GÉNESIS

Estaba Dios sentado en su flamante trono cuando sintió un fuerte dolor de estómago; en seguida cayó en cuenta que este dolor venía perturbando su organismo hacía unos cuantos días; preocupado por este síntoma, decidió ir al médico para saber qué enfermedad le acometía y, con base en esto, que le recetase algunos farmacéuticos para aliviar el fuerte dolor. Una vez el doctor le hizo una serie de exámenes gástricos, le dio a Dios el diagnóstico y le aseguró que la enfermedad que tenía no era nada grave, pues lo que guardaba internamente era una simple cantidad de parásitos que estaban lastimando su estómago y por ello sentía tanto dolor. Le indicó que, para evitar ese malestar, debía tomarse un purgante que lo desintoxicaría totalmente.

Dios aceptó al mandato del médico y, a la mañana siguiente, en su infinita obediencia, bebió el desparasitante. Media hora después, el medicamento hizo su efecto. Dios, asaltado por el llamado de la naturaleza, abandonó la conversación que tenía con su Hijo y con el Espíritu Santo, se levantó de su trono y se dirigió apurado a la letrina a evacuar sus desechos; una vez hizo del cuerpo, bajó la llave del baño y los desechos, por accidente del azar, fueron a parar a un pequeño planeta llamado tierra, y fue así como estos parásitos encontraron un lugar en el que vivir, que, con el paso del tiempo, llegaron a gobernar.

## 2.10 LA CARTA

Veinte de agosto de 1920

### **Amada Martina**

Abandoné Buenos Aires y sus poéticas estaciones en busca del olvido. En mi equivocado pensar, creí que el tiempo y la distancia serían el antídoto para toda imagen y todo recuerdo de la historia que construimos juntas; fracasé en el intento; he recorrido gran parte del mundo; tal vez no te interese, pero quiero contártelo para que sepas que he intentado todo para olvidarte, para cumplir con tu absurda y dolorosa petición.

Emprendí mi viaje, en primera instancia a Brasil, en busca de alegría y diversiones pasajeras, creyendo que en una tierra de calor, de pasión, de personas que son menos oprimidas por la moralidad cristiana, encontraría alguien que te reemplace, pero déjame decirte que es triste ver que el amor en ese lugar es casi inexistente, nadie dice una poesía ni dedica una canción; ahí nadie se entrega por amor; el calor de la tierra hace que hiervan los cuerpos, pero enfría los corazones; para mí, lo único realmente provechoso, aparte del mar y la riquísima fauna y flora del lugar que pude contemplar en mi estadía por tres años en este país, fue el hecho de encontrar una valiosa amistad, Jorge Armando, un latino perteneciente a una Asociación de Ayuda Humanitaria, que viaja cada año para visitar al menos dos poblaciones desérticas en el África y llevarles ropa, alimentos, medicamentos genéricos y agua potable al sector más necesitado.

A principios del año pasado me uní a la misma causa e inicié el viaje, junto con el grupo de la Asociación: primero, atravesamos el Océano Atlántico para llegar a Argelia; ahí hicimos una dotación considerable y sólo estuvimos un mes; el segundo destino al que nos dirigimos fue Libia; no hay mucho que decir de este lugar, sólo te puedo afirmar que, cada una de las noches pasadas, al mirar el firmamento y sus estrellas, recordaba el brillo que resplandece en tus azules ojos, esos ojos en los que me veía reflejada cada vez que nuestros cuerpos se buscaban con el temor de que alguien descubriera lo que sentíamos; como aquella tarde cuando tu padre casi nos sorprende desnudas en tu habitación, después de salir de la clase de música con la hermana Glenda, a la que nuestras familias nos obligaron a asistir, sin saber que ese sería el pretexto para que nuestras almas se conocieran.

Después de hacer este recorrido, nos sumergimos en las arenas de El Cairo, capital de Egipto, para tomar un merecido descanso; nos hospedamos en la ciudad por casi una semana y, por la propuesta de Jorge Armando, salimos a una expedición para entrar en el mundo insondable y alucinante del desierto; parte del recorrido la hicimos en Jeep y luego dos árabes nos esperaban para continuar la travesía en dos camellos bactrianos

enormes, de piel dorada y cuerpos robustos; mientras viajaba en sus lomos, venía a mi mente el episodio de nuestras vidas, cuando leíamos algunas de las historias fantásticas de *Las mil y una noches*. A medida que los minutos transcurrían hacia su inevitable destino, el sol manifestaba su omnipotencia en el mar de arena. Ya siendo casi el mediodía, tuve el deseo de caminar sobre ella, quería estar por un momento sola y meditar un poco acerca de los cambios que ha habido desde cuando nos separamos.

Sin medir las consecuencias de esta loca decisión, tomé mi propio rumbo y me aparté del grupo, no sé qué distancia recorrí pero sé que no fue poca, porque la cantimplora en la que llevaba el agua ya estaba vacía; mi cuerpo, en cambio, estaba empapado en sudor y la deshidratación era grande debido a los cincuenta grados centígrados del desierto; intenté regresar para reunirme con los demás, pero cuando lo hice me fue imposible encontrarlos, estaba totalmente sola y lo único que veía era sol y arena, no había huella alguna del camino que había hecho, el viento lo había sepultado en su totalidad. Muy agotada y temerosa, seguí caminando sin rumbo fijo alguno; lo único que me movía era la esperanza de volver a verte, pero quién iba a pensar que ahí, en ese lugar inhóspito, te volvería a tener conmigo.

Con la puesta de sol, vino a mí la consternación y junto con ella la sensación de estar pateando una piedra y seguir su recorrido. En esos momentos, admito que creí tener en ella un gurú, perseguí su recorrido hasta el instante en el que se fue con rumbo hacia un risco amplio y escarpado; al finalizar, había un valle de aguas cristalinas, era el paraíso porque ahí te encontré. El fondo de la vegetación dibujaba tus espléndidas piernas, fui hasta tus delicados pies, subí por las pantorrillas y llegué hasta tus suaves muslos para ir al encuentro con tus caderas y en las penumbras del espeso monte pude de nuevo tener el aroma de tu ser extasiado, miré tu rostro y en él tus hermosos ojos de diosa enternecida, que formulaban, con destellos de alegría y a veces de tristeza, la promesa de un nuevo horizonte radiante para disfrutar los delicados sonos de tu piel y tu alma soñadora; abracé tu cuerpo como si fuera la primera vez en la que estuviésemos juntas batallando contra las bestias y quimeras, como la pareja aguerrida que formamos con mil dichas y dolores y en las ondas del vaivén de las cortinas de tu cabello vi al fin el despuntar, en el horizonte, de un nuevo amanecer del sol naciente sobre tu hermoso ser de diosa inefable; parecías esa flor eternal y mágica que el viento amigo me regaló como un misterio susurrante.

Aún no he descifrado en mis noches solitarias el porqué de mi alucinación en el desierto, y tal vez sea mejor así, para adormecerme en la fantasía nocturna de nuestro enloquecido amor y no enfrentarme a esta fría y normalizada realidad que no da espacio a un amor furtivo.

Sólo quería que supieras que, aunque el tiempo ha pasado, mi amor por ti sigue intacto y deseo que todo en tu vida marche bien, tal cual lo deseabas.

### **Siempre tuya**

Amelia.

— Martina, mi amor, veo que has recibido correspondencia.

— ¡Vicente, me asustas! No sentí cuando llegaste.

— Llegue hace un momento, pero como estabas tan entretenida con tu carta, no quise interrumpir tu lectura: ¿quién te escribe? — dijo en forma algo desafiante, como el hombre desconfiado que piensa que su esposa lo está engañando.

— Amelia, mi vieja amiga del colegio — dijo, en tono suave y tembloroso.

Martina guarda la carta en el sobre de correspondencia y la pone encima de la mesa, junto al teléfono de mármol, que el marido le obsequió en su primer aniversario, y se dirige a la cocina. Mientras tanto, Vicente se asegura de saber quién es el remitente de la carta, lee el sobre, confirma que su esposa no le esconde secreto alguno, deja la carta en el mismo lugar, satisfecho al saber que se ha desposado con una mujer honorable y pudorosa, se siente feliz y la acompaña a la cocina.

## 2.11 MEMORIAS INDESCIFRABLES

Al caminar tranquilos, sin ninguna preocupación que atormentara sus vidas, sobre el asfalto y bajo el techo de los rayos del sol, se encontraban más enamorados que nunca, Emma y José, después de dos largos e intermitentes años de noviazgo. Ella bordeaba sus veinte primaveras y tenía pocas historias interesantes que contar; él, en cambio, ya con una década más que ella, llevaba entre pecho y espalda más de una odisea vivida.

Entre tanto y tanto de su andar, llevaban entrelazadas las manos y, con ellas, también sus corazones, hasta el instante cuando José se decidió: le soltó la suave y pequeña mano que unía sus vidas, se situó justo frente a ella, la contempló, con mirada enternecida y algo alelada con sus ojos celestes, y reveló, desde entonces, a la vista sus sentimientos y le hizo la propuesta que había postergado a causa de los viajes de trabajo que realizaba cada mes; le pidió que entrara a su vida para que juntos construyeran eternidad; ella, al sentir el mismo deseo de él, le correspondió a su sentimiento, con una aprobación emparejada de una sonrisa y la cristalización de su mirada; lo miró, quería besar sus ojos, pero era de mucha menos estatura que él, así que él besó los suyos.

Desde aquel día, siguieron caminando juntos por mucho más tiempo; jamás contaron con dinero de sobra para suplir algo más que sus necesidades básicas y uno que otro capricho cada fin de semana: una salida al cine, una velada romántica acompañada de un buen vino cuando llegaba el pago anual de las primas; de lo contrario, hacían de su habitación un camaleón para los planes que decidieran tener; se convertía en teatro; en ocasiones en bar y a diario en restaurante y cuarto de motel, donde disfrutaban de la contemplación de las alboradas que los alcanzaban cuando gozaban del encuentro de la piel de sus almas desnudas. No importaba dónde ni cuándo estuvieran, siempre y cuando lo pasaran juntos.

Tres años después del casamiento, llegó a su vida su primer hijo, Víctor Hugo, que sería, en el futuro un hombre de carácter fuerte, fiel a los deseos de su madre, pero reacio a los mandatos de su padre; después de su nacimiento, cada dos años entraría a la vida de la pareja un integrante más; así, pasaron doce años, hasta cuando fueron seis los hijos, entre ellos tres mujeres: Anette, la hija de cabellos dorados de la familia, nacida con un leve retraso mental, que pasaba casi inadvertido ante su deslumbrante belleza y tenía la inocencia angelical indescifrable de todo niño especial, que se abandona a sí mismo para entregarse al cuidado de las almas de su familia; una chica en sus cabales y una bebé que murió de tres meses a causa de un resfriado, que enfrió su alma y detuvo su frágil corazón, y dos varones, más el primogénito, formados rectamente por las normas de su padre y consentidos por el alcahuete amor maternal.

Desde el momento en el que el tercer hijo abandonó el *confort* del vientre materno, para ver la luz de una nueva realidad, empezaron a existir los problemas entre José y Emma, los Moncada; el dinero que él ganaba en la librería no alcanzaba para cubrir los gastos del hogar, así que su mujer, de espíritu tierno pero aguerrido, le dijo que trabajaría como secretaria en la emisora “Boleros del sur”, pues no quería formar parte de la masa de mujeres víctimas del machismo de la época, sino ser la proyección de la mujer del futuro, así su lucha sería un amor de poesía benedettiana, serían dos enamorados cómplices, en la calle codo a codo y juntos serían más que dos.

José, disgustado, pero, a la vez, resignado por la determinación de su mujer, al ser consciente de que, a pesar de su vigor para trabajar en lo que fuera, no existía alternativa, pues si no eran cuatro las manos que ayudaran, tarde o temprano empezarían las necesidades a penetrar y a roer las cuatro paredes que acogían sus vidas. Este asunto primero trajo dolores de cabeza: según José, los niños no debían quedarse solos; además, no se veía bien que una mujer trabajara y ella, cuando llegaba a las siete y diez, se tardaba cinco minutos más de la hora en la que debía estar en casa, lo que lo angustiaba sobremanera, pero bastó un par de meses para que el amor le diera la espalda a la adversidad, así que los enamorados lograron más temprano que tarde superar este cambio en sus vidas; digamos, honestamente, que fue el señor quien se adaptó, a pesar de que los celos invadían su imaginación al pensar: *¿Cuántos locutores ven a diario las piernas canela de mi mujer?*

Cada fin de semana que traía puente, salían a pasear a San Antonio, un pueblo cercano a Kawui, en el que la tierra arde y los abismos no aterrorizan; para salir hasta aquel lugar, para la familia era toda una travesía: primero, porque eran ocho los miembros de la familia y había un solo baño con ducha, así que cada uno debía esperar su turno. Mientras los demás se arreglaban y alistaban sus cosas, Emma preparaba el desayuno por ratos mientras acudía al llamado de José, quien le pedía a gritos que le devolviera las pantuflas; en lo que fue el lapso de sus vidas, cada fin de semana, de ningún modo esas pantuflas dejaban los pies de Emma. Ya cuando, por fin, podían salir de su casa, que era azul, tan azul como el de los ojos del señor del hogar, la familia tomaba el bus que los conduciría al paradero de la chiva, en el puente del lago.

Tenían por costumbre que, entretanto Emma, Víctor Hugo y los demás hermanos subían al carro, José, con la fuerza que da la humildad de ser un luchador y un trabajador en los quehaceres de la vida, subía el equipaje al techo de la chiva; en seguida, para complacer a su paladar goloso, compraba mecato y colaciones, que compartía con la familia durante el viaje; él nunca dejaba de llevarle un detalle especial solo a su mujer; con tantos años como llevaban juntos, él conocía de memoria su gusto y quería complacerla, aunque fuera por ese día, con un pequeño, pero, no por ello, menos significativo detalle; en la manga del buzo o de la chaqueta que llevase puesta, le guardaba un pequeño

recipiente con arequipe que ella, a pesar del hondo amor de madre, no iba a compartir con nadie más.

Cuando llegaban al pueblo, se hospedaban en una casa humilde, de un señor que declamaba poesía, casa que visitaría más de una de las generaciones de la familia Moncada. Ellos, tal vez, podían llegar a una casa más acomodada, la casa de Marta, la prima ricachona de José, pero siempre eligieron la casa poética, del mito, la leyenda, las canciones viejas y, ¿por qué negarlo?, la de las visitas nocturnas de uno que otro ratón en las habitaciones.

Para ellos nunca fue más importante la fortuna monetaria que la riqueza y la bondad de los corazones de las personas; se sentían tan a gusto en aquel lugar que, cuando estaban en el pueblo, ni siquiera tenían la intención de visitar a su familiar.

A los niños se les pasaban los días en treparse en los árboles, como también en jugar en un minipolideportivo, desde donde observaban el espectáculo naranja del atardecer campesino, y a los adultos, cada fin de semana, en las noches de estrellas fulgentes, se les iba la vida con cada suspiro, cuando escuchaban la música de antaño y recordaban y compartían las experiencias de cómo habían sido las vidas de sus antepasados, en compañía de Nacho y su esposa Esther, una pareja casi tan enamorada como ellos.

En esas noches, cada esposo le declamaba una poesía a su amada; ellas no podían sentirse más que halagadas y afortunadas al contar con la idílica muestra de afecto que sus cónyuges les expresaban; pensaban que no toda mujer tenía a su lado a unos caballeros como ellos, que le apostaban al reto del amor y que entregaban por ello su corazón con fidelidad a una sola mujer, así aunque al otro día estuvieran de nuevo a los gritos, no con groserías, pero tampoco cordiales, al pedir las sandalias, el desayuno y al celarlas con el vecino de la residencia de al lado.

Esa casa y las personas que habían vivido allí fueron siempre algo memorable en la vida de la familia Moncada. En ese lugar, con el paso de los años y el acercamiento de las canas y las quebraduras de la piel, José pasó de ser padre a ser abuelo y ahora sus hijos eran los que subían el equipaje a la chiva.

Cada vez que despertaba, uno de sus nietos estaba junto a él, lo miraba con sus ojos enternecidos y le cantaba una canción, casi siempre su favorita:

Sembré una flor sin interés,  
Yo la sembré para ver si era formal:  
A los tres días que la dejé de regar,  
Al volver ya estaba seca, ya no quiso retoñar;  
Al volver ya estaba seca, ya no quiso retoñar...

Mientras tanto, Emma espiaba detrás de la puerta esto que consideraba heroico; ella, en la sabiduría de la intuición femenina, sabía internamente que este acto había sido una tradición para la familia y en su descendencia quedaría adherido al alma por siempre.

Un día, al estar en la ciudad, Emma recibió una noticia que para ella fue muy dolorosa: su hijo menor, el único que aún no había organizado su vida, pues cada uno de sus otros hijos ya había formado su hogar —con la excepción de Anette—, su hijo, que vivía en Pogotí hacía un año, había conocido a una rola feminista con la que se desposaría; le causó mucho impacto la noticia, tanto que la angustia y la exasperación no tardaron en embargarla, pues no podía creer que su bebé, el niño consentido de la casa tuviera la intención de casarse con una mujer que no lo cuidaría como hasta el momento ella lo había hecho, pues aunque él estuviera estudiando, ella sagradamente viajaba una vez por mes para ordenarle el apartamento y ver que todo le estuviera funcionando de maravilla; con esto, el que pasaba las noches en vela cada mes era el pobre José, que no pegaba el ojo pues pensaba que su esposa estaba visitando a algún hombre que la pretendía; él no viajaba con ella porque debía asistir a su trabajo en la librería; además, la espera no era mala, pues solamente le faltaban unos meses para jubilarse. Solo eran necesarios tres días desde cuando su esposa se alojaba en Pogotí para que José, madrugado, estuviera en la oficina de giros para enviarle el dinero para que ella comprara los tiquetes de regreso.

José y Anette, que había envejecido junto a ellos, la recibían de regreso con muchas de las cosas renovadas, la casa bien ordenada y el detalle debajo de la manga; ella, también, cada vez que regresaba les traía un obsequio, pero, para él, el mejor regalo era tenerla de vuelta, de regreso junto a él, lo que le quitaba sus inseguridades y cada fin de semana sus pantuflas.

Pasaron los meses esperados para que llegara la anhelada jubilación y, con ella, la decisión de Emma, pues ya no había excusas para estar en la ciudad y dejar a su niño solo, así que le dijo a José que se fueran a vivir definitivamente a Pogotí; él, como siempre, no fue capaz de negarle nada, así no fuera de su agrado la idea de irse a vivir en un mundo de avenidas interminables, de ruido perturbador para sus oídos, cambiar las visitas de sus amigos en el pueblo y de la pequeña ciudad para cruzarse con personas desconocidas, una ciudad donde la lucha no es por vivir la vida, sino por transitar en la selva del asfalto. Así, se mudaron definitivamente a Pogotí, donde Emma no consiguió que su hijo viviera bajo el mismo techo con ellos, pero evitó que se casara con la mujer flacuchenta que, a sus ojos, era una indeseable revolucionaria feminista.

Para José, ahora los días eran eternos y las noches de descanso demasiado cortas; jamás se sintió a gusto al estar sentado en una poltrona, desde donde, al mirar por la ventana de su casa el transitar de buses y peatones sobre la eterna avenida sesenta y ocho, anhelaba a diario, desde el fondo de su corazón, que llegara el día del pago de las primas para

viajar de vacaciones a su ciudad y visitar a sus amigos en san Antonio, por lo que sagradamente los primeros de diciembre recibían el cheque en el banco AVT y los tres salían ansiosos al terminal del sur para tomar la buseta que los llevara de regreso a su anterior vida, a su verdadero hogar.

Al estar en compañía de su mujer, de Nacho y su esposa, los días se volvían segundos y la noche, en cambio, era la cuna que mecía su sueño; su cambio de aspecto físico era una broma de todos los días, pues rememoraban sus vivencias y ahora la historia de antaño no era la de sus padres, sino la suya; lo único que no cambiaba era la declamación de canciones y poesías a sus esposas, que se había convertido, sin quererlo, en un ritual entre la pequeña logia.

Se volvió de todos los años este viaje, hasta cuando un día, en que regresaron al pueblo, se dieron cuenta que todo había cambiado, las canciones y las poesías les parecían incompletas, faltaba alguien que les diera vida: su amigo Nacho ya no pisaba la tierra ardiente y su esposa había dejado de vivir por dedicarse a recordar, sin saber que esto sería un presagio para todos. Emma y José la visitaron un par de años más, para que, entre conversaciones, el recuerdo hiciera renacer a su marido.

Un martes, a las diez de la mañana, recibieron una llamada inesperada, por la que se enteraron, por medio de una de sus hijas, que Ester también había emprendido el éxodo de la tierra para acompañar a su amado poeta; con nostalgia, entendieron el mensaje de la vida, que ya no había por qué visitar nuevamente esas tierras; al parecer, allí la muerte se hospedaba; por primera vez sintieron miedo a la parca, pues creyeron que los estaba acechando.

Emma oró a Dios y le pidió que si algún día la muerte los alcanzaba, hiciera que se los llevara juntos; que, ¡por misericordia!, no dejara que ella y su esposo se separaran, porque no alcanzaba a imaginar la vida sin su compañero desde hacía más de cuarenta años; José, sin ser explícito al respecto, también añoró lo mismo. Un domingo, cuando estaban para ir a la misa, algo inusual ocurrió, y seguiría ocurriendo de ahí en adelante; mientras José les cantaba a su esposa y a Anette su canción favorita, de pronto el silencio interrumpió la conclusión de la primera estrofa; intentó retomarla dos, tres veces, pero no lo logró, así que, con gracia y picardía, le pidió a Emma que la acabara; riendo los dos al unísono, se terminaron de arreglar y, tomados de la mano, junto con su hija salieron hacia la iglesia.

Estos olvidos empezaron a ser frecuentes en la vida de José: olvidaba dónde había dejado sus zapatos, no recordaba por algunos instantes el nombre de Anette y le decía mi niña de oro —aunque ya era una sesentona—; los fuertes dolores de cabeza lo obligaron a abandonar la lecturas que más le agradaban: los Salmos, la prensa y las últimas diez páginas de la novela *Lo que el viento se llevó*, de Margaret Mitchell; a pesar de la

persistencia de estos olvidos, no se prestó la debida atención a su conducta, hasta que un lunes festivo de noviembre, al ser las cuatro y media de una tarde de invierno, mientras en la televisión aparecía un meteorólogo que hablaba acerca de los cambios climáticos de la ciudad y de las medidas preventivas que debía tomar la ciudadanía, los hijos y los nietos llegaron de visita a la casa de los Moncada: Emma, en su afán de atenderlos, servicial, les preparó un chocolate y unas arepas de choclo con queso para todos.

Para el gusto de los nietos, resultó que le hacía falta leche al chocolate, así que le pidieron el favor a José que tomara un paraguas y fuera a la tienda por más leche; así, se hicieron las cinco, el chocolate ya estaba frío, los demás hambrientos, Emma enojada y esa era la hora en que José todavía no regresaba. Llegó el momento en el que el enfado se transformó en preocupación, de modo que decidieron salir todos en su búsqueda, a excepción de Emma y Anette que, por la deficiencia inmunológica que padecía, lo esperarían en casa.

Víctor Hugo y el hijo menor hablaron con la tendera, que les dijo:

—El señor José estuvo aquí pero no compró nada; lo noté algo raro, se quedó parado justo en frente de la vitrina de esquelas campestres durante unos segundos y se marchó sin pronunciar ninguna palabra.

Desconcertados por el suceso, salieron, cruzaron la avenida y no veían rastro alguno de su padre y abuelo; lo buscaron durante casi dos horas, hasta que uno de los nietos alcanzó a ver, dos cuadras más abajo, cerca a un puente, a un señor con un paraguas; como ya no había nada más que perder, al tener la esperanza de encontrarlo, bajaron hasta llegar al puente y lo vieron que estaba comprando un arequipe y que le preguntaba al tendero que a qué hora iba a llegar la chiva que salía para San Antonio. Se demoraron más de veinte minutos para hacer que entrara en razón y que recordara que estaba en Pogotí y que no iba a llegar ninguna chiva.

A pesar del desconcierto de la familia, para ellos esto no pasó de ser un hecho gracioso que venía con la vejez de su padre; a la única persona que realmente le dolía en el alma, cuando lo vio mojado, desentendido del quehacer, con un arequipe en las manos, fue a Emma, pues temía que después de olvidar el sitio donde dejaba sus cosas, el nombre de algunos de sus familiares, los mandados que debía hacer, el lugar donde vivía, terminara por olvidarse de ella y de la historia que habían construido juntos.

Posterior a ese frío día, todo en su mente se nubló, fue como si en esa ocasión la niebla hubiera entrado por sus ojos para apoderarse de sus recuerdos: cada día olvidaba una cosa más, una persona más, un hecho más; su historia se estaba esfumando con el viento y le robaba su identidad, su vida, sin saber que no solo él iba muriendo poco a poco, sino que estaba matando a su compañera. Emma había empezado a enfermar, se consumía, al

igual que los recuerdos de ella en la memoria de José; su hijo mayor, Víctor Hugo, al ver que su madre estaba mal a causa de los cuidados que demandaba la enfermedad de su padre, habló con los demás hermanos para decirles que era necesario que su padre fuera internado en un asilo; por fortuna, todos se opusieron a la propuesta del hombre y optaron, después de la confirmación acerca de la enfermedad de su padre que dio el doctor Mauricio, un caballero distinguido de la ciudad, por contratar a una profesional que cuidara de ellos.

Un día la enfermera no pudo asistir al cuidado de los tres ancianos; Emma lo único que hizo fue levantarse con la primera luz del día, pasarle una aromática de manzanilla a su marido y pasar horas sentada al lado de él, que la miraba como si fuera una extraña y, en lo que podía, hablaba con Anette acerca de algunas situaciones que se vivían en el barrio, entretanto veía las noticias del medio día, en las que un representante del Centro Meteorológico Nacional les informaba a los habitantes de Pogotí acerca de que avecinaba un tornado y, por ello, debían tomar las medidas preventivas que días atrás se les habían indicado.

Apenas se acababa de dar el informe cuando sintieron que un vendaval chocó con fuerza contra la ventana y la dejó en vibración perpetua y, ahora, ¿qué podían hacer ellos frente a eso? José vio con asombro el hecho que, para él, era misterioso, no entendía la falsa calma de Emma que, en su mente, se había convertido en su vecina, y la insensatez de Anette, que gritaba por toda la casa que no quería morir; aunque no había una guerra, en esa casa parecía que había una batalla campal; entonces, Emma sujetó con fuerza la mano de José y lo llevó a la habitación principal, mientras llamaba a gritos a Anette para que volviera a la cordura, pero su esfuerzo fue en vano; lo máximo que logró fue convencerla de que se quedara con ellos en la habitación; mientras tanto, el rugido del viento se sentía cada vez más cercano y su fuerza se iba incrementando.

Emma le cubrió los ojos a José y él no opuso resistencia; a pesar de que en su mente no recordaba nada, oyó una voz interna que le decía: “Confía en ella, ella sabe lo que hace”. Cerró sus ojos y se aferró al cuerpo de su difuminada amada, mientras el teléfono no paraba de sonar. Emma lloraba en silencio al ver, a través de una ventana, cómo un tornado se estaba llevando el carro de los Almeida; esa imagen la impactó, pero no hubo imagen más triste y desoladora que cuando vio que a Douglas, un perro callejero, que el vecindario alimentaba, el tornado se lo llevaba implacablemente; ella siempre había tenido un don: sabía lo que una mirada decía y ese día creyó ver en los ojos miel del inofensivo animal la desesperación y el miedo a la muerte; por un momento sintió que aquella criatura era ella misma, que lamentaba el momento en que había decidido dejar su tierra natal; pensaba que, de seguro, el olvido de José era una cuenta de cobro de la vida por haberle arrebatado su felicidad; ella le había quitado su dicha y tranquilidad, entonces la vida se la quitaría de su memoria; tal vez él, en su afán de no odiarla por su falta, había preferido olvidarla y dejar que el viento voraz se la llevara.



Figura 4. Cadabra.

## 2.12 CADABRA

Era casi medianoche. Las nubes sepultaban a la luna en el firmamento; yo caminaba por las frías y solitarias calles de la ciudad, paso a paso; con cada inhalación de nicotina que entraba a mis pulmones, recordaba los sucesos de la ardua y agotadora jornada del día; me sentía desdichado por la vida que me había tocado vivir, pensaba en el por qué no habría podido ser cualquier animal que vive acorde con el devenir de su instinto y no este ser repugnante, invadido y tatuado hasta el alma por una cultura enferma.

De una forma intempestiva, mis pensamientos empezaron a multiplicarse, tal cual como las células en proceso de meiosis; en ese instante, las lámparas que dan luz al caminante nocturno se apagaron, durante unos segundos todo era oscuridad y no puedo negar que sentí miedo de encontrarme solo. En ese preciso instante, el cielo se despejó y, con la potencia de un rayo, una luz que provenía del firmamento me enfocó; era tan intensa su iluminación que, en milésimas de segundos, encandiló mis ojos y, de igual forma, mi mente.

Ahora, heme aquí, danzando para el dios Anubis; mi cuerpo se parecía a una piedra de Rosetta; veo en mi hombro derecho la imagen de una cruz ansada; era como si de su núcleo emanaran los elixires de la inmortalidad; debajo de ella estaba el nudo de Isis y siento que con él he encontrado la verdadera vida; en mi brazo izquierdo, tengo incrustado en la piel un escarabajo y, en la parte inferior de mi ombligo, puedo observar el fascinante ojo de Horus; y aquella luz, que se convirtió en mi única guía y compañía, aquella luz menos tenue y ya no fastidiosa, presiento que le da a cada movimiento de mi danza una belleza natural, adorna cada inclinación que realizo con sutil delicadeza; ahora, se abre ante mis ojos un nuevo portal, no de regreso a la calle que se ha convertido en teatro, sino hacia un nuevo encuentro; ahora, la luz ha dejado de enfocarme y dirige su foco a un pequeño florero que se sitúa en el centro de una habitación oscura y desolada.

Sólo somos él y yo, y no puedo olvidar que aquella luz plasmaba con minucioso detalle algo que en él me pertenecía —¡vaya encuentro desgarrador!—, ahora lo veo que cae después de la intempestiva oscilación; su movimiento en busca del contacto con el suelo se asemeja a la indecisa y esquiva postura que tienen las hojas al caer en el otoño, pero que, al fin y al cabo, no pueden despojarse de su fatídico destino de encontrarse con el suelo, con lo real, con lo macabro e insoportable; al llegar a aquel punto, no es la fragilidad del florero lo que se quebranta...

¡Soy yo el que ha descendido para trasmutar en lobo voraz, y comienza así mi travesía en busca de la presa que pueda saciar mi desenfrenado apetito!; mi instinto salvaje me

guía, bajo los escalones sigilosamente y, gracias a mi agudo olfato, encuentro al final de ellos la presa que esperaba con ansias, un cuerpo humano, que es un succulento filete para un lobo hambriento; clavé mis garras en el inerte cuerpo tatuado y, como lo haría toda una jauría, despedacé con mis colmillos la totalidad de la carne humana y, a medida que voy colmando mi apetito, siento que salgo de un trance y veo que estoy devorándome a mí mismo.

## 2.13 EL PESO DE UNA PROMESA NO CUMPLIDA

Ayer yo visité la cárcel de Sing Sing  
Y, en una de sus celdas solitarias,  
Un hombre se encontraba arrodillado al Redentor:  
«Piedad, piedad de mí, mi gran Señor.»  
**Bienvenido Brens**

Aunque no entiendo cómo fue que, entre voces y murmullos de corrillos, se difundió entre la gente del pueblo la noticia de que yo sabía cuál era la verdadera causa de la muerte del párroco Rodrigo, que terminó por ser uno de los peores escándalos, pues sí, lo sé y les contaré porque ahora puedo hacerlo con toda libertad.

Rodrigo, un día, al estar en la iglesia, en una charla de amigos de antaño, me confesó su secreto como si yo hubiese sido en ese momento el sacerdote y me pidió discreción total, al menos hasta que la muerte lo alcanzara; era un secreto que había guardado por mucho tiempo, aunque, al mismo tiempo, consumía su propia conciencia al no desatar aquellas cadenas que reprimían su alma.

Ahora bien, mientras muchos parlotean sobre la vida del vicario, me concentraré en contarles su historia, que más que la de ser un sacerdote, fue la un joven que pasaba por catástrofes espirituales y por días de absoluta soledad y de inenarrable tristeza, atormentado porque debía tomar una decisión correcta.

En una población, donde las aspiraciones de los moradores no iban más allá de rendirse a los pies y ser esclavos de la tierra, nació y vivió, hasta los diecinueve años, Rodrigo, hijo de los Mosquera Carvajal, quien se encargaba de los oficios pesados; pasaba días completos bajo los fuertes rayos del sol y, en ocasiones, bajo la frívola lluvia; como siempre, se mantenía trabajando en sus terrenos; nunca se le conoció mujer que lo acompañara; él no hacía nada más que trabajar. Su hermano mayor, que se había casado con una mujer que no pasaba de los veintitantos años, viajaba fuera del pueblo para vender los productos cosechados en sus tierras para el sustento del hogar, mientras tanto Rodrigo quedaba a cargo de la supervisión del buen comportamiento de la mujer, al igual que del resto de las siete mujeres que vivían en la hacienda, encargadas de los oficios de la vivienda.

En la mañana de un martes del mes de noviembre, comenzó su ardua jornada de trabajo con el ordeño de las dos vacas gordas, como era costumbre hacerlo en todas las mañanas. Ya casi cuando era la hora de la merienda, mientras seleccionaba el mejor grano de café, a sus oídos llegó el son de una canción que cantaba Willy Colón y, entre susurros, se puso a repetirla:

En la sala de un hospital  
A las nueve y cuarenta y tres  
Nació Simón.  
Es el verano del cincuenta y seis,  
El orgullo de don Andrés  
Por ser varón.  
Fue criado como los demás  
Con mano dura, con severidad,  
Nunca opinó.  
«Cuando crezcas vas a estudiar  
La misma vaina que tu papá.  
Óyelo bien:  
Tendrás que ser  
Un gran varón.»

Y pensaba en que era irónico que al autor lo único que le había importado de su canción era que se volviera famosa; una de sus hermanas lo interrumpió en sus vagos pensamientos y le pidió que bajara al pueblo para traer a la partera, pues su hermana María, la menor de todas, estaba a punto de dar a luz y, en la condición en que se hallaba la mujer, era el preciso momento de llamarla.

Rodrigo corrió durante veinte minutos para llegar al pueblo; acertó camino al cruzar de montaña a montaña sin pensar por un instante que cuando llegara se acercaría un enorme advenimiento, que traería la respuesta para la decisión que debía tomar.

Ya en el pueblo, todo mundo lo saludaba, pero estaba tan preocupado por lo que sucedía en su casa que a nadie le pudo ofrecer un buen cumplido. Tomasa, la partera, vivía al pasar el parque central, al lado de la casa de empeño; tocó a la puerta, pero solo el silencio le respondió; Tomasa era la única en el pueblo que se le medía a recibir una criatura para entregarla a este mundo y no se encontraba en casa. Rodrigo no podía regresar sin la mujer, por lo que decidió esperar sentado en una de las bancas del parque, cerca de la fuente donde las palomas, después de sus frecuentes vuelos, se refrescaban; con preocupación y ansia esperaba que doña Tomasa apareciera por alguno de los rincones del parque, pero, en su afán, como si la vida se estuviera burlando de él, el que se presentó fue don Pepe, el zapatero del pueblo, que estaba borracho y cantaba, sin tono y sin ritmo alguna canción que de pronto había escuchado en la cantina, pero en ese momento a Rodrigo no le importaba realmente lo que don Pepe cantara o hiciera.

Cuando, por fin, parecía que el sonido fastidioso de esa canción, que interpretaba don Pepe, terminaba, se produjo una explosión en la Estación de policía ubicada en el lado derecho del parque; por el impacto, Rodrigo cayó tendido al suelo, aturdido por el sonido ensordecedor que había entrado en sus oídos.

Hasta el extremo de la Estación llegaron unos hombres totalmente uniformados con una especie de overol camuflado; cada uno llevaba en sus manos diferentes tipo de armas y

disparaba directamente hacia la estación y, entre tanto, se desplomaban cuerpos de niños y adultos a causa de la balacera; ese era un ataque al pueblo y la razón nadie la sabía.

Rodrigo estaba espantado, tendido en el suelo, se ocultaba debajo de la banca; se había olvidado de su hermana y de Tomasa; ahora, lo que le importaba era salir sano y salvo de aquella balacera y esperaba que ninguna bala le entrara en el cuerpo y dejara su alma en libertad. La única esperanza, en ese momento, para salir con vida, fue lo que vieron sus ojos en frente suyo, la iglesia del pueblo; no lo pensó dos veces y comenzó a arrastrarse por el suelo para intentar llegar hasta ella, aunque el camino se le hizo más largo, mucho más largo que aquel por el que había corrido por veinte minutos para atravesar las montañas; mientras se arrastraba hacia la iglesia, iba rogando por su vida y, en ese instante, hizo una promesa:

— Dios, déjame vivir; te prometo entregarme a tu vocación y renunciar a lo que soy —y seguía pronunciando estas palabras hasta cuando, por fin, llegó ante las puertas gigantes y viejas, que se abrieron completamente, como si le estuvieran dando la bienvenida; allí pensó, por un instante, que había llegado, al fin, a la decisión que debía tomar. Entró, cansado, se arrodilló y dijo cuatro breves palabras:

— Señor, aquí me tienes —y se quedó, refugiado en el lugar, pensando en la promesa que había hecho y que debía cumplir.

Después de dos horas de haber cesado el enfrentamiento armado, por fin doña Tomasa había aparecido y a don Pepe se le había quitado hasta la borrachera. Sin quedarse a chismosear sobre los estragos que se habían producido en el pueblo y a averiguar la razón de los hechos ocurridos, salieron directo para su casa, pero, cuando los dos llegaron, ya su hermana, sin partera, había traído su bebé al mundo. Como todos estaban reunidos, Rodrigo le dijo a su familia sobre la decisión que había tomado; a todos les causó extrañeza, pues, aunque sabían de su devoción cristiana, no lograban entender que hubiera contemplado, y mucho menos decidido realmente, que iba entregar su vida al servicio de Dios.

Lo cierto era que Rodrigo había llegado a la conclusión de que no podía ocultar más su secreto, un secreto que no podía revelarse y sentía, en el fondo de su ser, que la decisión que había tomado lo podría alejar por completo de la locura en que había caído, aunque, en realidad, a lo que su decisión lo iba a conducir era a un embrollo aún más infausto, pues Rodrigo jamás podría renunciar a su secreto amor y, con la complicidad del cielo, una iglesia y un confesionario, se encubrían los cuerpos desnudos de dos amantes insensatos, apasionados, que sin medida alguna, pedían cada vez más tiempo para calmar la ansias de tenerse; él amaba con locura a la misma mujer que amaba su hermano.

Encerrado por sus sentimientos, había tomado una decisión, sin saber si era la correcta, pues al renunciar a la vida mundana creyó que podría engeguercer a los demás sin renunciar a su vida de amante con la única mujer que había conocido y amado y, cuando la mente se nubla por la maraña del amor desenfrenado, no resulta claro llegar a entender y a aceptar que, a la corta o a la larga, en la tierra nada se puede ocultar.

El pasado lunes, Rodrigo y su amante no desnudaron sus cuerpos; esta vez los hechos quedaron al descubierto y ocasionaron un desenlace fatal; su hermano mayor, cuando se enteró de su traición, los buscó, desenfundó su arma y bastaron solo dos balas para terminar con el oculto romance de los dos locos amantes.

Ahora, al calor de los tragos y al son de la canción, se oye la voz de Alci Acosta, que recuerda lo que había contado el hermano mayor cuando estaba en la cárcel:

Al verla con su amante, a los dos los maté,  
Por culpa de esa infame moriré..

Así, puedo decirles, mis queridos amigos, que aunque muchas veces se crea que las letras de las canciones son letras muertas, al parecer, algunas de ellas cobran vida en el mundo real.

## 2.14 UNA VISITA INESPERADA

Si pensamos que a las siete de la noche termina el día y todo llega a su fin, estamos muy equivocados; la noche, la oscuridad, la madrugada, el sueño acarrearán su propia vida; si se ponen a pensar, todo lo que pasa en estas horas siempre queda con algún interrogante. No sé si soy una persona que tiene un don, pero ya tengo miedo de que llegue la noche y de cerrar mis ojos.

El último evento que voy a contarles me ocurrió hace cinco noches; eran las menos cuatro para las cuatro y yo no podía conciliar el sueño; mi esposo estaba durmiendo placenteramente, mientras yo lo envidiaba, aunque solo fuera por dos segundos; veía una película que no me despertó una gran expectativa —y si les hiciera un resumen nos saldríamos de contexto, por lo que seguiré contando los hechos—: se terminó la película y mis ojos ya estaban pesados, quise dormir, apagué el televisor y allí fue cuando mis tías llegaron.

Recordé que teníamos un paseo, de modo que, luego, todos tenían afán, unos subían, otros bajaban los escalones y, de repente, en la puerta de mi cuarto apareció mi hermano —que era pequeño, de unos diez años y algunos meses más—; me dio mucha alegría al verlo. En ese momento, se me olvidó todo, y no quería que ese instante se fuera acabar, así que lo tomé en mis brazos, lo llevé a mi cama y nos sentamos; una expresión en su cara hizo que le preguntara que cómo estaba; él me respondió tranquilamente que estaba muy bien, de modo que quedé tranquila, aunque algo insatisfecha; pensé en que si le decía algo lindo, la respuesta que esperaba sería aún mejor, así que le dije, con palabras sinceras, lo mucho que lo queríamos, lo importante que era en nuestra familia y lo mucho que lo extrañábamos.

El resultado fue asombroso, pues cuando sonrió se le formaron dos hoyuelos en las mejillas y le daban una expresión pícaro; con sus grandes ojos, muy expresivos, preguntó si era verdad; yo solo se lo reafirmé con las mismas palabras con las que había hecho que se produjera la alegría de ese momento; ahí creí, en realidad, en lo que me había dicho: que se encontraba bien.

Mientras toda la casa continuaba en su alboroto, en su despelote, como, en general, ocurre en todo paseo, fiesta o algún agasajo, decidí recostarme en mi cama y descansar del ajetreo, mientras mi esposo tomaba una ducha; de modo que cerré los ojos y me puse a oír cómo el agua pasaba por la tubería; de repente, el sonido se apagó, pues mi esposo había cerrado la llave —de seguro, ya había terminado de bañarse— y allí fue cuando sentí que se acostó de nuevo a mi lado, como acostumbra a hacerlo todos los días, pero, entonces, oí de nuevo el sonido del agua que corría por la tubería; me pareció extraño,

por lo que decidí abrir los ojos para ver, si no era él, mi esposo, ¿quién era la persona que se había acostado junto a mí?, porque alguien estaba a mis espaldas, podía sentir patente su respiración junto a mi oreja y cómo inhalaba y exhalaba el aire para que entrara y saliera de sus pulmones, que descansaban sobre mi espalda.

Yo sabía qué tenía que hacer, pero sencillamente no lo hice; solo hice una pregunta, al parecer tonta, en ese momento:

— ¿Qué quieres? —pero solo el silencio fue la respuesta; puse los brazos entrecruzados alrededor de mi torso para así palpar con mis manos y reconocer la forma del cuerpo que rozaba mi espalda; sentí un frío inexplicable y cuando alcé la cabeza para ver quién era, vi una sombra, que se lanzó sobre mí y me devolvió de nuevo a la postura en la que antes estaba; en este momento deseé ver a mi esposo, con mayor anhelo que de costumbre y fue cuando se abrió la puerta y, al fin, mi esposo entró, lo miré y solo le pedí que me abrazara muy fuerte.

Sentí alegría y, a la vez, incertidumbre, pues, en sueños, había tenido en mis brazos a mi querido hermano, que hacía tres años había muerto, pero, cuando desperté y el sueño se había acabado, sabía perfectamente que la persona que respiraba a mi espalda no era él y nunca sabré quién era y, a la hora de la verdad, esta no fue la primera vez que algún ser desconocido se acuesta a mi espalda, aunque lastimosamente aún no sé qué es lo que quieren.



**Figura 5.** Una mente en llamas.

## 2.15 UNA MENTE EN LLAMAS

Esta historia surge en una población pequeña, a más de cien kilómetros de la frontera del Este de Navas; comienza con un muro viejo de ladrillo y cemento, en cuya pared sucia y desgastada hay un anuncio:

BIENVENIDOS A OBEL

LUGAR DE ETERNA PRIMAVERA

El anuncio es visible desde lejos; se encuentra en la vía principal al norte, por la carretera número 50; al este se ven las praderas y al oeste se encuentran los campos de trigo; en el centro hay cómodas y acogedoras casas, cada una pintada de colores vivos que, desde la lejanía, se asemejan al arco iris que pintaba cuando estaba en segundo de primaria; un solitario jardín, de verde y suave césped donde fulgen, aquí y allá, hermosas flores sobre su suelo, algunas bajo el regocijo de la sombra de un árbol fuerte y otras que reciben a raudales los dorados rayos del sol. Digo que fue en una población, porque el tiempo y las circunstancias me han llevado a viajar por otros rumbos y a abandonar la vida que tenía, donde las calles, las casas, los amigos, los vecinos han visto desfilar los recuerdos más gratos de mi infancia.

Vivía con mi familia en una de estas casas y, a pesar de que su estructura permaneció por años, no desprendía olor a viejo; su aroma era de frescura pura, que evocaba la naturaleza. Había mucho que vivir ahí, en la casa azul, la que nos regaló, a mis amigos y a mí, felicidad por mucho tiempo; la magia giraba a su alrededor, hacía que nuestros inocentes juegos se tornaran reales, tan reales que los personajes tenían vida en nuestro propio mundo, donde no existía tiempo alguno que la detuviera.

Teníamos un pequeño club, “Los exploradores”. Mis amigos, ¡cómo olvidarlos! Rafael, Daniel y Andrés, al que conocíamos como “El Pollo”, puesto que tenía una característica singular, era el menor entre nosotros en estatura y en edad; su condición le permitió que lo protegiéramos y no descansáramos hasta que él se encontrara a salvo de los rudos juegos que nos atrevíamos a practicar.

Una mañana tranquila de verano, como de costumbre, nos encontrábamos de vacaciones disfrutando del sol y del viento, que nos visitaban todos los días por esa época; recuerdo tanto que arribó, por las calles, a nuestra cuadra un camión que, para nosotros, niños, con tan solo doce años de edad, era un carro gigantesco; disparados, dejamos de lado lo

que estábamos haciendo y corrimos tras de él, para ver qué traía consigo y quién sería nuestro próximo amigo pues, cada vez que se avecinaba a nuestro barrio un camión, traía consigo una nueva amistad; así fue como recibí a cada uno.

De repente, comenzaron a bajar del enorme auto tres personas adultas: primero, bajó un señor de apariencia cuarentona, con bigote espeso y una panza protuberante; luego, extendió su mano para ayudar a bajar a una anciana; cuando la vi, trajo a mi mente la imagen viva de mi abuela Magdalena, con su cabellera completamente blanca, su tierno rostro colmado de muchos caminos, sus ojos cansados por los años que llevaba consigo —¡cuántos bellos recuerdos con ella!—. Después de estar la anciana de pie en el asfalto, el caballero extendió de nuevo su brazo para que le sirviera de apoyo a su esposa.

En el preciso momento en que se abrieron las grandes puertas de la parte trasera del vehículo, asomaron la cabeza una señorita, que parecía tener unos veinte años de edad, la edad plena de la juventud para cualquier persona, y un joven casi de la misma edad, con mirada y actitud soberbia y dominante; tal era su postura, que no quedaban ganas de mirarlo, mucho menos de intercambiar alguna palabra con él.

Fueron las únicas personas que vimos en ese momento; nos dio tristeza saber que, en esa familia, no había niños, pero, bueno, no interesaba; la amistad que teníamos bastaba para los cuatro. Regresamos a nuestros juegos; desde lejos miramos que a aquella casa, que durante mucho tiempo había permanecido vacía, la empezaron a habitar; curiosamente, jamás hasta ese momento había pensado en el porqué de aquella situación; igual, era algo irrelevante; es más, el único conocimiento que teníamos de esa familia nos llegó, entre palabras vagas, a partir de una conversación que sostenían entre ellos y que accidentalmente oímos: estaban discutiendo sobre el hecho de haber tenido que separarse del resto de su familia a causa de un problema irremediable y sobre lo descontentos que estaban en su nuevo domicilio.

Unos cuantos días después, no recuerdo con exactitud el número, pasamos por la casa de los Rodríguez que, por cierto, era el último dato que habíamos llegado a saber sobre ellos, su apellido. En la ventana de la sala, suponíamos que era la sala porque todas las casas tenían la misma estructura, vimos el rostro de un niño, casi de nuestra edad, que veía cómo jugábamos; pasaba horas en ese mismo lugar y fui yo el único que se percató de la situación y jamás hable de ella; lo tengo presente como si hubiera sido ayer: esa mirada dura, profunda, misteriosa del que, aunque jamás salió de su hogar, pude confirmar que no se trataba de un fantasma cuando oí hablar en la tienda esquinera a su madre con la tendera: allí, ella le contaba con tono melancólico y resignado que tenía un hijo pequeño llamado Luis y que, por razones de salud, no podía salir de su casa.

Pasaron siete años en un abrir y cerrar de ojos, mis amigos y yo ya éramos jóvenes y aunque la juventud, como un gran novelista español afirmó: “No es una etapa de la vida,

sino un estado del espíritu”, hay edades en las que nos encontramos en etapas decisivas y para nadie es un secreto que, en ellas, a la mayor parte de la humanidad nos espera un nuevo rumbo que recorrer y una nueva vida por seguir.

Así, comenzamos la travesía por el mundo sin pensar en qué nos ofrecería a cambio; de la risa al olvido pasaron muchos de nuestros momentos; terminé mis estudios, con Grado de Honor; no quise entrar a la universidad porque, desde pequeño, con los juegos, le tomé gusto a la vida de la investigación criminal; he alcanzado el grado de coronel y cuando porto mi uniforme llevo fijadas sobre mis hombreras las presillas de mi insignia con sus tres barras y dos ramas de laurel unidas en forma semicircular; hasta el momento, he recibido honores por la efectividad de los casos resueltos.

Como buen trabajador y amante de su labor, me dirijo a resolver un nuevo caso; me encamino a la sala del interrogatorio y ¡vaya destino!: ¿quién iba a pensar que la entrada a esa sala iba a ser el portal para el retorno a mi pasado? Tengo entendido que al sujeto al que se iba a interrogar lo acusaban de haber matado a su familia y que él negaba el hecho; sin embargo, era el único dato que hasta el momento conocía.

Al tener en mis manos la carpeta del historial legal del acusado, reviso su identidad y encuentro cierta familiaridad con su nombre, Luis Rodríguez, pero por más que intento encontrar en mi mente un registro que se asociara a ese nombre, el resultado es nulo. Voy caminando hacia el cuarto donde me esperan muchos interrogantes y muchas respuestas; paso a paso voy saludando a mis amigos de trabajo, abro la puerta y veo a un hombre de contextura ancha; se nota que es alto, aunque estuviera sentado; lleva puesta ropa que por sucia es desagradable; con voz fuerte y entendible —para que no hubiera equivocaciones, claro está—, le pregunto su nombre, mientras voy leyendo algunos detalles sobre su expediente y hago el recorrido para llegar a mi silla, que se hallaba ubicada frente a la suya.

Alzo mi cabeza y fijo la mirada intensa en los ojos del sujeto; las imágenes me transportan velozmente hacia el pasado y recuerdo aquella mirada misteriosa, la del niño de la ventana, de aquel del que solo sabía el nombre, Luis —¡qué casualidad!—; me produjo asombro; nunca había podido eliminar de mi memoria la mirada de aquel niño, que me había causado tanta intriga, que jamás había intercambiado risas, participado en nuestros juegos, ni mucho menos compartido algún momento de su vida con nosotros, en ese entonces unos niños de doce años.

Tenía sentimientos encontrados, no sabía si alegría o tristeza pasaba por mi embrollada cabeza; lo veía y esperaba con algo de ansiedad saber qué tenía por decir en el interrogatorio; estaba un poco aturdido por el momento que vivía; hasta me puse a pensar si él se acordaría de mí. En tan solo unos segundos pasaron muchas ideas por mi

cabeza, pero decidí concentrarme en lo que debía hacer; me senté frente a él, como de costumbre lo había hecho en los anteriores interrogatorios y le dije:

—Dígame su nombre, señor. —Él me dijo:

—Luis.

—Luis... —repetí, y esperé a ver si él me reconocía.

—Luis Rodríguez. —Mientras esperaba que me trajeran un tinto bien caliente, seguí con las preguntas:

— ¿Dónde y con quién vive, señor Rodríguez? —La respuesta que esperaba me dejó un poco desconcertado:

—Vivo con mi papá, mi mamá, mi abuela y mis dos hermanos.

Quedé desconcertado, porque su afirmación me había confirmado que él era ese niño que vivía en el barrio de mi infancia, el niño de la familia Rodríguez, aquel que no podía compartir con los demás por una enfermedad, cuyo origen nadie sabía, y que aquel niño ahora ya era todo un adulto y yo no podía creer que estuviera allí, frente a mí.

Volví a leer el expediente del proceso donde se consignaba el delito del que se lo acusaba; ¡no lo podía creer!: si desde un principio me había desconcertado el tener que encontrarme con él, ahora había quedado estupefacto por lo que leía que había hecho.

—Señor Rodríguez, hábleme un poco sobre su familia. —Quedó en silencio y, en seguida, se expresó con una sonrisa un poco extraña, no de sentimiento ni de alegría, sino una sonrisa un al parecer un poco malévola; entre mí, pensé: ¡Esto no pinta bien!

—Mi familia es...; Carmela ha vivido con nosotros toda la vida; así como son las abuelas consentidoras, así es ella; la única persona con la quien me siento feliz; esto no significa que no los quiera a los demás, solo que ella es algo especial; sabe cómo me gusta tomar el chocolate. Con Rosa, mi madre, paso la mayor parte del tiempo; ella es la que me enseña a escribir, a leer, arregla mi cama y mi ropa; aunque la quisiera tener solo para mí, es una mujer sumamente amable, pero, cuando está conmigo, todos la necesitan: Rosa, Rosa, Rosa...; en seguida se dirige hacia donde las voces la nombran, sin importar lo que estemos haciendo; perturban el momento cuando estoy con ella. — Resultaba extraño e inusual oír cómo se expresaba al hablar de su familia, ya que lo hacía de una forma infantil, pero decidí que seguiría escuchando, de modo que no interrumpí su narración.

—Mi padre es muy serio; todos los días comienza su trabajo a las cuatro y media de la mañana; aun cuando todo esté en reposo —como todo un militar—, sus normas son leyes. Nunca me ha dirigido una sonrisa, jamás hemos jugado, ni siquiera me ha dado un abrazo; he llegado a pensar que tal vez si lo hace, cree que va a perder la autoridad sobre su familia. Mi hermano es más molesto que un zancudo, ronda de noche, interrumpe un profundo sueño, solo se burla de mí, nunca me llama por mi nombre, me apoda “El Espanto”, “La Cosa”, “El Engendro”. Y mi hermana es insignificante. —Después de oírlo, seguí preguntando:

—¿Sabe por qué está en este lugar?

—No, no lo sé. De pronto se perdió algo en mi casa, pero yo no fui; a lo mejor fue el tonto de mi hermano. —Cada vez me parecía más complicado el asunto. En seguida, me dijeron que tenía una llamada que procedía de un miembro del grupo de investigación encargado del caso de Luis; salí de la habitación para contestar la llamada.

—Jefe, tiene que venir a ver lo que encontramos. —Esas palabras me produjeron un escalofrío que recorrió todo mi cuerpo y me erizó. Tenía que ir al lugar de la escena del crimen y, al parecer, allí vería la evidencia que decidiría el destino de aquel hombre. Salí de inmediato, sin regresar a la habitación donde Luis —tal vez— me esperaba.

Llegué a Obel; todo se veía igual, tal cual como lo había dejado unos años atrás. En la entrada, la misma pared con la misma bienvenida para los visitantes, las mismas calles, las mismas casas pequeñas con una buena fachada y la casa azul —mi casa—, que ya no era azul, pero era la misma en la que había vivido; lo único que había cambiado era los rostros de los moradores de la pequeña población. Me sentí feliz de haber regresado al lugar, aunque ahora no había regresado con el propósito de pasar unos días de verano; iba con la intención de resolver el caso en investigación y aclarar los hechos ocurridos en la casa de los Rodríguez, la casa que por mucho tiempo permaneció deshabitada y de la que nada conocimos en nuestra infancia.

La manzana estaba acordonada; había tres patrullas policiales, una ambulancia y dos carros de medicina forense; alrededor, muchas personas, adultos y jóvenes que se preguntaban ¿qué había sucediendo? Entré al jardín; esa era la única casa que no tenía césped, las paredes estaban sucias, tenían una apariencia que oscilaba entre lo estable y lo precario, con una característica peculiar: el moho invadía casi por completo los muros, el canal de agua se había desbarajustado, la mitad estaba en su sitio y la otra parte colgada; seguí caminando, subí las dos gradas que tenían todas las casas antes de llegar a la puerta principal y, al ingresar, sentí un olor nauseabundo, putrefacto, que hacía el aire tan pesado, que era casi imposible respirar. A la luz que se colaba por la ventana la obstruía un par de cortinajes pesados y empolvados de color rojo que obligaban a mantener las bombillas encendidas.

El personal encargado, después de haber inspeccionado el lugar, había levantado la superficie del sótano, elaborado en madera, ya que el olor provenía de ese oscuro lugar —aunque, a decir verdad, toda la casa era oscura—; descendí unos escalones y observé todo a mi alrededor y cuando bajé la mirada a un gran hueco que había en ese lugar, me encontré con la peor escena —la peor, porque había llegado a sentir alguna familiaridad con ellos—; fue tan brutal e imposible de creer esa escena, que quedé devastado y se notó tanto en mi rostro que uno de los policías se preocupó por mí:

—Jefe, ¿se encuentra bien? ¿Quiere que vaya por un vaso con agua? Se puso usted tan blanco, como una hoja de papel.

Pasé por alto su comentario, subí los escalones, giré hacia la puerta y salí, desalentado, desorientado; entonces, me invadieron los recuerdos de aquel día, cuando había llegado toda la familia en el enorme camión para vivir en el pequeño Obel.

Después de media hora de aquel choque en mi cabeza, empecé a reaccionar y pedí que me informaran en detalle acerca de lo que habían encontrado en el sótano y, al oírlo, empezaron a aumentar en mí las ansias de regresar para seguir el interrogatorio de Luis Rodríguez.

Abandoné el lugar del crimen; mientras iba en el carro y recorría largas vías para llegar a mi destino, pensaba en que todo eso debería ser una pesadilla y que debía despertar en cualquier momento, pero poco a poco empecé a darme cuenta de que no era así. De nuevo y afanoso me dirigí al cuarto de los interrogatorios; estaba un poco confundido, pero respiré hondo, recobré la calma y me decidí a entrar.

—Perdón por la demora, señor Rodríguez, pero tenía que ir hasta el lugar de los hechos para aclarar algunas situaciones. Entonces, ¿dice que ignora el motivo del por qué se encuentra en este lugar?

—Se lo repito, señor: ¡no lo sé! —me dijo en un tono algo brusco y agresivo.

—Le informo que algunos vecinos se quejaron por un extraño olor fétido que salía de su casa; también dijeron que desde hace algunos meses no volvieron a saber ni a ver a su familia y que, cuando se han acercado a usted, les ha respondido con una actitud hostil hacia ellos.

—Pues esas personas quieren saberlo todo, son demasiado entrometidas. Si preguntan por mamá y ella está indispuesta, ¿qué es lo que debo decirles? Yo no les digo mentiras.

—Señor Rodríguez, la situación, al parecer, es muy diferente a como está contando las cosas: esas personas lo acusan de que ha matado a su familia. ¿Qué tiene que decir sobre esta acusación?

Luis se quedó en silencio, pero no había ningún gesto en su rostro que mostrara culpabilidad o inocencia; después de unos minutos, sus grandes ojos parpadearon tres veces y a partir de allí asumió otra actitud, se volvió agresivo, pronunciaba palabras entre dientes sin dejar que se entendiera lo que decía; en seguida, apareció una mirada desgarradora y con frialdad empezó a contar los hechos ocurridos; había llegado a la conclusión de que debía hacerlo.

—Todos, completamente todos fastidiaban mi vida; nadie entendía cómo me sentía al estar encarcelado en mi propia casa, sin haber cometido ningún crimen; el viernes trece de octubre, a las ocho de la noche empezó en mi casa el festín con mi familia; me dije que había llegado el momento preciso para acallar sus desprecios y sus maltratos. —Sin esperarlo, durante segundos desencadenó una risa desmedida y luego prosiguió su relato—: una voz en mi cabeza me decía que era hora de empezar a jugar; que encontrara unos lazos, tomara el hacha del sótano y que fuera cuarto por cuarto para que nadie escapara y todos jugáramos juntos; tenía que empezar por el cuarto de mi abuela; ella estaba en la cama, cubierta por las cobijas, me acerqué y para que no gritara y los demás la oyeran y descubrieran dónde me encontraba, le cubrí la cara con la almohada; le amarré las piernas y los brazos con la soga para que no escapara cuando despertara y la llevé a la sala. Aquella voz, que me acompañaba siempre, me decía que estaba demorando demasiado, que el tiempo podía acabarse y podría perder el juego; fui a la siguiente habitación, pero esta vez el juego se iba a complicar, pues iba por mi padre y por mi madre; entré en silencio: mi padre, el demonio más grande, estaba frente al espejo, la mujer que lo había acompañado en su vida no estaba a su lado, se hallaba en la cocina, por lo que tomé un martillo y le pegué en la cabeza; del mismo modo, le até brazos y piernas y lo llevé a la sala junto a la anciana. Rápidamente llegue a la cocina, donde estaban dos mujeres; si las golpeaba ganaba más puntos —eso era lo que me decía aquella voz—; con puños y patadas en sus rostros y torso logré que no pudiesen moverse y así las llevé al punto de encuentro, la sala. Ahora faltaba la persona que más odiaba en el mundo o, no sé si era él el que me odiaba, el que me llamaba “Engendro”, pero no se encontraba en casa; pensé que perdería el juego por su culpa, pero afortunadamente se abrió la puerta principal, entró y, cuando cerraba la puerta, me le acerqué por la espalda, sin que se diera cuenta que yo estaba ahí, le sujeté manos y pies con una soga, lo llevé hasta la sala y lo senté en el sofá frente a los demás, en medio de sus protestas.

La voz me iba diciendo paso a paso lo que tenía que hacer. Cubrí sus bocas con retazos, para que ningún sonido se oyera cuando les cortara los dedos uno por uno, las extremidades con la filuda hacha y les quitara el cuero cabelludo para que todos tuvieran la misma apariencia y no se pusieran bravos. El único que debía ver con minucioso detalle lo que iba a hacer era Harry, mi hermano, y cada vez que observaba cómo lo hacía con cada uno, su rostro revelaba el miedo que yo le producía; lloraba como un niño pequeño cuando le arrebataban su dulce, se sentía de la misma forma en la que me hacía sentir a mí. Luego de tener cada parte de sus cuerpos por separado, como si fueran las piezas de un rompecabezas, llevé sus partes hasta el sótano y, entonces, volví a la sala para terminar mi juego con Harry, la pieza clave para alcanzar las tres estrellas y un juego perfecto para llegar al primer nivel.

La voz del sujeto que me guiaba, me pidió que le cortara la lengua, porque normalmente hablaba mucho; tomé un cuchillo en la cocina y, al regresar, lo encontré desmayado, lo

que me facilitó el juego; le corté la lengua, le corté sus diez dedos largos y flacos, como a los demás, uno por uno; cuando iba a cortarle el pie derecho, despierta y solo llora; lágrimas y sangre corren por su rostro, pero, entonces, aquella voz me dice:

—El juego está por terminar Luis, tienes pocos minutos para liquidar a tu fastidioso hermano; sería placentero que lo hicieras lentamente, pero el tiempo es el que manda; sácale los ojos, recuerda que te miraba con desprecio; ahora, córtale la cabeza, pues muy poca información guardaba ahí; llévalo rápidamente junto a los demás y tapa con tierra las piezas, para que no puedan escapar. Has ganado el juego y eres el campeón; es hora de que duermas. Mañana vamos a planear un nuevo juego. —Quedé más que aterrizado al oír esta historia, que mostraba que padecía de una enfermedad mental que, sin duda, su familia había encubierto.

Después de haber oído cuál fue el terrible destino que tuvo su familia, se dio paso a la acusación, en el juicio, que incluía la comparecencia de cuatro agentes especiales de la Oficina Federal de Investigación; los hombres técnicos de laboratorio, especializados en diversas ramas de la investigación científica criminal, habían estudiado las pruebas físicas que vinculaban al acusado con los asesinatos (marcas de sangre, pruebas dactilares en el hacha y el cuchillo) y cada uno de ellos certificó la validez de las pruebas presentadas en el juicio.

Y así fue como un día de festín, ni un alma oyó en el pueblo, dormido, cómo a hachazos y cuchilladas terminaron cinco vidas; lo único que tuve para decirle fue:

—Cuando matas a un hombre, le robas la vida. —Al oírme abrió mucho los ojos y exclamó:

—¡Lo que supongo que me pone entre los grandes ladrones de la Historia!

## 2.16 EN MEDIO DEL EZQUIZO

Aquella tarde, los ardientes rayos del sol penetraron en la habitación de Enrique; él, tendido sobre su lecho nupcial, no decía palabra alguna; tal vez no era necesario que lo hiciera, pues sus demonios internos hablaban sin cesar; su eco rebotaba en el techo de la habitación y caía en su caja torácica para provocar un eco ensordecedor; ellos lo decían todo y no hacía falta que esa cavidad demoledora tuviera que abrir sus puertas a la masacre; sus demonios, esos demonios se habían convertido, para el mundo real, en sus héroes del silencio.

En un parpadeo, la tarde llegó a ser noche; esa noche, mientras un poco de opio se consumía en la pipa que tenía la figura de Joaquín Cardiel y se apoderaba de su ser, que se eclipsó al traer de nuevo el espectro de la maquiavélica y voraz Lili, sus ojos proyectaron su imagen; no faltó que Cronos apareciera para que los vidrios de las ventanas e incluso el espejo de la pared frontal de la cama se empañaran de sudor —solo quería hacer lo que su conciencia le dictaba—.

Una gota de agua cayó en su rostro y se confundió con el oleaje del humo, como si pronosticara la velada de luna azul mística; recordó que la había encontrado un día de lluvia de noviembre; con su apariencia embustera, deambulaba con su tristeza y mirada ardiente en medio del bosque: «La verdad, la verdad, es un hada muy poco usual» —había pensado—, pero si debe ser ella, se ha oído mi invocación; puedo sentir que de su cuerpo emana el segundo rayo, el rayo rosa; llevaba puesto un vestido rojo y tenía el cabello más anochecido que jamás había visto; quizá era el efecto de sus cabellos humedecidos y náufragos en el mar de la vida; era como si se tratara de una sirena varada que, en los senderos de un bosque, busca el océano.

Creía que había llegado el momento para que su celibato muriera y darle lugar, en su corazón y lecho, a la mujer arquetípica, su compañera de transmutación; estaba muy confundido, conocía tan solo la espuma del océano en las tinieblas que eran su vida y ¿qué hacer cuando la sinrazón se confunde con la intuición? Su belleza había nublado su don, lo había invadido totalmente y había envenenado su sangre con el almíbar de su ser para esclavizarlo en su templo de jade.

Era una *femme fatale* que había llegado para hacerle daño y, efectivamente, se lo hizo, le desgarró el alma, le arrebató los ojos místicos, esos con los que veía el interior de los secretos insondables de la propia existencia; esa mirada se perdió cuando eligió verla a ella, lo dejó sin su luna, sin su pluma, sin sus rayos de colores, sin sus puestas de sol,

pues lo acorraló entre ella y su lienzo; le quitó ese mundo para ponerlo a su servicio. Y todo, ¿para qué? Para que ella hiciera de él un espejo de su ego narcisista y se pudiera reflejar en él y anularlo por completo.

En realidad, su amor era tan grande que no podía ser más que odio; la sobremedida del amor es el odio, el odio es el amor en el exceso; el amor embriagado de rencor da a luz al odio; la odiaba porque carecía de la propia vista para reconocerse.

De repente, oyó el inconfundible sonido del choque del golpe de la muerte que tocaba tres veces en su puerta de madera; la puerta estaba entreabierta así que, con el último golpe, la bisagra sin aceitar rechinó; era el inconfundible sonido que daba entrada al abismo de la perdición; siempre le había oído decir a su madre, mientras inundaba la casa de sahumero, que nunca una puerta o una ventana debían quedar abiertas antes de que llegaran las horas siniestras, porque era darles carta de invitación a las brujas. Y sí, esa era Lili, que llevaba puesto un delicado buzo púrpura, que combinaba mortal con sus labios color fuego y su pelo anochecido, que le robaba el sueño.

No evitó ni tampoco deseó quitarle la mirada de encima y se quedó totalmente impávido. En su mente bramó el recuerdo del odio que sentía, así que sacó la navaja de cabo cubierto de piel de chivo, que ocultaba bajo las fundas de su tálamo, la sujetó con fuerza con su mano izquierda y, sin que Lili lo notara, la guardó en el bolsillo trasero de su pantalón de dril; le ofreció un poco de quemaida, mientras le decía que era mejor que la tomara, dado que en la noche de luna azul debían prevenirse; ella creía en su siervo, así que aceptó.

Enrique, de un brinco, saltó de la cama y se dirigió a la cocina. Entretanto, la dama le daba la espalda a la cocina mientras observaba el afiche de Juan Valdivia, que estaba junto al atrapasueños que colgaba con sus plumas de avestruz; se deslumbró al verlo con una guitarra envuelta en su cuerpo, suspendido sobre una flor de loto: «La música siempre le abría secretos» —pensó—.

—Sí, siempre —dijo Enrique, entre dientes, con una voz casi inaudible para sí mismo—. Sirvió la bebida alcohólica en un vaso de cristal, la quedó viendo durante unos segundos y desenfundó su navaja; con la mano derecha tomó el vaso y con la izquierda la navaja, la levantó casi a la altura de su mirada y se reflejó en ella; tenía los ojos adormecidos, casi cerrados y, como le costaba mantenerlos abiertos, se le habían tornado rojizos.

Avanzó en busca de su amada unos cuantos pasos, mientras hacía que sonara la duela del piso recién encerado; la miró, como se contempla a un ídolo y le lanzó el trago sobre el cabello; ella enloqueció, dio media vuelta y se abalanzó para atacarlo; él la sujetó con su brazo derecho y la arrinconó contra el afiche. Con su antebrazo doblado, le apretaba el cuello con mucha fuerza; Enrique inhalaba la niebla de su habitación, mientras su Lili

respiraba la poca cantidad de aire que le quedaba; su rostro a cada segundo iba tomando el color de la asfixia tal y como siempre él lo había hecho; ahora, en un sentido literal, recordó una vez más que la odiaba y ahora aún más: ¿que se creía ella para venir a admirar a su ídolo? ¿Acaso también se lo quería usurpar? Tenía en la mano su navaja fría y no dudo en usarla, así que, con su mano derecha, la sujetó con fuerza, y se la clavó en el vientre y, una vez la sintió dentro, la giró para recorrer sus entrañas, lo que acompañó de una frase: “Nos veremos fuera del exilio de esta tierra rapaz”; en el momento en que lo hizo, la vio que se desvanecía totalmente y, entonces, se separó de su cuerpo.

La imagen de la mujer desvanecida lo impulsó a volver a sus cabales, lo hizo volver en sí, incluso en medio del efecto del adormecimiento causado por el opio; fue como si su mente se hubiese reseteado para hacer que viera a su amante justo al lado suyo, apoyada en su costado; la vio ahí, acostada, su ser era ahí, ella era *dasein* puro; estaba intacta, con todos sus signos vitales, que reclamaban la presencia en este mundo, con sus labios ardientes y su mirada profunda, que cuidaba el descanso de su amado.

Después de no más de un par de minutos, la niebla del opio se desvaneció totalmente de la habitación y auguró el regreso al escenario teatral de repetidas actuaciones de disfraces y comedias, en el que el odio y el rencor se visten con la seda falsa del amor, para ser cómplices del crimen de la mentira.